

LA VENGANZA



M.J. Fernández

D.J.57

LA VENGANZA

M.J. Fernández

*"La mejor venganza es no ser como tu enemigo".
Marco Aurelio*

MADRID 1982 - DOS ALMAS, UN DESTINO.
MADRID 1980 - CONCIERTO LETAL.
MADRID 1980 - VEREDICTO Y SENTENCIA.
MADRID 1981 - ASPIRACIONES
MADRID 1981 - CONSECUENCIAS.
MADRID 1982 - LOS VIVOS Y LOS MUERTOS.
MADRID 1984: RECUERDOS AJENOS.
MADRID 1984 - AMISTADES.
MADRID 1985 - FANTASMAS DEL PASADO.
MADRID 1985 - PLANES.
VIENA 2005 - VEINTE AÑOS DESPUÉS
MADRID 2005 - PRESENTACIONES.
MADRID 2005 - PREPARATIVOS.
MADRID 2005 - LA CENA.
MADRID 2005 - NUEVOS AMIGOS.
MADRID 2005 - PREPARANDO LA TRAMPA.
MADRID 2005 - ENCUENTROS.
MADRID 2005 - CERRANDO EL CERCO.
MADRID 2005 - UN MAL CONCIERTO.
MADRID 2005 - EL CUMPLEAÑOS.
MADRID 2005 - EMILIO.
MADRID 2006 - EL ACCIDENTE.
MADRID 2006 - LA ESTAFA.
MADRID 2006 - CONTROLANDO DAÑOS.
MADRID 2006 - NATALIA.
MADRID 2006 - RAÚL.
MADRID 2006 - ENCUENTROS.
MADRID 2006. EL JUICIO.
MADRID 2006 - EPÍLOGO.

Madrid 1982 - Dos almas, un destino.

Samuel permanecía sentado en una esquina del patio de la cárcel haciendo lo posible por aprovechar hasta el último rayo de sol. La luz natural, sentir el viento, el aire libre, era lo que más extrañaba desde que lo encerraron. Se había organizado un partido de fútbol que algunos presos seguían con atención, mientras los cigarrillos cambiaban discretamente de manos como moneda válida para las apuestas. Samuel no participaba. Él no fumaba, ni apostaba. Ni siquiera jugaba fútbol. En una sola palabra: no encajaba.

Los dos últimos años habían sido un calvario, como se suponía que debía ser en una cárcel. Y como era habitual, él juraba que era inocente. Sumido en sus pensamientos no los vio venir hasta que escuchó el grito de advertencia de Efraín, su compañero de celda. Cuando levantó la mirada en busca de su amigo, vio que se sacudía para soltarse de dos sujetos talla gorila que le sujetaban con fuerza los brazos. Samuel se puso de pie, mientras el corazón comenzaba a latirle con violencia. Entonces los vio, cuatro hombres de la banda del Víbora que se le acercaban con paso decidido. Samuel se preparó para pelear, aunque sabía que no tendría oportunidad contra un grupo tan numeroso y salvaje, pero no tenía otra opción.

Lo rodearon y cada uno sacó su cuchillo de fabricación propia. Entonces Samuel comprendió que no recibiría una paliza como "lección". Aquello era mucho más grave: era un asesinato. Venían a matarlo y nadie lo impediría. Miró hacia los guardias, que mantenían la vista fija en cualquier otra dirección, por lo que comprendió que habían sido sobornados. Los gritos de Efraín alertaron a los demás presos interrumpiendo el partido de fútbol, pero ninguno de ellos movería un dedo para defenderlo. No contra el Víbora.

Ya tenía encima a los cuatro hombres, así que retrocedió un par de pasos, pero la reja le impidió alejarse, lo tenían rodeado. El Víbora sonrió con malicia y lanzó el primer golpe de puñal. Samuel levantó el brazo recibiendo un profundo corte. Los tres hombres restantes lo atacaron a la vez, por lo que solo pudo sentir un dolor intenso en el abdomen y el tórax antes de perder la conciencia.

Los dos sujetos que sujetaban a Efraín finalmente lo soltaron, y el muchacho corrió para auxiliar a su amigo, mientras gritaba pidiendo auxilio. Samuel estaba tendido en el rincón del patio donde pocos minutos antes tomaba el sol. Tenía el cuerpo cubierto de heridas que sangraban profusamente. Efraín no sabía qué hacer, se sentía impotente. Apenas un mes atrás había muerto el viejo Eladio, un preso que los había aconsejado y protegido a Samuel y a él por ser los reclusos más jóvenes de la prisión. Pero Eladio murió por causas

naturales, un infarto, dijeron. Efraín estaba seguro que de haber continuado con vida, nadie se hubiera atrevido a hacerle algo así a Samuel. Todos respetaban a Eladio. Sin embargo ahora...Eladio muerto, Samuel malherido, y aunque Efraín rezaba con todas sus fuerzas, temía que el resto de su condena tendría que purgarla solo en aquel infierno.

Finalmente los guardias dejaron de pretender que no se habían enterado de nada. Una cosa era mirar hacia otro lado cuando un preso atacaba a otro pretendiendo no haber visto la agresión, y otra muy distinta ignorar los gritos de auxilio cuando un hombre se encontraba gravemente herido. Efraín fue apartado de Samuel sin ninguna consideración, entonces pudo ver a media docena de carceleros que mantenían a raya al resto de los presos que miraban curiosos al chico caído. Los cuatro asesinos ya habían sido esposados para ser escoltados hacia las celdas de castigo, donde pasarían una buena temporada, pero todos tenían que cumplir largas condenas, así que eran pocos los castigos que los impresionaban.

Los guardias ordenaron a los internos regresar a sus celdas, incluyendo a Efraín, que sabía que sería inútil intentar quedarse con su amigo. Avanzó despacio, como si sus pies fueran de plomo. Sintió un pequeño alivio cuando se cruzó con una camilla. Eso significaba que Samuel no estaba muerto, lo que quería decir que aún había esperanza.

Los guardias subieron a Andara a la camilla. Tenía mal aspecto, aquellos salvajes lo habían herido gravemente. Era poco probable que el chico sobreviviera. Bien, aquel muchacho había asesinado a su novia embarazada a sangre fría, así que tal vez se lo tenía merecido. Con todos los presos ya en sus celdas lo llevaron a toda prisa a la enfermería, pero el enfermero al verlo les ordenó llamar a una ambulancia, era poco lo que él podía hacer. Debían llevarlo a un hospital.

Álvaro Del Valle-Vandenberg salió de su casa con el tiempo justo. Aquella tarde se había quedado dormido por culpa de la resaca de la noche anterior. Sus amigos ya estarían preguntándose dónde se había metido. Él y Mauro consiguieron que la prima de éste, Carol, así como su mejor amiga, cuyo nombre no recordaba, les aceptaran una invitación al cine, luego probablemente lograrán convencerlas de tomar una copa y tal vez ir a bailar. Carol le gustaba mucho, lo que él estaba seguro que era mutuo, así que no quería dar una mala impresión llegando tarde. Subió a su Ferrari negro y encendió el motor. La máquina ronroneó como un gran felino deseando dar rienda suelta a su energía en una carrera.

Salió del chalet en Hoyo de Manzanares, resistiendo la tentación de pisar el acelerador por las estrechas vías rurales hasta que pasó la Universidad Nebrija

y llegó a la Autovía del Noroeste en dirección a Madrid, donde encontró la vía libre y pudo dar rienda suelta a su necesidad de adrenalina. Álvaro era un fanático de la velocidad, por lo que en semejante automóvil no tardó en superar los 200 km/hora.

Se sentía lleno de vida, eufórico, mientras sobrepasaba a los demás coches a máxima velocidad, escuchando Iron Maiden a todo volumen, hasta que uno de los neumáticos traseros estalló, haciéndole perder el control y estrellándolo contra el guardarrail. No sintió el golpe, ni supo que el coche había saltado por encima de la barrera defensiva para caer volcado en la vía contraria, donde un desprevenido conductor se estrelló contra el amasijo de metal en el que se había convertido el flamante Ferrari. Tampoco fue consciente de lo difícil que les resultó a los bomberos sacarlo de los restos del coche para poder subirlo a la ambulancia que lo llevaría al Hospital General de Villalba, el más cercano. Tampoco se enteró que no solo no llegaría a tiempo a su cita, sino que simplemente no llegaría.

Samuel fue llevado directamente a Urgencias del Hospital Carlos III. Ya el muchacho había recibido los primeros auxilios en la enfermería de la cárcel y la ambulancia, pero su estado era crítico. Los asesinos lo apuñalaron repetidas veces con saña, por lo que había perdido mucha sangre. Uno de los guardias acompañaba al preso e informó a los médicos acerca de lo ocurrido, luego salió a la sala de espera dejando a los doctores que llevaran a cabo su labor sin presiones. Al cabo de unos minutos, uno de los médicos salió de Urgencias.

— ¿Cómo está doctor? ¿Se salvará? - preguntó el guardia, preocupado por las consecuencias que les traería la muerte del detenido bajo su custodia a él y a sus compañeros.

— Está muy grave - anunció el galeno - Logramos estabilizarlo y lo subiremos a quirófano, pero sería conveniente que avisara a sus familiares para que estén preparados.

— Entonces ¿no cree que se salve?

— Sería un milagro, pero haremos lo que esté en nuestra mano.

Antes que terminara de pronunciar las últimas palabras, la camilla que transportaba al reo salió de Urgencias en dirección al quirófano. El guardia vio al chico y comprendió que el médico tenía razón al ser pesimista. Para su sorpresa sintió lástima, más por la familia que por el muchacho, creía recordar que su padre era juez, pero eso no cambiaba nada. Mientras él llamaba por teléfono a la cárcel para que dieran aviso a los Andara, los médicos luchaban por la vida de Samuel en la sala de operaciones. Después de una hora reparando órganos y suturando profundas heridas, el chico se descompensó, sufriendo un paro cardíaco. El cirujano se hizo a un lado para dejar trabajar al anestesista, que se

esforzó en masajear el corazón del muchacho proporcionándole respiración asistida, inútilmente. Al cabo de varios minutos comprendió que ya no sería posible recuperarlo, miró el reloj y le notificó a la enfermera.

— Causa de la muerte: paro cardiorespiratorio. Hora de la muerte: 7:36 p. m.

En el Hospital General de Villalba otro equipo médico hacía lo posible por salvar la vida de Álvaro, cuya imprudencia lo había llevado a esa crítica situación. Su nivel de alcohol en sangre era normal. El chico ni siquiera había comenzado la noche, iba solo y nadie más había resultado muerto o herido. El conductor del vehículo que colisionó con el Ferrari después que saltó por encima del guardarrail se frotaba nervioso las manos, aunque los guardias civiles que llegaron primero al lugar del accidente le aseguraron repetidamente que no era responsable. El Ferrari había caído literalmente del cielo en la vía contraria. Hubiera sido imposible esquivarlo.

El joven había sufrido un traumatismo craneoencefálico importante, cuyas secuelas los médicos no se atrevían aún a prever, tenía fracturadas varias costillas que habían perforado el pulmón derecho, y la pierna del mismo lado también contaba con una fractura múltiple en la tibia y el peroné a la altura del tobillo, además de severas contusiones. La Guardia Civil ya había llamado a la familia del muchacho. Su padre, un empresario exitoso, estaba fuera del país, y la persona a cargo en caso de emergencia era su abogado y amigo, Julián Ferrer, que no tardó en presentarse en Urgencias, advirtiéndole a los médicos que no debían escatimar recursos para salvarlo.

El equipo se esforzó a fondo, pero su estado era muy grave, y al cabo de una hora de lucha su corazón se detuvo.

— Causa de la muerte: paro cardiorespiratorio - dijo el jefe del equipo. – Hora de la muerte: 7:36 p.m.

Ambos jóvenes, a sus veinte años habían fallecido exactamente a la misma hora en hospitales situados en la misma ciudad. Frustrados, los equipos médicos de ambos heridos comenzaron a retirarse después de certificar la muerte de sus pacientes. Entonces el muchacho se incorporó en la camilla inspirando profunda y dolorosamente, como un ahogado que alcanza la ansiada bocanada de aire. Los doctores, aun bajo el efecto de la sorpresa, se abalanzaron sobre él para continuar su labor.

Madrid 1980 - Concierto letal.

Samuel se arregló nuevamente la corbata frente al espejo en un gesto nervioso.

— Cinco minutos – le anunció el ayudante.

Respiró profundo. No era su primer concierto y él sabía que una vez sentado frente al piano, se olvidaría del auditorio llenándose en la música. Su padre se encontraba esa noche entre el público. Siendo juez, no siempre podía acudir, pero estaba presente cuando le era posible. También Irma y su madre se contaban entre el público. La madre de Samuel, profesora de piano, era quien lo había iniciado en la música cuando apenas tenía tres años. No se perdía uno solo de sus conciertos. Samuel salió del camerino. Con sólo dieciocho años ya era considerado un pianista prodigioso, y el concierto de esa noche era muy importante para su futuro. Antes de subir al escenario se encontró a los demás músicos que lo acompañarían durante la representación. Lo saludaron con alegría. La mayoría eran profesionales que admiraban su talento. Todos, excepto Francisco Nadal, que apenas lo soportaba, por lo que pretendió no haberlo visto. Nadal, el segundo violín, era dos años mayor que Samuel, pero nunca había destacado en su ejecución. Siempre sería considerado un músico del montón, así que resentía el reconocido virtuosismo del joven pianista. Por eso lo envidiaba. Ocuparon sus puestos, dejándolo sólo, tiempo que él aprovechó para practicar ejercicios de relajación que le permitieran calmarse

Finalmente fue anunciado, y recibido con un aplauso cuando salió al escenario en dirección al piano, saludó al público con una inclinación, se sentó frente al instrumento y comenzó el concierto.

Como siempre le ocurría en esos casos, se sintió transportado, olvidando al público, el escenario y todo lo que le rodeaba, concentrándose sólo en el alma de la música. Tocó una pieza tras otra con sentimiento y maestría. Cuando terminó lo aplaudieron, ovacionándolo de pie. Su padre, su madre, e Irma, no cabían dentro de sí por el orgullo. Irma decía a todos los que tenía a su alrededor que ese era su hermano. También entre el público, pero en otra fila estaba Ana, que lo aplaudía sonriendo. Samuel tuvo que regresar dos veces a saludar, porque los aplausos no terminaban. Cuando por fin pudo abandonar el escenario, su maestro de piano, Edgardo, lo esperaba con una sonrisa.

— Estuviste grandioso, Samuel – le dijo estrechándole la mano – Hoy te superaste.

— ¿Lo crees? En la fuga de la última sonata de Beethoven me sentí inseguro.

— Pero ¿qué dices? Si esa fue la mejor pieza de la noche. – lo miró sonriendo – Te tengo una sorpresa, pero no quería decirte nada hasta terminar el concierto para no alterar tu concentración.

Nadal, que regresaba de su puesto, se mantuvo oculto mientras escuchaba.

— ¿De qué se trata? – preguntó Samuel.

— ¿Recuerdas lo que hablamos sobre Juilliards?

— ¿Te refieres a la beca?

— La misma. Hace tres días, su representante me llamó, te quieren como estudiante. Escucharon la grabación que les envié de tu último concierto y quedaron impresionados. Dijeron que eras el mayor talento joven de tu generación, así que ni siquiera tendrás que pasar por una audición.

— Tendría que irme de España – dijo Samuel un poco desconcertado por la noticia.

— Es una gran oportunidad, Samuel – le dijo Edgardo – Habla con tus padres, seguramente te aconsejarán bien.

Samuel asintió, no quería tomar una decisión apresurada, lo pensaría bien. Se despidió de Edgardo, regresó al camerino, se cambió de ropa y se reunió con su familia. Su padre se sentía orgulloso, su madre lo recibió con un abrazo, mientras Irma, su hermanita, se agarró a su brazo en gesto posesivo. Ana se acercó a ellos, y la expresión de Samuel al verla recordó a los adultos que seguía siendo un chico. Samuel y Ana se habían conocido hacía poco tiempo y llevaban apenas un mes saliendo. Samuel saludó a la joven un poco cohibido por la presencia de su familia. Raúl comprendió enseguida su predicamento.

— ¿Por qué no vais tú y Ana a dar un paseo? – le dijo su padre. Samuel lo miró agradecido, la muchacha lo traía loco.

— ¿No os importa? – preguntó Samuel.

— Claro que no, hijo, esta es tu noche.- corroboró su madre, sonriendo.

Samuel se despidió y se fue acompañado por Ana. Salieron de la sala de conciertos tomados de la mano, encaminándose a la plaza, mientras conversaban en voz baja, disfrutando de la cálida noche de verano. No se percataron que alguien los seguía de cerca. Miguel, con quien Ana había sostenido una traumática relación hasta que conoció a Samuel, la vigilaba constantemente.

Miguel Valladares era un chico de familia acaudalada, acostumbrado a tener todo lo que quería. Solía hacerse acompañar por un grupo de jóvenes que lo adulaban. Esa noche, sin embargo, iba sólo. Sabía que Ana estaba con otro, y aunque ella rompió la relación un par de meses atrás, él seguía considerándola su chica. Cuando la vio con su nuevo novio sintió una rabia incontenible, pero no estaba con su grupo, no iba a enfrentarse a Samuel sin tener todas las

ventajas.

Samuel y Ana se sentaron en la terraza de un café, él pidió un vaso de vino, ella una gaseosa y siguieron conversando.

— Estuviste genial esta noche – dijo ella con orgullo.

— No fue para tanto – respondió él azorado – En realidad, no es tan difícil.

— Yo no podría tocar ni una tonada infantil. ¡Claro que es difícil! Además, no soy la única que piensa así. Todos dicen que eres un genio, un virtuoso.

— No me considero un genio – argumentó Samuel, mientras sentía que se ruborizaba.

— ¿Estás bien? ¿Pareces preocupado? El concierto no pudo ir mejor. ¿Ocurre algo malo?

— No, al contrario – se apresuró él a decir – Ocurre algo, pero en realidad es muy bueno.

— ¿Ah sí? ¡Cuéntamelo!

— Nadie más lo sabe – le advirtió él en tono confidencial – Sólo Edgardo. Aún no lo he hablado ni siquiera con mis padres.

— Estás despertando mi curiosidad – dijo ella, removiéndose en el asiento, ansiosa como una niña - ¿De qué se trata?

— Me han ofrecido una beca, en Juilliards.

— ¿Juilliards? ¿Qué es eso?

— Es una escuela de música muy prestigiosa – explicó él, con paciencia – Es una gran oportunidad para cualquier músico.

— Es grandioso ¿Y qué pasará con Edgardo?

— En realidad, fue Edgardo quien les escribió para enviarles algunas grabaciones. Fue idea suya.

— Nunca había oído hablar de esa escuela – dijo ella pensativa - ¿Dónde está?

— En Boston. – respondió Samuel – Si acepto, tendré que irme a comienzos de otoño.

— ¿En Boston? ¿En Estados Unidos? – preguntó Ana, palideciendo – ¡Pero no puedes! ¡No te vería más! ¡No puedes irte tan lejos! ¿Qué pasará con nosotros?

— Te escribiría – dijo él, tratando de calmarla, y comprendiendo que ella no quería alejarse de él. – Y podríamos vernos en las vacaciones. Tal vez tu padre acepte que me visites, y...

— Te echaría mucho de menos – lo interrumpió ella – Además, estarías sólo. ¡No puedes irte, Samuel! ¡Prométeme que no te marcharás! – Samuel

se sorprendió al ver que los ojos de Ana se le humedecían y se sintió un canalla.

— Es una oportunidad única, Ana – le dijo con suavidad – Pero te prometo que lo pensaré bien. No tomaré una decisión apresurada. ¿De acuerdo?

Ella asintió, comprendiendo que no debía presionarlo más en ese momento. Si Samuel se marchaba a América, todos sus planes se vendrían abajo a menos que actuara deprisa. Tenía que impedir ese viaje y sabía muy bien cómo hacerlo. Sonrió secándose las lágrimas. Se levantaron para marcharse. Samuel la acompañó a su casa, y se despidieron en la puerta. Cuando Samuel se alejó, mientras ella lo observaba desde el jardín, Miguel saltó la cerca para abordarla. Ana se asustó.

— No esperabas verme, ¿verdad? – le espetó él.

— Miguel, ¿qué estás haciendo aquí?

— ¿Qué coño haces saliendo con ese imbécil de Samuel Andara?. ¿Cómo te atreves a engañarme?

— ¿Engañarte? Terminé contigo la última vez que hablamos. ¿O es que no recuerdas esa discusión?

— Nadie me deja, pequeña zorra – le dijo Miguel entre dientes mientras le sujetaba con fuerza el brazo.- Soy yo el que decide cuándo se acaba.

— ¿Entonces vas a hacerte cargo del problema?

— Claro, ya te lo he dicho, te llevaré a un sitio donde...

— Ni siquiera lo pienses - le interrumpió Ana – No voy a abortar.

— Tú harás lo que yo te diga.

— ¡No eres mi dueño, Miguel! – dijo ella retirándole la mano que le aprisionaba y arañándolo para lograrlo – ¡No puedes decirme qué hacer!

— ¿Qué piensas, embaucar a ese estúpido para que se haga cargo de ti y de tu bastardo?- le espetó, furioso, mientras contemplaba los rasguños en la piel de su mano - En cuanto se lo digas saldrá corriendo.

— No, no lo hará, - dijo Ana encarándose a él – Se hará responsable de nosotros porque es más hombre que tú.

— Más imbécil querrás decir – respondió Miguel, ofendido.

— Nunca lo entenderás, Miguel, porque en el fondo, sólo eres un hijo de puta.

Ana le dio la espalda y comenzó a andar en dirección a su casa, mientras Miguel sentía que le hervía la sangre por el insulto. ¡Nadie, nadie podía hablarle así a Miguel Valladares! Ana se alejó de él cruzando el jardín, en el suelo había una azada que alguien había dejado apoyada contra un árbol. Miguel la cogió con la furia nublándole los sentidos, avanzó dos pasos en dirección a Ana y le asestó un golpe en la cabeza. La chica cayó al suelo, la sangre comenzó

a salir a borbotones de la profunda herida, por la que asomaban trozos de hueso y materia gris. Miguel comprendió lo que había hecho, sacó un pañuelo para limpiar las huellas del mango de la herramienta, luego la tiró junto al cadáver y corrió hacia su casa. Tenía que buscar a su padre, él sabría qué hacer.

El padre de Ana escuchó los gritos de los chicos desde el interior de la casa, aunque no pudo entender lo que decían. Al reconocer la voz de su hija decidió salir, pero cuando llegó al jardín ya todo estaba en silencio, parecía que no había nadie. En medio de la penumbra vio un bulto, se acercó encontrando a Ana tendida en el suelo, la cabeza abierta, la azada ensangrentada a su lado. Desesperado, Roldán tocó el cuello de su hija, buscando una señal de vida, pero era tarde, su pequeña ya estaba muerta.

Samuel llegó a su casa, se cambió de ropa y se acostó. El futuro se le presentaba prometedor. Aunque no quería alejarse de su familia, ni de Ana, cada vez le ganaba más la idea de estudiar en la prestigiosa academia. La música era su vida, y allí podría perfeccionar su técnica. Casi se había quedado dormido cuando tocaron la puerta, él se levantó sorprendido, no podía imaginar quién podía ser a esa hora. Raúl abrió, y detrás de él apareció Martina. Eran dos inspectores de policía con los que ya su padre había trabajado anteriormente. Algún caso que requería su atención. Lo extraño era que no lo hubieran llamado por teléfono. El juez también se sorprendió al verlos.

— Señor, lo lamentamos – dijo uno de los policías - venimos a arrestar a su hijo por la muerte de Ana Roldán.

Esas palabras tuvieron un eco irreal en los oídos de Samuel, que por un momento sintió un vértigo que lo hizo tambalearse, por lo que tuvo que sujetarse del pasamanos de la escalera para no caer. Aquello no podía ser posible, Ana no podía estar muerta. Raúl también protestó ante lo que le parecía un absurdo, pero los detectives hablaron con él en voz baja, le expusieron los hechos y le mostraron la orden de arresto. Su padre lo miró con la mandíbula apretada y desconcierto en los ojos.

— Todo está en orden – le dijo a Samuel, tratando de mantener la calma – Tendrás que ir con ellos.

— Pero yo no... – dijo el chico, que aún no salía de su confusión. Ana, con quien había hablado esa misma noche, estaba muerta. ¡Y lo acusaban a él del homicidio! Aquello era absurdo.

— Será mejor que vayas con ellos – le repitió Raúl con expresión seria - Debe tratarse de un error, pero mientras lo aclaramos irás con los detectives. No digas nada hasta que yo llegue con el abogado. ¿Está claro?

— Si señor – musitó Samuel, derrotado.

Por consideración a Raúl, permitieron que Samuel se vistiera, luego fue

esposado y escoltado hasta la Comisaría. Los detectives que lo arrestaron eran Jorge García y Juan Brito. Samuel no los conocía bien, pero alguna vez se había cruzado con ellos y le habían hecho alguna que otra broma cordial. Ahora su actitud era muy diferente.

Lo llevaron a la sala de interrogatorios y le quitaron las esposas. Miró a los hombres que llevaban el caso, observándolo como si fuera el peor de los criminales. Estuvo tentado de preguntarles qué era lo que había pasado, qué les hacía pensar que él era culpable, pero se contuvo cuando recordó la orden de su padre de no hablar hasta que él llegara con el abogado.

Los detectives se limitaron a sentarse frente a él, pero parecía que ninguno se atrevía a abrir el interrogatorio. Samuel se puso nervioso, comprendiendo que eso era lo que buscaban. Él había escuchado suficientes conversaciones entre policías y abogados para saber que si un juez había expedido una orden de arresto para el hijo de otro juez sin antecedentes penales, y si su propio padre había dicho que todo estaba en regla, era porque tenían en su contra algo más que una sospecha, aunque no podía imaginar qué podía ser, puesto que él sabía que era inocente.

— La has cagado bien, cabrón – dijo Brito.

— Yo no he hecho nada – respondió Samuel.

— ¿Ah no? Pero no te sorprendió saber que tu novia estaba muerta.

— Desde luego que me sorprendió – dijo Samuel, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas – Aún no me lo creo, no puede ser verdad.

— Y si te sorprendió, - dijo García, con un tono que simulaba ser amable - ¿Por qué no nos has preguntado todavía qué fue lo que le pasó?

— Mi padre me ordenó callar – se justificó Samuel.

— Pues no estás siguiendo muy bien su consejo – dijo García, con un gesto complacido, mientras se echaba hacia atrás en el asiento.

— Déjate de gilipolces, - espetó Brito – Más de media docena de personas te han visto esta noche en compañía de Ana en la plaza. Están dispuestos a jurar que os peleasteis, que la hiciste llorar, luego te han visto salir con ella hacia su casa. Minutos después, su padre la escuchó tener una discusión con un chico, y cuando salió estaba muerta. Le abrieron la cabeza con una azada que había en el jardín. Todo te acusa, chaval. Será mejor para ti si confiesas antes que llegue el leguleyo.

En un primer momento, la descripción de la forma en que había muerto Ana, dejó a Samuel sin habla. ¡Una azada! ¡Le habían abierto la cabeza con una azada! ¿Quién podía odiarla tanto? ¿Quién podía ser tan bestia? Los detectives lo miraron complacidos. Por lo visto, interpretaban su estupor como una demostración de su culpabilidad.

— Yo no... – dijo Samuel, tratando de contener las lágrimas – Yo estuve con ella en la plaza y hablamos. No discutimos, luego la acompañé a su casa, pero estaba bien cuando me fui. No sé qué pudo pasar, no...

— ¡Te dije que cerraras la boca hasta que yo llegara! – dijo de repente su padre, al mismo tiempo que abría la puerta. - ¿Es qué no me escuchaste?

Raúl entró, seguido de un hombre con traje y un portafolio negro. “El abogado”, pensó Samuel. Los detectives parecieron decepcionados cuando vieron aparecer a su jefe. García se puso de pie, mirando al juez, con cierto apuro, pero también con firmeza.

— Lo siento, señor – le dijo – No podemos permitir que esté aquí durante el interrogatorio, debe comprender...

— Comprendo perfectamente, – le interrumpió Raúl – pero Samuel tiene derecho a que haya un abogado presente. – señaló al hombre del traje – El licenciado Cardozo se hará cargo del caso.

Ambos detectives contemplaron al padre de Samuel con compasión, García dio unos pasos hacia su jefe y le cogió el brazo con suavidad. Le prometió que lo mantendría informado mientras lo conducía hacia la puerta. Raúl asintió, apretó los dientes, se dio media vuelta y se marchó.

El interrogatorio se prolongó por el resto de la noche. Una y otra vez Samuel contó su versión de la historia, una y otra vez tuvo que repetir los mismos detalles, escuchar los mismos comentarios sarcásticos, y mientras más hablaba, más comprendía que no le creían. Cardozo, el abogado que había contratado su padre, intervino poco durante el interrogatorio. De vez en cuando protestaba si los detectives acosaban demasiado a su cliente, pero Samuel tuvo la sensación de que la mayor parte del tiempo tenía la mente en otra parte. Ni siquiera estaba escuchando. Finalmente, lo llevaron a una celda, donde esperaría hasta que se decidiera su suerte.

Amanecía cuando fue encerrado en el sótano de la Comisaría, donde se encontraban las celdas. Un borracho dormía en la única tabla que servía de asiento y de catre, así que tuvo que sentarse en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Según le dijo su abogado, aún no lo habían imputado. Los indicios que tenía la policía eran firmes, pero circunstanciales, por lo que les restaban cuarenta y ocho horas para encontrar más evidencias. Si no las hallaban tendrían que liberarlo, pero si lo hacían, sería trasladado como acusado a un centro de reclusión, donde permanecería durante el juicio. Por la gravedad del crimen, el abogado no creía que le concedieran fianza.

En cierto modo, las palabras del abogado tranquilizaron a Samuel. No era posible que la policía hallara más pruebas contra él, puesto que era inocente. Sin embargo, se sentía aplastado por la situación. Se culpaba de no haber

acompañado a Ana hasta que estuviera a salvo dentro de su casa, se sentía desolado por el disgusto que les había ocasionado a sus padres.

Pese a que se sentía exhausto por todo lo que había pasado, y por las interminables horas de interrogatorio, Samuel no pudo dormir. A media mañana les llevaron a él y al borracho que seguía dormido, un bocata y un café con leche casi frío. Samuel no tenía apetito, pero comprendió que debía comer para conservar las fuerzas. Cuando su compañero de celda se despertó, lo liberaron, así que Samuel se quedó sólo, mientras mil preguntas sin respuesta le daban vueltas en la cabeza.

Poco después del mediodía, aparecieron García y Brito. A Samuel le preocupó la expresión satisfecha de sus rostros, por lo que enseguida supo que algo no iba bien. Sus temores se confirmaron cuando vio a Cardozo detrás de ellos, con la mirada baja y sosteniendo el portafolio contra su pecho como si se protegiera de una invisible agresión.

— Vamos – le dijo García – Te llevaremos a una bonita residencia.

— ¿Qué ocurre? – preguntó Samuel - ¿Adónde me llevan?

— Irás al Centro de Reclusión Preventiva – le dijo el abogado.- Estarás allí mientras dure el juicio.

— Pero... usted dijo que eso sólo ocurriría si aparecían nuevas pruebas...– protestó Samuel, dirigiéndose al abogado, y comprendiendo lo que significaba el traslado.

— Y así ha sido, chaval – dijo Brito con satisfacción mientras lo esposaba.

— Tenemos nuevas pruebas, y también un testigo que te escuchó amenazar de muerte a la chica. Tuviste el móvil, la oportunidad y los medios. Estás jodido, muchacho.

Samuel sintió que el suelo se abría bajo sus pies, no tenía idea de qué le estaban hablando, pero por la expresión del abogado, comprendió que aquel malentendido no se iba a aclarar con la facilidad que él esperaba. En silencio y con la cabeza baja, dejó que lo condujeran a su nuevo lugar de reclusión y tuvo el presentimiento de que su vida transcurriría entre rejas por mucho tiempo.

Madrid 1980 - Veredicto y sentencia.

El juicio comenzó pocos días después. Samuel era llevado desde el Centro de Reclusión Preventiva hasta el tribunal en una furgoneta policial, siempre esposado como si fuera un criminal peligroso. Durante ese tiempo, su padre no lo visitó, y cuando le preguntaba al abogado cómo estaba su familia, la única respuesta que recibía era que “ya se lo podía imaginar”, lo que aumentaba la carga de preocupaciones que llevaba sobre sus hombros. Como era lógico, lo estarían pasando mal, y todo era por su culpa.

Poco antes de que comenzara el juicio recibió una visita de su madre, que se presentó con una comida casera, e hizo lo posible por disimular la angustia que la embargaba.

— ¿Cómo estás, cariño?- le preguntó con el rostro transido de dolor.

— Estoy bien – mintió él - ¿Cómo están papá e Irma?

— Bien.

— Esto está siendo muy difícil para vosotros, ¿verdad?

— Menos que para ti - le dijo ella, sosteniéndole la mano – Sé que te resulta duro que tu padre no haya venido a verte. Debes comprenderlo, es un hombre que ha dedicado su vida a vigilar el cumplimiento de la ley, todo esto lo ha tomado por sorpresa, y lo sobrepasa.

— ¿Y tú? ¿Qué piensas de todo esto, mamá?

— Yo soy tu madre, te he llevado en mi vientre. Sin importar lo que hayas hecho, siempre te consideraré mi hijo.

— ¿Sin importar lo que haya hecho? ¿Tú tampoco me crees? – preguntó él con lágrimas en los ojos - ¿También piensas que maté a Ana?

— ¡Claro que no, hijo! Pero no importa lo que yo crea. Eso no cambia nada.

— A mí sí me importa, – dijo él – para mí es lo más importante.- se quedó pensativo un momento – Si me crees culpable será mejor que no vengas a verme, mamá. No lo merezco.

Le hizo una seña al guardia, le dio un beso a su madre en la frente y salió, mientras ella permanecía sentada en el salón de visitas, llorando.

Dos días después comenzó la primera vista. Samuel sabía que debía haber testimonios y pruebas que lo inculparan para poder haber llegado a esa situación, para que su propia familia dudara de su inocencia, pero no podía imaginar cuáles eran. Sin embargo, la actitud pesimista de su abogado le hacía pensar que dichas pruebas existían. Cardozo casi le suplicó que confesara, que pidiera clemencia para conseguir una condena más leve. Samuel no llegó a

planteárselo seriamente. Era inocente, por ninguna razón admitiría ser culpable de un crimen que no cometió.

El juez que presidiría el caso era Emilio Flores. Cardozo le advirtió que era uno de los más estrictos en el cumplimiento de las normas.

— Tiene fama de recto, - le dijo – no admitirá ningún desliz a ninguno de los bandos, y cuando aplica sentencia tiende a ser muy duro.

— Pero ¿es justo? – preguntó Samuel esperanzado.

— Sí, se le tiene por un juez rígido, pero justo – admitió el abogado –

Además, tiene buenas razones para serlo. Se comenta que tiene aspiraciones políticas, quiere ser diputado. Es importante para él dar imagen de rectitud y de no ser influenciado.

— Eso nos favorecerá – dijo Samuel con un leve optimismo – Soy inocente, si es justo, tendría que ayudar a nuestra causa.

— Muchacho, hay algo que debes comprender – le dijo el abogado, con cierta tristeza – Eres el hijo de un respetado juez, ya los medios de comunicación han armado un circo insinuando que esa condición puede hacer que la ley sea benévola en tu caso. El resultado es que todos los que están relacionados con la investigación y el juicio serán muy cuidadosos en no inclinar la balanza a tu favor para no ser acusados de favoritismo, so pena de ver comprometida su carrera.

— ¿Lo que me está diciendo es que ser hijo de un juez va a hacer más difícil que acepten mi inocencia?

— Reconozco que no soy el mejor abogado que puedes tener, muchacho - dijo Cardozo mirándolo con tristeza, en una poco común explosión de honestidad – Soy sólo el que tu padre pudo pagar. Sin embargo, llevo algunos años en esto, los suficientes para admitir que el principio según el cual todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario, no pasa de ser una declaración de buenas intenciones. La realidad es que en cuanto la policía te señala con el dedo, todos sin excepción asumen que deben tener buenas razones, y presumen tu culpa. Me temo que en tu caso es peor. Tienen tanto miedo de favorecerte a causa de tu padre, que no se han planteado ni por un momento la posibilidad de que haya otro culpable.

— ¿De quién está hablando? – preguntó Samuel con un nudo en el pecho - ¿Del juez, de los policías que llevan el caso, de la prensa, de usted mismo?. ¿O de mi padre? ¿Es esa la razón por la que no ha venido a verme? – Cardozo no respondió, pero bajó la mirada - ¿Es eso? ¿Ya me declaró culpable porque teme perder su objetividad de representante de la ley si admite la posibilidad de que sea inocente?

— Es un hombre con un listón muy alto en cuanto a rectitud y

credibilidad. – dijo el abogado – Y no es una pose con vistas a beneficios posteriores como en el caso de Flores. Es inherente a su forma de ser. Tú debes saberlo mejor que yo, es tu padre.

— Nunca le he dado motivos para pensar que podía cometer un acto tan brutal como el que me atribuyen – argumentó Samuel.- ¿Ser un buen juez es más importante que ser un buen padre?

— Ambas cosas son importantes, y no deberían estar reñidas. Sin embargo, en este caso tu padre se ha visto en la disyuntiva de tener que decidir.

— Y ya escogió – señaló Samuel con amargura.- ¿Qué me dice de usted? ¿También piensa que soy culpable?

— Lo que yo piense es irrelevante. Soy tu abogado defensor, estoy aquí para hacer lo posible para demostrar tu inocencia.

— Sin embargo quiere que me declare culpable, que admita un crimen que no cometí.

— Te aconsejo lo que me parece mejor para ti. En vista de la situación, no creo que podamos ganar, Samuel. Esa es la verdad.

— ¿La situación? ¿Qué pueden tener contra mí? – preguntó, alzando la voz – Soy inocente, no pueden tener pruebas de lo contrario. Es imposible.

En el tribunal, Samuel comprobó con desesperación que estaba equivocado. El fiscal presentó la primera prueba. La autopsia de Ana Roldán confirmaba que la causa de la muerte había sido la fractura de cráneo ocasionada por un golpe propinado con una azada que se encontraba en el jardín. No había huellas en el arma homicida, lo que demostraba que el asesino las había limpiado tras cometer el crimen, o había usado guantes. Eso añadía premeditación a los cargos. Pero lo más importante fue que se supo que Ana estaba embarazada de dos meses. Aquello hizo que un rumor se extendiera por la sala y Flores tuvo que intervenir para que se volviera a guardar silencio.

El fiscal elaboró una hipótesis según la cual, Ana le habría comunicado a Samuel esa misma noche que estaba embarazada, y ante ese hecho que comprometía el prometedor futuro del acusado, él la asesinó a sangre fría. Como segunda prueba presentó la confirmación de la beca para la escuela Juilliards, y llamaron a Edgardo, que se vio obligado a declarar que aquella misma noche le había hablado a Samuel sobre la oferta de la escuela de música. La historia concordaba con la declaración de tres testigos que los vieron hablando en un café en la plaza después del concierto, que afirmaron que habían visto a la chica llorar y que parecía muy alterada. Pero lo que realmente sepultó a Samuel fue el testimonio de Francisco Nadal. El violinista subió al estrado y parecía que lo hacía contra su voluntad.

— Señor Nadal – dijo el fiscal - ¿Cuándo supo usted que el señor Andara

había sido seleccionado para la beca de Juilliards?

— La noche del concierto, señor.

— ¿Se lo comunicó el propio señor Andara, o tal vez su tutor, el señor Fuentes?

— No señor, lo escuché por casualidad. Salía de la sala de conciertos, y me encontraba a pocos pasos de Samuel y de esa pobre chica. – respondió con un suspiro.

— ¿Pudo escuchar lo que hablaban?

— Sí, eso me temo, aunque no creo que ellos notaran mi presencia. Iba a acercarme para felicitar a Samuel por el excelente concierto que había dado, pero me detuve al darme cuenta del carácter íntimo de la conversación.

— ¿Y qué decían?

— Señor juez, - intervino Cardozo – el señor Nadal no participó en la conversación, no creo que debamos basar el veredicto en un chisme...

— Cuidado, señor Cardozo – dijo el juez con severidad - De las tres personas que pueden informarnos de esa conversación, si es que es importante para este caso, una está muerta, el otro es el acusado, y el tercero, el testigo. Creo que eso pone al señor Nadal en una posición privilegiada en cuanto a la credibilidad de lo que escuchó. Sin embargo, – dijo dirigiéndose al fiscal – será mejor que la declaración del señor Nadal tenga relación directa con lo que nos ocupa.

— La tiene, señor juez – confirmó el fiscal con mucha seguridad – Sin lugar a dudas, la tiene. ¿Puede responder a la pregunta? – dijo, dirigiéndose al testigo.

— Sí, señor – continuó Nadal – la chica le dijo que estaba embarazada, y que debía asumir su responsabilidad, Samuel se enfadó mucho, le respondió que no permitiría que algo así arruinara su carrera y que haría lo que fuera necesario para evitarlo.

— ¿Lo que fuera necesario? – recalcó el fiscal - ¿Sabe a qué se refería?

— En ese momento no lo tuve muy claro. Me sentía avergonzado por haber escuchado una conversación tan privada y no pensé en ello. No sabía a qué se refería, y desde luego, nunca se me pasó por la cabeza que pudiera pensar en asesinarla. De ser así, no me hubiera marchado.

— Señor juez – intervino Cardozo poniéndose de pie – protesto la afirmación del testigo. Esas palabras que supuestamente dijo mi cliente, pueden ser interpretadas de muchas maneras, y no constituyen una declaración de culpabilidad. El señor Nadal se atribuye conocimientos que no le competen.

— Tiene razón, señor Cardozo. – admitió Flores – El testigo debe limitarse a repetir lo que escuchó, sin aportar interpretaciones propias.

Cardozo agradeció al juez y se sentó. Samuel comprendió que la pequeña protesta de su defensor, en realidad lo había perjudicado. Lo único que logró fue dar credibilidad a las declaraciones de Nadal sobre una discusión que nunca tuvo lugar. La interpretación podía ser puesta en tela de juicio, pero a la vista de los resultados, el propio tribunal llegaría a las mismas conclusiones. El testimonio del violinista confirmaba la hipótesis de la fiscalía. Samuel se preguntó por qué Nadal mentía. Él sabía que no le simpatizaba, que sentía envidia por su facilidad para la interpretación musical, pero nunca hubiera imaginado que llegara a odiarlo tanto como para cometer perjurio en un tribunal, sólo para perjudicarlo. El problema era que los demás tampoco lo creerían, y eso lo condenaba. Entonces comprendió la expresión satisfecha de los policías que lo arrestaron. Para ellos el caso estaba cerrado.

Después de la declaración de Nadal, de vuelta en el Centro de Reclusión, Cardozo intentó convencerlo otra vez para que confesara. Su pesimismo había alcanzado la cota del derrotismo.

— Yo no lo hice – insistió Samuel – Nadal mintió, esa discusión con Ana nunca tuvo lugar.

— ¿Por qué iba a mentir Nadal? – preguntó el abogado - ¿Qué gana con ello?

— No lo sé, me detesta, tal vez le complace hundirme. Yo sólo sé que miente.

— ¿Y sólo porque te odia se arriesga a cometer perjurio? – preguntó el abogado, incrédulo – Podría pasarse un tiempo en la cárcel si se descubre que mintió.

— Se supone que usted es mi abogado, ¿no debería escucharme? ¿Creerme?

— Dentro de lo razonable, Samuel, pero esto no lo es. Y aunque estuvieras en lo cierto y Nadal mintiera, no creo que pudiera convencer a nadie de que es así. Sencillamente no existe una razón válida para que nadie acepte esa teoría. Admítelo, muchacho, todo te incrimina, y me temo que después del testimonio de hoy, al tribunal no le deben quedar dudas acerca de que tenías motivos para matar a esa chica.

— No tenía motivos – insistió Samuel – Si se refiere al embarazo, no podía ser mío, teníamos menos de un mes saliendo, y nunca llegué tan lejos con ella como para que pudiera...

— Mala táctica, muchacho – le interrumpió Cardozo.- La chica tiene la simpatía del jurado y el juez. Si tratas de manchar su nombre insinuando que jugaba sucio y que el niño no era tuyo, sólo conseguirás empeorar tu situación.

— ¡No trato de hacer nada! – dijo Samuel, alzando la voz - ¡Simplemente digo la verdad!, pero me doy cuenta que la verdad no tiene importancia. Lo más sencillo para todos, incluido usted y mi padre, es que me condenen. De cualquier manera, ustedes ya lo han hecho.

— Pretender ser la víctima no te va a ayudar, lo mejor que puedes hacer es confesar, decir que la golpeaste con la azada en un arrebato de ira o de miedo, que te asustaste al verla muerta, porque en realidad no querías asesinarla, que por eso limpiaste las huellas y huiste, pero que ahora estás arrepentido y ruegas clemencia. Tal vez te den diez años. Si no lo haces, lo más probable es que la condena no sea menor de veinte años.- suspiró con impaciencia – Lo siento, es lo mejor que podemos obtener.

— Es lo mejor que puede hacer ¿verdad?

— ¿Y qué esperabas?

— Que encontraran al culpable – dijo Samuel – Probablemente el verdadero padre del niño.

Cardozo no respondió, recogió su portafolio, se levantó de la mesa y se dispuso a salir. Antes de llegar a la puerta volteó a mirar a Samuel.

— Piensa en lo que te he dicho, tu terquedad te puede costar muchos años de tu vida.

El abogado se marchó. Samuel se quedó en la sala de visitas sintiéndose muy sólo. Cardozo lo creía culpable, pero eso no le importaba demasiado, lo que sí le importaba era que todos los que lo conocían pensaban lo mismo, que había sido capaz de asesinar brutalmente a su novia embarazada para no perder un premio académico. ¿Tan frágil era su confianza en él? También se sentía un imbécil. Cuando supo que Ana estaba embarazada de dos meses, se dio cuenta que había sido un tonto útil para la chica, entonces comprendió muchas reacciones de Ana, como su desesperación cuando él le habló de la beca. Ella lo había elegido como el sustituto del padre de su hijo. Samuel no tenía mucha experiencia y estaba loco por ella. No le habría sido difícil seducirlo para después hacerle creer que el niño era suyo. Sólo que no le dieron tiempo, alguien la asesinó antes que él pudiera tocarla. ¿Su antiguo novio? ¿Celos? Era lo más probable, pero la policía no se había molestado en indagar en el pasado de la víctima para buscar otras relaciones.

Si su padre le hubiera dado la oportunidad, si le hubiera concedido el beneficio de la duda, él podría haberle explicado que el niño no era suyo, que debía haber otro hombre en la vida de Ana. Pero ya era tarde, ni siquiera su abogado defensor aceptaba esa posibilidad. Samuel comprendió que estaba perdido, no tenía oportunidad. Sin embargo, no aceptaría la culpa. Era inocente, y si tenía que pagar por un crimen que no había cometido, lo haría con la cabeza

en alto, desafiando a los que se negaban a creerle.

Cardozo no se equivocó en su pronóstico. En la siguiente vista se dictó el veredicto, lo declararon culpable. El juez se extendió en su repudio ante un crimen tan brutal y la necesidad de que el responsable recibiera un castigo justo. La sentencia no podía ser menos excesiva que el crimen, le dieron veinticinco años en una prisión de alta seguridad.

Raúl estuvo presente durante todo el juicio, pero en ningún momento miró a Samuel. Escuchó el veredicto y la sentencia, como si hubieran sido pronunciadas contra él mismo. Sólo entonces volteó hacia su hijo y sus miradas se cruzaron. Samuel pudo leer en los ojos de su padre tristeza, dolor, ira y decepción. Aquello le resultó mucho más doloroso que la condena del juez, que ya esperaba. Después de ver a su hijo por última vez, Raúl le dio la espalda y salió con paso apresurado sin mirar atrás. No volverían a verse en esta vida. Martina, por su parte, no tuvo el valor de asistir. Por lo que presenció en las vistas anteriores y lo que le había contado su marido, sabía el resultado que podía esperar. No quería ser testigo de la destrucción de la vida de su hijo.

Del tribunal, Samuel fue trasladado directamente a la prisión de alta seguridad. Era un lugar lúgubre, donde la mayoría de los reclusos que habían perdido el norte de su vida, trataban de compensar la desesperación de un futuro incierto con una agresividad sin disimulo. Samuel era el recién llegado, demasiado joven, y aunque era alto y bastante fuerte, llevaba dibujada en el rostro la ingenuidad de un chico que había crecido bajo la protección de una familia bien estructurada. Además, todos sabían que era hijo de un juez, condición que de nuevo le trajo problemas.

Uno de los reclusos más peligrosos, llamado Sexto y apodado el Víbora, líder de la banda más peligrosa de la cárcel, decidió doblegarlo para enseñarle quién mandaba allí. Samuel no quería conflictos, ya tenía bastantes problemas, pero no le dieron elección. El segundo día de su llegada, cuando salía de la lavandería donde cumplía su jornada de trabajo, el Víbora lo estaba esperando con dos de sus compinches. Samuel trató de evadirse, pero los esbirros le sujetaron los brazos a la espalda para que Sexto pudiera golpearlo a gusto. Antes que el delincuente comenzara su ejercicio de pugilismo en el pobre muchacho apareció Eladio, el recluso que más tiempo llevaba en aquella cárcel. Eladio era de baja estatura, y no muy fuerte, pero era el que mejores contactos tenía dentro de la prisión, tanto entre los reos, como entre los guardias, por lo que enemistarse con él no era buena idea.

— ¿Qué ocurre aquí? — preguntó en cuanto vio al recién llegado sometido y a punto de recibir una paliza.

— No te metas Eladio.

— ¡Soltadlo!

— Porque tú lo digas - respondió uno de los matones que sujetaban a Samuel.

— Bien, podéis seguir adelante. Sabéis que no os denunciaré con los guardias, porque no soy un soplón, pero ya os podéis despedir de los cigarrillos, las revistas esas prohibidas que tanto os gustan y todos los caprichos que soléis pedirme.

— Vamos, Eladio ¿Qué te importa este tío? ¿Es acaso pariente tuyo?

— Es mi sobrino, - respondió el viejo - el hijo de mi hermana la tuerta, y a partir de ahora, el que se mete con él, se mete conmigo.

— Tú no tienes hermanas - protestó el otro matón.

— Yo tengo lo que me sale de los huevos. Así que soltad al chico si no queréis perder los privilegios de los que disfrutáis.

Los matones y el Víbora se miraron entre sí. Sabían que Eladio cumpliría su amenaza, y si trataban de convencerlo por las malas, el resto de los presos y los guardias se les echarían encima.

— No vale la pena - dijo el Víbora haciendo un gesto para indicar a sus matones que debían soltar al muchacho.

Samuel no podía creer que se había librado tan fácilmente. Se quedó junto a Eladio mientras veía a los matones alejarse murmurando maldiciones entre dientes.

— Gracias - le dijo al viejo - Me ha salvado usted de una buena.

— ¿Usted? Con ese lenguaje no durarás mucho tiempo por aquí, chaval. Soy Eladio.

— Gracias, Eladio. Me has salvado.

— Puedes jurarlo.

— ¿Por qué lo has hecho? Te has arriesgado mucho.

— No creas. Esos tipos saben lo que les conviene. En cuanto a por qué lo he hecho. Te he estado observando, muchacho, y he llegado a una conclusión: tú no perteneces a este lugar. Necesitarás ayuda para que permanezcas de una pieza.

Samuel sintió un nudo en la garganta. Aquel hombre que no lo conocía demostraba más confianza en él de la que tuvieron su familia y amigos cuando fue acusado.

— Nuevamente gracias - le reiteró, mientras le extendía la mano para estrechársela.

Madrid 1981 - Aspiraciones

Álvaro entró en el comedor a desayunar cuando su padre terminaba su café. Había calculado mal. Hubiera jurado que a esa hora su viejo ya estaría en su oficina, o en el avión con destino a cualquier lugar de España donde hubiera un proveedor, o un cliente.

— Buenos días papá - le dijo, mientras se sentaba para servirse una tostada y una taza de café.

— Buenos días. ¿Te parece que éstas son horas de levantarse un día a mitad de semana?

Lo sabía, pensó Álvaro. Allí viene la bronca.

— Anoche me acosté tarde, estudiando.

— ¿Estudiando? - preguntó Fernando - En lo que va de curso todavía no te he visto con un libro abierto en las manos. Tampoco he sabido cómo vas en tu carrera de administrativo. De lo único que estoy seguro es que conoces todos los bares de Madrid y sus alrededores.

— ¡Ala! ¡Qué exagerado! ¿Tienes idea cuántos bares hay en Madrid? Nadie es capaz de conocerlos todos.- respondió Álvaro con una sonrisa

—No te cachondees de mí, Álvaro, que te conozco. Tienes diecinueve años, ya eres un hombre, pero aún no sientas cabeza. ¿Qué pensaría tu pobre madre si viviera?

—Deja a madre en paz - respondió el muchacho, poniéndose serio - Ella no tiene nada que ver en todo esto.

—Ella hubiera querido que fueras un hombre de bien, responsable, trabajador. ¡Por Dios, Álvaro! Un día tendrás que ocuparte de la empresa que con tanto esfuerzo he levantado, y no tienes la preparación, ni la disposición. ¿Qué crees? ¿Qué el dinero te va a durar eternamente si no cumples tus obligaciones? Especialmente de la forma en que lo gastas.

—Vamos papá, cálmate - respondió el joven, que en el fondo sabía que su padre tenía razón. No estaba ni lejanamente preparado para ocuparse de los negocios de la familia. - Sé que tal vez no me he aplicado en los estudios como debería, pero soy joven, y tú vas a vivir muchos años. Ya tendré tiempo de convertirme en un ejecutivo serio y aburrido. Mientras tanto, déjame disfrutar de la vida.

— El tiempo pasa más rápido de lo que crees, hijo. Y yo no viviré para siempre. Me tranquiliza saber que cuentas con Julián para apoyarte, pero el peso de la responsabilidad mayor siempre caerá sobre ti. Además, de tu buen hacer dependerá no solo tu futuro, sino también el de todos los trabajadores de la

empresa.

Álvaro suspiró. No le gustaban aquellas conversaciones con su padre, porque al final siempre tenía que darle la razón, aunque nunca lo reconocería en voz alta frente a él.

— Tú lo has dicho, papá. Tengo diecinueve años. Te prometo que no abandonaré mis estudios, pero eso no tiene por qué impedir que disfrute también de mi juventud.

— Muy bien. Lleguemos a un acuerdo, entonces. Aprende todo lo necesario para que seas un exitoso hombre de negocios, y yo no intervendré en tus actividades extracurriculares - levantó un dedo admonitorio - siempre y cuando no involucren sustancias ilegales.

—Por supuesto papá - le dijo, levantándose y dándole un par de palmadas cariñosas en el hombro a su padre - Es un trato.

Nadal terminó de tocar la pieza que le había asignado el jurado. La interpretó lo mejor que pudo, él pensaba que en forma brillante, pero los imbéciles de Juilliards lo calificaron con un suficiente. ¡Qué sabrían ellos de música! Sin embargo, obtener un título de esa academia le daría un impulso enorme a su carrera. Seis meses atrás, Miguel Valladares, un petulante niño rico, lo abordó con una propuesta tentadora: si hacía una declaración que comprometiera como culpable al imbécil de Samuel Andara, el banco de su padre le otorgaría una beca para estudiar en la prestigiosa academia. A Nadal no le costó aceptar, hubiera hundido a Andara y su maldito talento sólo por el gusto de hacerlo, pero con la astucia que le caracterizaba exigió algo más que la beca, al comprender el motivo por el que Valladares estaba tan interesado por la condena de Andara. Debía comprometerse a impulsar financieramente su carrera como director, una vez concluyera sus estudios. Después de todo, era el único heredero de su padre y futuro mayor accionista del banco. Por supuesto que Valladares aceptó, y Nadal supo que tenía el éxito asegurado.

Emilio Flores brindó con sus compañeros de partido por el éxito de la contienda. Desde que condenó al hijo de Andara por homicidio, su fama de juez incorruptible y persona honorable que no cedía a las presiones, lo había hecho subir como la espuma. Los resultados de las elecciones le garantizaban un curul como diputado, y él sabía que pronto podría aspirar a cargos de más envergadura y poder. Había hecho un buen negocio al declarar culpable a aquel crío, aunque en realidad él sabía que era inocente.

Gracias a su experiencia comprendió que el caso había sido sesgado en contra del muchacho desde el primer momento. Por lo visto su condición de hijo de un respetado juez pesó en su contra. La prensa y la opinión pública lo condenaron inmediatamente, llevando adelante una campaña acerca de la

idoneidad de los funcionarios públicos, y su honestidad. ¿Serían capaces de imputar al hijo de uno de ellos si era culpable? ¿O preferirían que un crimen tan espantoso quedara impune? Los policías que investigaron se dejaron llevar por el temor de ser acusados de proteger al sospechoso por su filiación. Como resultado, la investigación adoleció de muchas fallas. Ni siquiera contemplaron otras posibilidades, limitándose a buscar las pruebas para culpar a Andara. Tuvieron una ayuda insospechada e inesperada. En cualquier otra circunstancia, Emilio se hubiera negado a firmar ni siquiera la orden de captura, pero había mucho más detrás de la muerte de Ana Roldán.

Emilio comprendió enseguida la importancia política de un veredicto de culpabilidad y una condena ejemplarizante. Su decisión se vio reforzada cuando Eduardo Valladares, principal accionista de un banco, y a quien conocía de vista, le hizo una visita para proponerle ayudarlo con fondos para su campaña si conseguía que Samuel Andara fuera condenado. El astuto juez comprendió que era la oportunidad que estaba esperando, y no lo dudó, instruyó al truhan de Nadal acerca de lo que debía declarar, luego manejó el caso con tal habilidad, que el propio padre del chico acabó convencido de su culpa. Ahora recogía los frutos de su trabajo, su carrera política sólo podía ascender.

Madrid 1981 - Consecuencias.

Después del juicio, Raúl se negó a volver a hablar del caso de Samuel en su casa. Al pretender ignorar el recuerdo de lo ocurrido, quería alejar el dolor de haber perdido a su hijo, pero no le fue posible. Samuel estaba presente en su mente cada día, cada hora, sin darle tregua. Lo había desconcertado la sentencia. Le pareció excesiva tanto en el tiempo como en el lugar de reclusión, pero sus compañeros lo convencieron de que el crimen perpetrado por Samuel no había sido un simple homicidio pasional. Al matar a su novia, también había acabado con la vida de su propio hijo no nato, lo que convertía el crimen en algo atroz, solo que a Raúl, su posición de padre no le permitía verlo así. El funcionario de la ley que había en él finalmente lo aceptó, pero en su fuero interno le parecía excesivo enviar a un chico, apenas salido de la adolescencia, a cumplir condena con los delincuentes más peligrosos. Martina trataba de convencer a su esposo para que contemplara la posibilidad de que Samuel fuera inocente y mantuviera abierto el caso, que continuara investigando, pero Raúl se negó. Dos de los mejores detectives de la comisaría lo habían llevado adelante. Él no tenía derecho, ni motivos, para dudar de su buen proceder. Seguir investigando sería como meter el dedo en la herida, y no dejarla cicatrizar.

La discrepancia entre ambos acerca de ese tema fue motivo de amargas discusiones, donde salieron a la luz reclamos e insultos que dieron al traste con la buena relación de la pareja. Martina culpaba a Raúl de severidad excesiva hacia su hijo, que nunca le había dado motivos de queja. Le acusó de ser cómodo y complaciente con sus jefes y compañeros. Raúl le reclamaba que defendiera a un hijo que los había decepcionado a todos de la peor forma posible, cometiendo un crimen atroz que había acabado con la vida de una joven inocente, así como de su propio nieto, el cual ya nunca tendría la oportunidad de nacer.

Las discusiones eran cada vez más amargas, hasta que el distanciamiento fue tan grave que llegaron a tratarse como extraños. Irma por su parte, sufría por la evidente destrucción del matrimonio de sus padres en su casa, y también en la escuela por las burlas de sus compañeros, que la acosaban diciéndole que su hermano era un asesino. Al principio, ella hacía lo posible por defenderlo, pero no sabía cómo, hasta que llegó a albergar un resentimiento hacia él, por haberle hecho más difícil su vida. La imagen del hermano cariñoso y protector, del que se sentía orgullosa, fue sustituida por aquella menos edificante que le mostraban sus compañeros y amigos, la de un chico cruel, capaz de matar por obtener lo que quería. Irma llegó a negarlo como hermano, hasta el punto que se ofendía cada vez que alguien le recordaba su parentesco.

Samuel, en su encierro, se volvió taciturno, confiando solo en Eladio. La soledad era lo que más le atemorizaba. Los días iban transcurriendo, uno tras otro, sepultándolo en una rutina de guardias y puertas cerradas, de desconfianza y hostilidad. Al cabo de seis meses, le asignaron un nuevo compañero de celda, un chico que tendría la misma edad de Samuel. Su nombre era Efraín Sánchez. Llegó a aquella prisión al igual que todos lo hacían: confundido y asustado. Eladio y Samuel hicieron lo posible por tranquilizarlo, así como por darle la información necesaria para conservar la vida.

El delito de Efraín debió ser purgado en una prisión estatal de mínima seguridad. Había sido detenido por estafa, pero tuvo la mala suerte que su víctima, el estafado, era un hombre de grandes influencias, que no le perdonó la burla. Efraín creció en las calles, donde aprendió todo tipo de trucos. Era un tahúr, que pronto comenzó a darles problemas. De vez en cuando, lograba escamotearles una cajetilla de cigarros, o el almuerzo a los guardias, o lo que era peor, a alguno de los muchos matones que había entre los presos. Eladio lo reprendía, advirtiéndole del peligro que eso podía representar, pero el chico no podía evitarlo, estaba arraigado en sus hábitos. Samuel lo trataba como si fuera un hermano pequeño un poco alocado, al que protegía, y a pesar de su naturaleza irreverente, Efraín lo respetaba.

Una tarde mientras estaban en el patio, Efraín se acercó con disimulo a uno de los miembros de la banda del Víbora, y con la habilidad de un carterista experimentado, sacó de su bolsillo una cajetilla de cigarros. Samuel lo vio, comprendiendo enseguida que el chico estaba buscando su perdición. Se acercó a él con disimulo, manteniéndose a su lado, con la intención de convencerlo que devolviera la cajetilla antes que el tipo se diera cuenta que faltaba, pero en ese momento el matón decidió fumar, encontrando el bolsillo vacío. La expresión de desconcierto de Efraín lo delató, pero Samuel reaccionó con rapidez, quitándole los cigarros con disimulo y dejándolos caer a su lado, con tan mala suerte que otro de la banda del Víbora lo vio deshacerse de la evidencia.

Todos sabían que robarles cualquier objeto por insignificante que fuera a Sexto o a sus hombres era firmar su propia sentencia de muerte. Cuando el matón dio la alarma y señaló a Samuel como el responsable del hurto, no valió de nada la protección de Eladio, ni su intervención en su defensa. Aquellos matones lo sometieron a tal golpiza que terminó en la enfermería por tres semanas.

Efraín, que nunca pensó que su travesura tuviera semejantes consecuencias se sintió culpable. Cuando Samuel fue regresado de vuelta a la celda, el chico lo recibió cabizbajo, con una disculpa.

— Lo siento, Samuel – le dijo – fue mi culpa, perdóname, nunca creí que tú tendrías que pagar por mi estupidez.

— Estaré bien – le respondió Samuel – Eres un saco de problemas, hermano. Será mejor no perderte de vista.

Efraín suspiró aliviado, y desde aquel día, Samuel se ganó su lealtad incondicional.

Madrid 1982 - Los vivos y los muertos.

Raúl se encontraba en su despacho, discutiendo con el inspector Brito acerca de un caso, cuando recibió una llamada de la prisión. Cogió el teléfono con un nudo en el pecho. Sabía que no lo hubieran llamado de no haberle ocurrido algo muy grave a Samuel. Cuando colgó, después de escuchar lo que tenían que decirle, estaba pálido. El inspector se asustó y le preguntó si todo estaba bien. Raúl lo miró aún incapaz de procesar lo que acababa de escuchar.

— Me acaban de avisar, – dijo en un murmullo - que mi hijo está muerto.

Raúl, Irma y Martina regresaron del funeral de Samuel. Irma venía llorando, por fin había logrado perdonar a su hermano, pero ya no podría decírselo nunca. Martina tenía los ojos húmedos y las lágrimas le corrían por las mejillas, pero permanecía en silencio. Raúl había envejecido diez años en los últimos días, después de recibir la noticia. No era lo mismo dar por muerto a un hijo, que saberlo muerto de verdad.

Irma subió a su cuarto para poder seguir llorando sin que nadie la perturbara. Martina también fue hasta su habitación, mientras Raúl se sentó en la sala, sosteniendo su cabeza entre las manos, tratando de comprender cómo habían podido torcerse tanto las cosas. Aún sentía escalofríos al recordar su visita a la morgue para reconocer el cuerpo de su hijo. Lo habían cosido a puñaladas. El director de la prisión le explicó que Samuel se había visto involucrado en una pelea entre bandas. Raúl no lo podía creer. ¿Tanto había cambiado su hijo? ¿O era que nunca lo había conocido en realidad? Pasado un rato, Martina apareció en la sala con una maleta, y Raúl se sorprendió.

— Martina ¿qué haces?

— Me voy Raúl, no puedo seguir viviendo bajo el mismo techo que tú. Mi abogado te hará llegar los papeles del divorcio, ahora que es posible.

— Martina por favor, no te vayas. Si no te quedas por mí, hazlo por Irma, acaba de perder a su hermano, no hagas que pierda también a su madre.

— No me perderá. Si piensas que la dejaré contigo estás muy equivocado. Lucharé por ella con uñas y dientes, como no fui capaz de hacerlo por Samuel. Y ahora él está muerto. Lo he perdido para siempre.- explotó ella en llanto.

— No fue tu culpa, Martina – dijo Raúl, también llorando – sino mía. Me dejé llevar por el orgullo y le fallé a mi hijo, a Irma y a ti. Pero tú eres mejor persona que yo, por eso sé que no dejarás que nuestra hija pague por mis errores.

Quédate, Martina, por ella, por favor.

— Lo haré – aceptó Martina cerrando los ojos, mientras las lágrimas brotaban de ellos - por ella me quedaré, con una condición.

— ¿Cuál? – preguntó Raúl, temiendo las palabras que iba a escuchar – Pide lo que quieras.

— Que no me vuelvas a dirigir la palabra – dijo Martina mirándolo fijamente – No quiero volver a hablar contigo. Y cuando Irma deje esta casa, yo también me iré. Nunca podré perdonarme a mí misma haber abandonado a Samuel a su suerte, pero tampoco podré perdonártelo a ti.

— Será como quieres, Martina, – aceptó Raúl bajando la cabeza, él tampoco era capaz de perdonarse a sí mismo – pero no te vayas.

Martina regresó a su habitación y Raúl volvió a sentarse en el sillón. Los remordimientos lo atormentaban. Se preguntaba si no había sido demasiado duro con Samuel. Desde el principio se mantuvo alejado del caso para evitar presionar a los policías que lo llevaban. Cualquier otra cosa hubiera sido deshonesto. Aquella chica y su hijo no nacido habían muerto de una forma terrible e injusta, y el culpable debía pagar por su crimen, sin importar quién fuera. Raúl hubiera querido pensar que Samuel era inocente, pero todas las pruebas desmentían esa posibilidad. Eso significaba que su hijo se había comportado como un asesino a sangre fría, que había sido capaz de matar a una chica embarazada de su propio hijo. No reconocía a semejante monstruo, y la indignación que sentía era mayor que su dolor como padre.

Ahora nada de eso tenía importancia. Samuel estaba muerto. Para su hijo ya no habría oportunidad de redención, y para él tampoco. Se preguntó qué hubiera ocurrido de haber intervenido en la investigación, de haber supervisado a la policía como en otros casos. ¿Hubieran llegado a conclusiones diferentes? ¿Estaría Samuel ahora libre, disfrutando de una beca en Juilliards y preparándose para una brillante carrera como músico? ¿Le había fallado a Samuel como padre? Apartó esa idea de su mente. Si comenzaba a culparse de lo que había ocurrido, se volvería loco. Samuel murió porque se involucró en una reyerta entre presos, y él no hubiera podido hacer nada para evitarlo. Solo convenciéndose de eso podía conservar la cordura.

Álvaro recuperó la conciencia lentamente. Se sentía muy extraño. Estaba en la UCI de un hospital, eso lo tenía claro por los cables y tubos que salían de su cuerpo. Le habían inmovilizado el cuello, también le habían colocado un apretado vendaje en el tórax y quizás por eso tenía que esforzarse con cada inspiración. La pierna derecha estaba sujeta por una férula y la mantenían levemente elevada. Le dolía terriblemente. Pero lo peor era que no podía recordar nada, ni siquiera su nombre.

La puerta se abrió y dio paso a un hombre de mediana edad, enfundado en un mono de papel que cubría sus ropas. Al verlo despierto le sonrió.

— ¿Cómo te encuentras Álvaro? Nos diste un buen susto, tu padre viene en camino.

— ¿Quién es usted? - preguntó el muchacho, confundido.

— ¿No me reconoces? - inquirió el hombre con expresión preocupada - Soy Julián. Julián Ferrer.

— Lo siento, no puedo recordar nada - reconoció Álvaro.

— No te preocupes, recordarás. Solo necesitas un poco de tiempo.

— Mencionó a mi padre - dijo el chico, que por alguna razón había sentido alivio al pensar que su progenitor acudiría a verlo.

— Fernando estaba en una conferencia en Hong Kong cuando ocurrió el accidente. ¿Recuerdas? Cogió el primer avión con rumbo a Europa en cuanto se enteró, pero el viaje es largo, debe hacer varios trasbordos. Llegará esta noche.

Álvaro se sintió confundido. Había algo que no estaba bien, aunque no podía decir de qué se trataba.

— ¿Fernando? ¿Accidente? - preguntó.

— No debes preocuparte por nada, Álvaro. Lo peor ya ha pasado. Todo estará bien. Ahora descansa.

Julián abandono la UCI dejando al chico más confundido de lo que estaba. Álvaro levantó sus manos y las contempló. Eran grandes y fuertes, pero había algo que no estaba bien con ellas, las sentía torpes. Consecuencia del accidente, concluyó. ¿Qué clase de accidente habría sido? No podía recordarlo. Una enfermera entró con una libreta, le sonrió al comprobar que estaba despierto y comenzó a tomar nota de las constantes vitales que señalaban los aparatos que lo rodeaban.

— ¿Puedo pedirle un favor? - le preguntó el joven.

— Claro, si está en mi mano, con mucho gusto.

— ¿Podría traerme un espejo?

— Desde luego - respondió la muchacha sonriendo mientras buscaba en el bolsillo de su uniforme - No debe preocuparse, su rostro no sufrió ninguna herida de gravedad en el accidente. Solo algunos rasguños.

La chica finalmente encontró una pequeña polvera que abrió y le entregó a su paciente. Álvaro la cogió dispuesto a ver su rostro. Desde el otro lado del espejo lo contempló un perfecto desconocido.

Madrid 1984: Recuerdos ajenos.

Julián entró en la sala de los Del Valle donde lo esperaba Álvaro. El chico encajó la muerte de su padre ocurrida tres meses atrás, con más entereza de la que él esperaba. Álvaro había cambiado mucho después del accidente. De un muchacho alocado e irresponsable, preocupado solamente por divertirse, había pasado a ser un joven serio y centrado, que se dedicó a su propia recuperación cumpliendo cada etapa de la rehabilitación sin quejarse, por difícil y dolorosa que fuera. Se sometió a las intervenciones quirúrgicas que sugirieron los cirujanos para permitirle volver a caminar, y aceptó con serenidad la noticia de que tendría que usar bastón por el resto de su vida. Mientras hacía todo esto concluyó sus estudios con matrícula de honor, dejando a quienes lo conocían con la boca abierta. Su cambio había sido tan dramático, que Julián algunas veces dudaba que se tratara de la misma persona.

— ¿Deseas una copa, Julián? ¿Un café?

— No, gracias, Álvaro. Estoy bien.

— ¿Cuál es esa información de la que me hablaste por teléfono?

— Terminé la investigación que me pediste acerca de ese chico: Samuel Andara, aunque todavía no comprendo tu interés en él.

— ¿Qué averiguaste?

Julián lo miró como si quisiera adivinar qué había detrás del interés de Álvaro en aquel joven de historia tan extraña.

— Debo decir que algunos de los resultados me han puesto los pelos de punta - reconoció el abogado - Samuel Andara nació el 12 de septiembre de 1962, a las 11:35 de la noche. El mismo día y a la misma hora que tú - levantó la vista del papel para ver si sus palabras tenían algún eco en su interlocutor, pero Álvaro permanecía impassible.

— Continúa - lo animó el joven.

— Hijo de un juez, Raúl Andara, y de una profesora de piano, Martina Leiva. Samuel Andara comenzó su instrucción musical desde niño. Siempre fue considerado un prodigio del piano. Además sus calificaciones eran ejemplares. Parecía tener un futuro brillante hasta que su novia embarazada fue asesinada. Los indicios y las pruebas apuntaron a Andara, que fue encontrado culpable y condenado a veinticinco años. En 1982 se vio envuelto en una reyerta de presos...

— ¿Una reyerta? - preguntó Álvaro, que por primera vez pareció sorprendido.

— Eso dicen los informes de la prisión.

— Claro, ¿qué otra cosa podrían decir? - reflexionó Del Valle con tristeza.- Continúa, por favor.

— Este es el otro dato que me eriza los vellos de la nuca: Samuel Andara falleció el mismo día que tú sufriste el accidente, y la hora de su muerte coincide exactamente con el paro cardíaco que te sobrevino antes de que te recuperaras milagrosamente. ¿Qué relación tienes con ese joven, Álvaro? ¿Me lo puedes decir?

Álvaro se quedó pensativo, como si no supiera cómo responder. Entonces se levantó con cierta dificultad, apoyado en el bastón, se acercó al piano que siempre había sido un simple adorno del mobiliario, y que él hizo afinar unas cuantas semanas atrás. Se sentó frente a él y comenzó a tocar. Se sintió algo torpe. Después de afinarlo había realizado ejercicios de digitación, pero aún estaba lejos de dominar sus dedos como debería. Escogió "Claro de Luna", de Beethoven, cuyas notas sonaron como si tocaran los ángeles. Julián se quedó de una pieza, se puso de pie sintiendo que se le ponía la piel de gallina. Hubiera querido salir a toda prisa de aquella casa, Álvaro nunca se había acercado a un piano, ni había mostrado interés alguno por la música, como no fueran aquellos grupos de Rock inglés que él no era capaz de soportar. No podía comprenderlo. Al terminar la pieza, el joven se giró para mirar a su abogado y ahora amigo.

— ¿Quieres saber qué relación tengo con Samuel Andara? Sus recuerdos ahora son míos, Julián. De hecho, son los únicos que tengo. Mi rostro, mi cuerpo, mis manos - dijo levantándolas - son los de Álvaro Del Valle, pero mi conciencia, mi memoria, son las de Samuel Andara. Yo soy Samuel Andara.

— ¿Cómo es posible?

— No lo sé. Pero sí quiero que tengas algo claro. Yo no maté a esa chica. Ese niño no era mío, porque nunca la toqué. Me tendieron una trampa, fui el chivo expiatorio del verdadero asesino. Y lo que ocurrió en la cárcel no fue una reyerta, fue un asesinato a sangre fría, posiblemente por encargo.

— Álvaro, lo que dices es imposible. - balbuceó el abogado.

— Entonces ¿cómo explicas esto? - preguntó señalando al piano - ¿Te parezco el Álvaro que conociste desde niño?

Julián meneó la cabeza, admitiendo algo que había pensado muchas veces, El cambio de personalidad del joven Del Valle había sido demasiado profundo.

— Si te sirve de consuelo, yo tampoco lo comprendo. Ahora que sabes la verdad, ¿estás dispuesto a seguir trabajando para mí?

— Para ser honesto, el Álvaro de ahora me agrada más que el anterior.

— En ese caso, tengo un nuevo encargo para ti.

Efraín se preguntó quién sería su visita. Desde que fue enviado a aquella

prisión infernal todo habían sido malas noticias. Los únicos amigos que consiguió tener allí, Eladio y Samuel habían muerto con pocos meses de diferencia. Desde entonces se mantenía alejado del resto de los presos. Tanto el Víbora como sus secuaces habían sido trasladados a otra prisión después del asesinato de Samuel. Supo que les habían agregado otros veinte años a sus condenas, lo que en realidad no cambiaba nada porque aquellos tipos nunca saldrían a la calle, pero al menos ya no los tendrían por allí, atemorizando a todo el que respirara. Los carceleros que hacían guardia aquel fatídico día fueron despedidos. Se suponía que así hacían justicia, pero nada le devolvería la vida a Samuel, y Efraín lo echaba de menos.

Cuando entró en la sala de visitas allí había un hombre bien trajeado, que se levantó de la silla al verlo.

— ¿El señor Efraín Sánchez? - preguntó, mientras extendía la mano.

— Soy el que dice, pero nunca me habían llamado señor.

— Soy el licenciado Carlos Díaz, abogado, del despacho Díaz y Ferrer. Estoy aquí para hacerme cargo de su caso.

— ¿De mi caso?

— He estado revisando su expediente y he encontrado algunos hechos irregulares.

— ¿A qué se refiere?

— Usted no debería estar en esta prisión.

— Por fin alguien que piensa igual que yo, pero ¿por qué le interesa a usted?

— He sido contratado para revisar su caso, apelar si es posible y sacarlo de aquí.

Efraín se quedó de piedra. ¿De dónde salía ese sujeto?

— ¿Por qué haría usted eso? ¿Sabe que no puedo pagarle, verdad?

— Descuide, mis honorarios ya están cubiertos.

— ¿Por quién?

— Mi cliente prefiere permanecer en el anonimato de momento, pero es alguien que lo aprecia.

— Pues en este momento no se me ocurre nadie que se ajuste a esa descripción.

— No debe preocuparse, señor Sánchez - dijo el abogado, sonriendo - Tenemos buenas posibilidades de conseguir su libertad. La pena de seis años que le aplicaron, fue excesiva. La condena para el delito que usted cometió no debió ser mayor de treinta y seis meses en una prisión de mínima seguridad, lo cual significa que ya habría cumplido su deuda con la sociedad. Solo debemos dejarlo claro.

— ¿Y qué me pedirá a cambio?

— Yo, nada. Mis honorarios ya han sido cubiertos.

— ¿Y qué hay de su jefe, el que le pagó, qué espera a cambio?

— Me pidió que le dijera que no espera nada a cambio, que no debe sentirse usted obligado. Lo hace por amistad.

Efraín lo miró con desconfianza. Nadie lo había ayudado nunca por simple amistad. Con excepción de Samuel, recordó. Ese sí había sido un verdadero amigo. Tal vez todavía quedarán personas decentes en el mundo, que ayudaran a corregir una injusticia sin esperar nada a cambio. Extendió la mano a través de la mesa y estrechó la que le ofrecía el abogado aceptando su ayuda.

Madrid 1984 - Amistades.

El juicio de Efraín fue llevado a la corte de apelaciones y el licenciado Díaz logró demostrar su punto. Sánchez ya había cumplido con creces la condena que correspondía a su delito, así que el juez libró la boleta de excarcelación.

Cuando Efraín salió de la cárcel lo esperaba el licenciado Díaz en un lujoso coche.

— Felicidades, señor Sánchez - le dijo, mientras le abría la puerta del acompañante. - Me preguntaba si desea usted conocer a su benefactor.

— Ya me parecía a mí que nadie me ayudaría sin esperar algo a cambio. - respondió Efraín con desconfianza - Supongo que ahora es cuando me lleva con su jefe, y éste me dice lo que quiere de mí.

— No tiene nada que temer, señor Sánchez. Tiene la libertad de negarse y seguir su camino, pero dígame ¿no siente curiosidad por saber de quién se trata?

— Bastante, pero no sé si sería lo más prudente. ¿Qué pasará si decido marcharme sin conocer al "señor generosidad"?

— Nada, supongo que mi cliente se sentirá decepcionado, pero nada más. Su principal interés era lograr su libertad, y eso ya lo ha conseguido.

— Muy bien, entonces vamos a conocerlo - aceptó el muchacho subiendo al coche.

Díaz lo llevó a un elegante chalet en Hoyo de Manzanares. Una bonita criada les abrió la puerta.

— Buenos días, Karen - le dijo el abogado - ¿El señor está en casa?

— Sí, desde luego, se encuentra en el estudio.

— En ese caso, lo dejo en buenas manos, señor Sánchez. ¿Puede anunciar al señor Del Valle que su amigo Efraín Sánchez está aquí?

— Por supuesto.

— ¿No me acompaña usted? -preguntó Efraín, sintiéndose abandonado.

— No, creo que será mejor que me marche. En el reencuentro de dos amigos saldría sobrando.

— ¿Qué amigos? - preguntó Efraín, mosqueado - Yo no conozco a ningún señor Del Valle.

El abogado se limitó a encogerse de hombros, dar la media vuelta y marcharse. Karen esperaba pacientemente, así que Efraín hizo de tripas corazón siguiéndola al interior de la casa. Era un lugar amplio y luminoso, o era la sensación que tenía después de haber permanecido tanto tiempo en una pequeña celda. La chica lo condujo hasta una puerta que golpeó con suavidad.

— ¡Adelante! - dijo una voz potente que Efraín no reconoció.

Karen abrió la puerta para dejar pasar al invitado, después la cerró sin entrar. Efraín se encontró solo en un amplio estudio, donde un hombre alto, apoyado en un bastón le daba la espalda, mientras contemplaba el jardín a través de un ventanal.

— ¿Es usted el señor Del Valle? - preguntó Efraín para llenar el silencio - Gracias por sacarme de la cárcel... pero no comprendo... debe haber un error... yo no lo conozco...

— No hay ningún error, amigo mío - respondió Álvaro girando sobre el bastón para mirar a Efraín de frente - No sabes cuánto deseaba este reencuentro.

Ante la expresión de estupefacción de Efraín, Álvaro sonrió.

— Será mejor que te sientes, Efraín, tengo mucho que explicarte.

Al cabo de varias horas, dos cafés, una copa de brandy y muchas respuestas acerca de hechos que solo Samuel podía conocer, Efraín finalmente aceptó la verdad. El joven sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y se le hacía un nudo en la garganta. Incapaz de hablar, se plantó frente a Álvaro con los brazos abiertos dispuesto a abrazarlo. Su amigo se puso de pie con dificultad y respondió al abrazo, también con lágrimas en los ojos. Se mantuvieron así por un rato, sin poder creer que volvían a encontrarse, y que ahora ambos eran hombres libres.

— ¿Cómo es posible? – preguntó Efraín, aún sin poder creerlo.

— Yo tampoco lo sé. – admitió Álvaro – El último recuerdo que tengo como Samuel Andara fue el dolor de las puñaladas que recibí. Luego desperté en la UCI sin poder recordar nada. Poco a poco fue retornando mi memoria, pero mi rostro y mi cuerpo eran los de otro hombre. Los que me rodeaban eran desconocidos para mí, y me llamaban Álvaro. Luego pude averiguar que ambos, Álvaro y yo nacimos el mismo día, a la misma hora, y que tanto él como yo, fallecimos también al mismo tiempo, solo que Álvaro despertó espontáneamente cuando ya lo daban por muerto, aunque en este caso, el cuerpo era el de Álvaro, pero la conciencia, o tal vez el alma, era la mía.

— Es escalofriante - confesó Efraín – Pero por otro lado, estás vivo, joder, estás vivo – repitió sucumbiendo a un ataque de euforia.

Samuel sonrió, comprendiendo lo difícil que debía ser para Efraín entender su situación. Él mismo no terminaba de encajarlo.

— Me alegra verte de una pieza, Efraín. Temía que hubieras hecho una tontería.

— Hice muchas, – reconoció Efraín, sonriendo – pero no me trincaron.

— Tenemos mucho más de qué hablar, amigo – le dijo Álvaro, poniéndole una mano en el hombro – pero ya habrá tiempo para eso. De

momento, debes recordar que mi nombre es Álvaro, Álvaro Del Valle Vandenberg.

— Por mí ningún problema. Eres el mismo tío legal que conocí en la cárcel. La prueba es que me sacaste de la trena en cuanto pudiste. ¿Qué harás ahora? ¿Irás con tu familia y les explicarás lo que ocurrió? Ellos también te creen muerto.

— No. Nadie debe saber que estoy vivo, amigo. Alguien me tendió una trampa. Debo averiguar quién fue.

— Será como tú digas – aceptó Efraín - ¿Y este lugar? ¿Es tu casa?

— Es la casa de los Del Valle Vandenberg, el hogar de Álvaro así que ahora es el mío. Por eso le pedí al abogado que te trajera aquí. No iba a dejarte sólo, - le dijo Álvaro sonriendo – Eres como mi hermano pequeño, un saco de problemas, y por eso no puedo perderte de vista.

— ¿Piensas seguir protegiéndome? – le preguntó Efraín, sonriendo – Te advierto que puede resultar un trabajo agotador.

— No, - respondió Álvaro – serás tú el que me protejas – Efraín lo miró intrigado – Te estoy ofreciendo trabajo - aclaró Álvaro - Necesito un jefe de seguridad, y no se me ocurre nadie mejor.

— ¿Jefe de seguridad?

— Ya te lo iré explicando, - dijo Álvaro, mientras alguien tocaba la puerta – ¡Ah! Ya está aquí el doctor. ¡Adelante!

Un hombre de avanzada edad entró con un maletín en la mano. Álvaro dio instrucciones para que condujeran a Efraín a la habitación de huéspedes, donde el médico podría reconocer al joven. Él aguardó en el estudio, mientras el doctor llevaba a cabo su labor. Al terminar, Efraín encontró ropa de su talla en el armario y se vistió. Se miró al espejo, casi no se reconocía de lo delgado y demacrado que estaba, pero el traje que se había puesto le sentaba bien. Era la primera vez que se ponía un atuendo tan pijo. Sonrió, la vida le parecía de repente llena de oportunidades. Cuando se sintió preparado salió a la sala para encontrarse con Álvaro y el médico.

— Muy bien, señor Sánchez – le dijo el galeno a Efraín – no tiene ningún problema de salud. Sólo necesita descanso, y una buena alimentación. Le recetaré unas vitaminas y en pocas semanas estará como nuevo.

— Gracias doctor, – intervino Álvaro – seguiremos sus instrucciones.

— Bien, - respondió el médico, estrechando la mano de ambos para despedirse.

— Un momento, doctor, por favor – lo llamó Álvaro antes que alcanzara la puerta. El médico se detuvo,- ¿Efraín?

— Lo siento – murmuró el muchacho, sacándose del bolsillo el reloj

del médico, mientras Álvaro lo reprendía con la mirada – Creo que se me enredó en la mano.

El doctor cogió su reloj, más sorprendido que enfadado, se lo puso en la muñeca, suspiró y salió de allí. Efraín miró a Álvaro.

— Lo siento, Sam... Álvaro, yo... no pude evitarlo.

— Lo sé – reconoció Álvaro, suavizando la expresión – Eso es precisamente lo que te hace tan especial, amigo.

Efraín agachó la cabeza, avergonzado, Álvaro recordó lo que decía Eladio acerca de la astucia de Efraín, alegrándose de haberlo llevado a su lado para que lo ayudara cumplir sus objetivos.

Madrid 1985 - Fantasmas del pasado.

María terminó de dar de comer a Daniel, lo alzó en brazos para después dejarlo en el corral, lavó los platos de la cena, se secó las manos, y volvió a sentarse en la mesa a pensar. Mientras miraba al niño jugar, sollozó en silencio. Él la miró y sonrió, ella se secó las lágrimas para devolverle la sonrisa. El pequeño volvió a sus juguetes, y ella a sus funestos pensamientos. María sólo tenía dieciocho años, pero ya era la cabeza de familia desde que nació Daniel, dos años atrás. Trabajaba tiempo completo en un bar, atendiendo a los clientes, pero lo que ganaba apenas le alcanzaba para pagar el alquiler del piso y la canguro que cuidaba de Daniel. Cada mes era más difícil de superar que el anterior, por lo que muchas veces se veía en dificultades para alimentar a su hijo.

Pero de una u otra manera, había logrado superar esos años desde que quedó embarazada y su padre la echó de casa. Ahora surgía una nueva dificultad: su casero tenía una mejor oferta por el piso, y el contrato terminaba en una semana. Si no le pagaba el aumento que le pedía se vería en la calle con su hijo, lo que podía significar que los Servicios Sociales le quitaran al niño, que era lo que más la aterraba. María pidió un aumento en su trabajo, pero se lo habían negado. Hacía más de tres meses que el casero había hablado con ella, y todo ese tiempo estuvo buscando otro piso que pudiera pagar, pero no había conseguido nada. Estaba desesperada, sin saber qué podía hacer. María miró hacia el corral donde estaba Daniel y lo vio jugando en medio de su mundo de fantasía. Sonrió, el pequeño era lo más importante en su vida, a pesar de la forma en que llegó al mundo.

María no pudo evitar estremecerse al recordar el fatídico día, cuando ella aún tenía quince años, en el que aquél hombre, aprovechando su inocencia, la llevó a un sitio apartado para violarla. Él era influyente y le advirtió que si decía algo, ella y su familia lo pagarían. María guardó silencio, sólo era una niña asustada, pero a las pocas semanas comenzó a sentir cambios en su cuerpo, su madre la llevó al médico, por lo que supo que estaba embarazada. Solo entonces habló, pero sus padres no le creyeron, mucho menos cuando dijo el nombre del violador. Su padre la echó de la casa y desde entonces no supo más de su familia. Tuvo que salir adelante sola con Daniel, que era su único consuelo. El niño era inocente, no tenía la culpa de haber nacido en esas circunstancias.

Llamaron a la puerta. Ella sintió que el corazón le latía más rápido. Se preguntó quién sería, y temió que se tratara de su casero, apremiándola a mudarse. Estaba tentada de no abrir, pero volvieron a llamar, por lo que comprendió que ignorar los problemas no la ayudaría. Si se trataba del casero

haría valer su derecho a quedarse en el piso una semana más. Se levantó y caminó hacia la puerta, temerosa, abrió, y vio a un hombre desconocido. Era joven, alto, de rostro anguloso, vestido con un buen traje y se apoyaba en un elegante bastón con puño de plata labrada. María sospechó que se había equivocado de piso, o de barrio.

— ¿Puedo ayudarle? – preguntó ella, terminando de secarse las lágrimas.

— ¿Eres María? – preguntó el hombre con amabilidad- ¿María Santacruz?

Ella asintió con miedo, no podía imaginar qué podía querer ese hombre de ella, pero estaba segura de que no sería nada bueno. La idea del Servicio Social pasó por su mente y casi le cierra la puerta en las narices. Él debió intuir algo porque enseguida le habló.

— Mi nombre es Álvaro Del Valle, y hay un importante asunto que debo tratar contigo, María – le dijo, con voz suave - ¿Puedo pasar?

María lo pensó por un momento, no lo conocía, pero por alguna razón que no acertaba a comprender, le inspiró confianza. Ella asintió haciéndose a un lado, mientras abría más la puerta para que él pudiera entrar. Luego le señaló el mejor sillón de la sala, el único que no tenía muelles rotos. Él cruzó la habitación cojeando visiblemente de la pierna derecha mientras se apoyaba en el bastón, hasta el lugar que ella le señaló. Cuando se sentó, miró a Daniel que jugaba en su corral, el niño levantó la vista y le sonrió.

— ¿Es tu hijo? – preguntó, y se quedó mirando fijamente al niño por un momento, como si quisiera descifrar algo en sus rasgos. A María le asustó esa excesiva atención sobre Daniel.

— Sí – dijo ella con reticencia - ¿Qué desea?

— Ayudarte, María – le dijo – He venido a ofrecerte trabajo, y un hogar para ti y para tu hijo.

— ¿De qué habla? – preguntó ella asustada – Yo no lo conozco, no sé quién es, ni usted me conoce a mí. ¿Por qué iba a querer ayudarme?

— Te equivocas, María. Sí te conozco, sé todo acerca de ti, y de tu hijo.

— ¿Qué es lo que sabe?

— Sé lo que te pasó con el padre del niño, y también de quién se trata.

— ¿Viene de parte de él? Si es así puede decirle que no tiene por qué preocuparse. Aunque quisiera acusarlo, nadie me creería. Además, nunca permitiré que se acerque a Daniel. Es mejor que se olvide de nosotros.

— No vengo de parte de nadie, María – aclaró Álvaro.- Como te dije, sólo he venido a ofrecerte trabajo.

— ¿Quién es usted? ¿Por qué querría ofrecerme trabajo a mí? No sé

hacer nada especial. Sólo soy una campesina ignorante que trabaja como camarera en un bar.

— No deberías menospreciarte así. – argumentó Álvaro – Pero no voy a engañarte. Mi interés por ti nace de lo que te pasó aquella noche, y tu relación con el padre de Daniel.

María se levantó, desconfiada y asustada, señalándole la puerta.

— Salga de mi casa, no sé qué quiere usted de mí, pero no quiero tener nada que ver con cualquiera que tenga relación con ese cabrón, aunque sea el padre de mi hijo.

— Calma María – dijo él levantándose - No quiero haceros daño, al contrario, mi intención es ayudarlos.

— ¿Por qué?

— Para reparar una injusticia, y porque el hombre que arruinó tu vida, también lo hizo con la de mi mejor amigo. Ya lo ves, - dijo él, sonriendo con tristeza – no nos conocemos, pero tenemos un enemigo en común.

Ella sintió curiosidad, pidiéndole que se explicara, él se sentó de nuevo y ella lo imitó. Fue cuando le contó la historia de Samuel, de cómo había sido acusado de un crimen del que era inocente para luego ser asesinado en la cárcel. Le dijo que Samuel era un amigo muy cercano, casi hermano. Ella aún no lo conocía lo suficiente, y si le contaba la verdad lo echaría de su casa por insania mental. Ya habría tiempo de explicarle los detalles que él mismo no tenía claros.

Cuando la joven comprendió por qué estaba él allí, sintió que sus ruegos habían sido escuchados. Lloró de alivio al saber que ni ella, ni su hijo, quedarían en la calle.

Madrid 1985 - Planes.

Álvaro, sentado en el salón de su chalet, terminó de leer los informes acerca de los hombres que le habían destruido la vida, y comprendió que aún no era lo suficientemente fuerte para enfrentarlos. Efraín, ocupando el asiento frente a él, esperaba instrucciones, pero Álvaro aún no las tenía, necesitaba pensar. Su vida se había arruinado cuando era solo un chico porque no había sido cuidadoso, y él aprendió bien la lección. Aún era joven, tenía solo veintitrés años, pero después de su paso por la cárcel había vivido más que muchos ancianos. Aprendió a sobrevivir siendo prudente, especialmente cuando se trataba de ese tipo de hijos de puta.

— Son unos cabrones, – intervino Efraín sin poder contenerse – los tres se beneficiaron de tu desgracia. ¿Qué hacemos?

— Nada.

— ¿Nada? – preguntó Efraín sorprendido – ¿Vas a dejarlo así?. Álvaro, acabo de demostrarte que ellos confabularon en tu contra, conspiraron para hundirte. Te jodieron la vida. ¿Y tú no piensas hacer nada?

— No dije que no pienso hacer nada, – aclaró Álvaro - sólo que ahora no es el momento. Llama a Julián, dile que lo prepare todo, nos mudamos.

— ¿Nos mudamos? ¿A dónde?

— A Viena. Nos iremos a vivir allí, creo que al chico le hará bien crecer allí.

— ¿Al chico? ¿Lo haces por el chico? Te recuerdo que no es tu hijo.

— Lo hago por el chico, por María, por ti y por mí – respondió Álvaro – Pienso que un tiempo lejos de España nos beneficiará a todos.

— ¿Y qué haremos en ese tiempo?

— También crecer – respondió Álvaro - Y prepararnos para nuestro momento.

Efraín salió del salón un poco decepcionado. Algunas veces le parecía que Álvaro era demasiado prudente, él no veía la necesidad de esperar. Al quedarse sólo, Álvaro se levantó para asomarse a la ventana, pensativo. Sabía que Efraín quería actuar, pero los tres hombres sobre los que debían hacerlo disponían de riquezas y poder, con eso sellaron su desgracia la primera vez, y si intentaba acusarlos ahora, podían librarse de su castigo fácilmente, y además los pondría sobre aviso. Álvaro sabía que debía prepararse mejor, fortalecerse, informarse, y esperar el momento en que sus enemigos estuvieran confiados.

El informe de Efraín lo impactó, ahora comprendía por qué Nadal había

declarado en su contra, así como la razón de que Flores estuviera parcializado. Habían recibido sobornos de los Valladares para que él fuera declarado culpable. Había sido el chivo expiatorio. No le sorprendió, pero sí aumentó el resentimiento contra ellos y contra su propio padre, que no fue capaz de darse cuenta. La razón estaba clara, Raúl lo había creído culpable desde el principio, nunca le dio una oportunidad.

Comprendió muchas cosas que habían ocurrido y que yacían en el fondo de sus recuerdos. Miguel Valladares, él apenas lo había conocido de vista. Habían estudiado en el mismo instituto, pero vivían en mundos diferentes. Miguel era un niño pijo que consideraba que el mundo había sido creado para su diversión, y el resto de las personas para su servicio. Samuel tenía otro tipo de amigos. Sin embargo, recordó que Ana había pasado un tiempo saliendo con Valladares, justo antes de iniciar la relación con él. Entonces todo encajó en su sitio. Miguel era el padre del niño que Ana esperaba. También había sido su asesino. Álvaro cerró los ojos, las circunstancias lo habían convertido en el chivo expiatorio perfecto, y el dinero de los Valladares remató la faena. Él terminó en la cárcel por un crimen que no había cometido, mientras Miguel Valladares siguió adelante con su vida, como si nada hubiera pasado. Pero eso no era lo peor.

De lo que leyó en el informe, lo que más le dolió fue saber que Irma, su propia hermana, se había casado con Miguel el año anterior y estaba embarazada. Pensar en su hermana como la esposa de ese asesino sin escrúpulos, le puso la piel de gallina. Pero sobre eso no podía hacer nada.

Álvaro subió a su habitación para recostarse, le dolía la pierna, siempre le dolía, especialmente en los días fríos y cuando pasaba mucho tiempo sin descansar. No le importaba, estaba vivo, y el dolor era un recordatorio constante de la deuda que la justicia tenía con él. Acostado, cerró los ojos, recordó los interminables días en la cárcel, la lucha constante por la supervivencia, los matones de la banda del Víbora acercándose a él en el patio, las puñaladas, el dolor, la oscuridad. Nunca hubiera creído que podría sobrevivir a eso. En realidad, no lo había hecho. Samuel Andara estaba muerto yaciendo en una oscura y fría tumba. Él ocupaba otro cuerpo, uno que no le pertenecía. De algún modo había usurpado la vida de otro hombre, y no sabía cómo sentirse acerca de su situación. Cuando pensaba en ello sentía escalofríos. ¿Quién era él en realidad? ¿Samuel Andara o Álvaro Del Valle? Responder esa pregunta implicaría definir qué determinaba la identidad de un hombre, ¿su físico, sus genes, sus huellas digitales o su personalidad, sus recuerdos, su conciencia? Para la ley él era Álvaro Del Valle, para su yo interior, era Samuel Andara ocupando el cuerpo de un hombre al que la muerte alcanzó temprano.

Necesitaba tiempo para hacerse a la idea, reconocer el cuerpo de Álvaro Del Valle como propio, aceptar su situación. También sabía que debía incrementar su capital, su poder, y disponer de una red de información, porque se enfrentaba a tres hombres poderosos sin escrúpulos. Tenía algunas ideas acerca de cómo lograrlo, pero necesitaba tiempo. Además, estaba seguro que la distancia le permitiría una mejor perspectiva. Estaba decidido. Se marcharían a Viena. El primer paso de su plan era modelar al nuevo Álvaro Del Valle Vandenberg.

Aunque Efraín aún no lo comprendía, Álvaro tenía un plan. Su amigo se había convertido en un valioso aliado, ahora era su jefe de seguridad, y a su vez contrató a dos de sus antiguos colegas como chofer y ayudante de Álvaro, Pablo y Juan, respectivamente. Ambos eran hombres duros, pero Efraín sabía que serían leales a su jefe. Fue Efraín quien echando mano de sus contactos en las calles encontró a María, otra víctima de uno de esos cabrones. Álvaro comprendió que debía ayudar a la joven, darle la oportunidad de que ella y su hijo recibieran la justicia que también les había sido negada. Por eso asumió la responsabilidad de protegerlos. María se sentía feliz, porque él le permitiría terminar sus estudios y prepararse, para convertirse en su secretaria. También le garantizó que Daniel recibiría la mejor educación posible. Ese pequeño grupo conformaba su gente de confianza, su familia, y eran los únicos que sabían su verdadero nombre y conocían su historia.

El patrimonio que le dejó Fernando era caudaloso, pero si quería enfrentarse a aquellos tres individuos en su propio terreno debía aumentarlo, convertirlo en un emporio que despertara su avaricia y los hiciera cometer errores. Ya había hablado sobre eso con Julián, estaban en trámites para la compra de una empresa de desarrollo tecnológico en Alemania, de la que sería el mayor accionista en pocos días. Ahora se veía en la necesidad de convertirse en un hombre de negocios, pero en el fondo seguía siendo un músico, un artista. Por eso escogió Viena para fijar su residencia, y el lugar donde crecería Daniel, a quien comenzaba a querer como a un hijo.

Viena 2005 - Veinte años después

Álvaro le dio la mano a María cuando bajó las escaleras. Ella estaba preciosa, nadie que la hubiera visto en ese momento hubiera adivinado que había nacido en un humilde caserío, ni que su padre era labrador. La felicidad que la embargaba hacía que se viera aún más hermosa. Efraín la miró sintiendo que no tenía oportunidad, él seguía siendo un truhan. Ahora vestía un traje muy caro, y ostentaba el poder de manejar un pequeño ejército que se ocupaba de la seguridad del imperio económico que Álvaro había creado, pero seguía siendo un truhan. María, en cambio, esa jovencita que apenas sabía escribir cuando Álvaro la rescató de la miseria, veinte años atrás, era ahora una dama de exquisitos gustos y modales. Era demasiado para él, aunque siempre lo trataba con afecto y consideración. Probablemente ella se sentiría más atraída hacia Álvaro, que era un hombre culto.

En una ocasión, Efraín se atrevió a preguntarle a su amigo si sentía algo por María. Álvaro le respondió que la quería mucho, pero la veía como a una hermana pequeña, y para él Daniel era como su sobrino. Efraín se sintió aliviado, su mejor amigo no era un rival, pero aun así se cohibía cuando se acercaba a ella. María había sufrido mucho por culpa del tío que la forzó, el padre de Daniel, por lo que no confiaba en ningún hombre, con excepción de Álvaro, a quien veía como su salvador. Daniel, de pie junto a Efraín, miró a su madre, y sonrió. Ella se le acercó para arreglarle la corbata.

— Será mejor que os vayáis – le dijo Álvaro a Efraín y Daniel – No es de buen gusto que el concertista llegue tarde.

— Claro – respondió el joven.

María lo abrazó deseándole suerte, Daniel estaba muy nervioso, era su primer concierto como solista, y a pesar de los ejercicios de relajación que le había enseñado Álvaro, no podía evitar la sensación de tener mariposas en el estómago. Álvaro lo miró comprensivo, le recordó a sí mismo en esa situación, y le sonrió.

— Tranquilo, estás bien preparado, lo harás bien.

— Vamos, Mozart – le dijo Efraín, burlón.

Álvaro los vio salir, pensando en lo irónica que resultaba la vida. Cuando decidió establecer su residencia principal en Viena, Julián encontró una casa ideal para sus necesidades. Era espaciosa, y permitía que María y Daniel pudieran mantener su intimidad. Efraín vivía en un anexo con entrada independiente, lo que le permitía mayor privacidad. Álvaro, por supuesto, disponía de todas las comodidades, y lo primero que ordenó fue que le llevaran

un piano. Al principio sentía los dedos torpes, poco entrenados, pero aun así la música surgió con todos los sentimientos que atesoraba. Sus amigos, como siempre, se maravillaron con su ejecución cuando lo escucharon, pero la reacción más sorprendente fue la de Daniel, que parecía hipnotizado.

Desde que tenía tres años, Daniel comenzó a manifestar interés por la música. Álvaro lo sentó frente al piano para enseñarle alguna melodía sencilla. Se dio cuenta que el chiquillo poseía el talento del que carecía su padre. Álvaro habló con María, y después de tener su permiso, contrató al mejor maestro de piano de la ciudad, luego él mismo completaba las lecciones ayudando al chico. El resultado no se hizo esperar, Daniel tocaba como los ángeles, y ese día, a sus veintidós años, daría su primer concierto como solista. María miró agradecida a Álvaro cuando vio salir a su hijo acompañado de Efraín. Sabía que su vida y la de Daniel hubieran sido muy difíciles sin la ayuda del hombre que se presentaba como su jefe, pero era para ella más que un amigo, un hermano, un ángel guardián.

— Vamos – dijo Álvaro sonriendo – Nosotros tampoco debemos llegar tarde.

Llegaron a la sala de conciertos en la limosina, María se apoyó en el brazo de Álvaro. Ella muchas veces era su acompañante en recepciones y fiestas. Álvaro era un hombre muy prudente en sus relaciones, la experiencia con Ana lo había marcado, por lo que le resultaba muy difícil confiar en las mujeres. Era consciente que la mayoría de las que se le acercaban lo hacían atraídas por su dinero y no por él, lo que lo hacía aún más prudente. Durante esos años, sólo había mantenido una relación con una chica austriaca, Martha, pero él pasaba demasiado tiempo viajando, ocupándose de los negocios, y ella no soportó ese estilo de vida. Tampoco le gustaba la familiaridad que había entre él, y sus empleados más cercanos, quería que los alejara, que los tratara como extraños. No comprendió que para él, esa era su familia. La relación soportó dos años, luego decidieron separarse, aunque lo hicieron en buenos términos, pero después de esa experiencia, él se hizo aún más cauto. Además, debía concentrarse en su objetivo, el cual nunca había perdido de vista.

Tanto Efraín, como Julián, lo mantenían informado de las novedades y actividades en torno a sus tres enemigos. Le presentaban sistemáticamente un informe cada tres meses. Julián lo ponía al día acerca de los negocios, e información de dominio público. Efraín le daba otro tipo de noticias, probablemente más útil, acerca de sus vidas privadas y manejos poco claros. Álvaro sabía cuándo le daba gripe a cada uno de ellos. De ese modo se enteró que Miguel era infiel, que mantenía relaciones con cualquier mujer que le diera oportunidad, y también supo que su hermana había tenido otros dos hijos

con él, Erika, que ahora tenía seis años, y Samuel, que tenía dos. El nombre de su pequeño sobrino le ocasionó una tormenta de emociones, que a duras penas había logrado mantener reprimidas. Era obvio que su hermana había querido hacerle un homenaje, dándole su nombre a su hijo. Eso lo conmovió, él no le guardaba rencor a Irma, pues ella solo era una niña cuando todo pasó, pero no podía olvidar que era la esposa de su peor enemigo, del hombre que había movido los hilos para destruirlo, del asesino de Ana, el responsable de que él viviera en el cuerpo de otro hombre, que estuviera lisiado de por vida, que el dolor lo acompañara cada minuto de su existencia.

Álvaro y María ocuparon el palco que él tenía reservado. Ese era probablemente, el momento más feliz de la vida de María, que no pudo evitar que una lágrima se asomara a sus ojos. Álvaro la miró y le sonrió, comprendiendo lo que sentía. Él también estaba orgulloso del chico, aunque no fuera su hijo, aunque lo fuera del cabrón de Nadal, pero también era el hijo de María, y una víctima de su propio padre, como él mismo. Álvaro había hecho del futuro de Daniel su apuesta personal, como una reivindicación de la crueldad de Nadal y la soberbia de su propio padre. Daniel saludó al público, como veinticinco años atrás lo hiciera Samuel, se sentó frente al piano y comenzó su concierto. Tal vez le faltaba un poco de la entrega que su mentor ponía en la interpretación, pero la ejecución era técnicamente perfecta, y sabía transmitir lo que sentía. Mientras duró el concierto, María tuvo que enjugarse las lágrimas en más de una oportunidad. Cuando terminó, el público lo aplaudió entusiasmado. Álvaro se sintió orgulloso, y no pudo evitar recordar aquel chico que había sido él mismo, y que murió al ser apuñalado por un grupo de matones.

Después del concierto, Álvaro llevó a Daniel, a María y a Efraín, a celebrar en un restaurante. Al terminar la cena, les comunicó algo que ninguno esperaba.

— Quiero decir, que ha llegado el momento de regresar a España – anunció.

— ¿Quieres decir...? – preguntó Efraín sorprendido – Creí que ya lo habías olvidado. Que para ti era suficiente con los informes.

— No, Efraín, solo esperaba que llegara el momento apropiado – volteó hacia María – María, Daniel y tú tenéis derecho a decidir qué queréis hacer. Si preferís quedaros aquí y continuar con vuestras vidas, mantendré abierta la casa, y os proporcionaré los medios para que no haya cambios en vuestro estilo de vida.

— No, Álvaro – le dijo mirando a Daniel que asintió, ya había hablado de eso con su madre – Iremos donde tú vayas, y te apoyaremos en lo que lleves a cabo.

— Puede ser difícil para vosotros – le advirtió Álvaro – Si venís, tendréis que ver a Nadal.

— Creo que también nosotros necesitamos enfrentar nuestro pasado – le dijo María con valor, Daniel volvió a asentir, nunca le habían mentido acerca de su origen, lo que hacía que sintiera más respeto y cariño por Álvaro.

— ¿Estás de acuerdo Daniel?

— Ese cabrón también tiene una deuda con nosotros, Álvaro, yo también quiero tener la oportunidad de verlo a la cara, y que él me vea a mí.

— ¿Y tú Efraín? – le preguntó Álvaro – Tampoco estás obligado a venir.

— ¿Estás de coña? – preguntó su amigo - Llevo esperando este momento desde hace veinte años. No me lo perdería por nada.

— Muy bien, entonces comenzaremos los preparativos. Ya Julián ubicó una casa apropiada, en menos de tres meses, estaremos viviendo en Madrid.

Madrid 2005 - Presentaciones.

Miguel estaba sentado en su despacho en el banco, cuando su secretaria le anunció que había un caballero que deseaba hablar con él. Se sorprendió, sabía que no tenía ninguna cita esa mañana, porque estaría ocupado revisando los balances y su secretaria tenía claro que él no recibía a nadie sin cita. Se enfureció. Aunque había aprendido a disimular su mal carácter cuando le convenía, eso no incluía a los que estaban por debajo de él en jerarquía. Reservaba su hipocresía para los clientes importantes, hombres con los que esperara llevar a cabo negocios lucrativos, también para las mujeres a las que quería llevar a la cama, excepto a la suya. Irma ya no le importaba, sino para mantener la imagen de hombre de familia.

Sus dos hijos pequeños eran la prueba fehaciente de las únicas relaciones que hubo entre ellos en los últimos seis años. Erika fue un intento de reconciliación por parte de Irma. Samuel, un día que él llegó borracho y la forzó basándose en su derecho como marido. Desde entonces, solo eran pareja de cara a la sociedad, pero en la intimidad se trataban como extraños. Él sabía que Irma hubiera querido dejarlo, pero eso no le convenía a su imagen, todos preferían que su banquero fuera un hombre de hábitos familiares y no un juerguista. Para evitar que su mujer lo abandonara, él la amenazaba con quitarle a sus hijos para enviarlos a algún internado fuera de España, donde no volvería a verlos. Irma sabía que él tenía el poder para hacerlo.

En realidad, Miguel nunca había querido a Irma, ella era la hija de un juez, y él la encontraba simple, inferior a su nivel. Fue su padre el que le aconsejó que debía cortejarla y desposarla. Ella era la hermana de Samuel Andara, el imbécil que sirvió de chivo expiatorio para librarlo del castigo por la muerte de Ana Roldán. Su padre le explicó que siendo juez el padre de Andara, había un riesgo permanente de que se revisara el caso si surgía alguna duda sobre la culpabilidad de Samuel. Estar cerca, siendo el yerno de Raúl, le permitiría tomar previsiones si se reabrían las investigaciones. Miguel siguió el consejo de su padre y ahora se arrepentía. Él y su suegro nunca llegaron a congeniar, pero el viejo se mantuvo al margen de sus vidas, afortunadamente. De la que no se había podido librar era de su maldita suegra, que Irma había metido en su casa. Miguel dejó claro desde el principio que aceptaría a la vieja, pero que no toleraría que interviniera en los asuntos de la familia, y tendría que dormir en un pequeño cuarto adjunto al área de servicio, porque la habitación de huéspedes debía quedar siempre disponible. Irma trató de protestar, en realidad fue la primera discusión que sostuvieron, pero la propia Martina

convenció a Irma que no le importaba, siempre que pudiera mantenerse cerca de ella.

En la medida que pasaron los años y las probabilidades de un resurgimiento del caso fueron más lejanas, especialmente después de la muerte del cretino de Andara, Miguel comenzó a percibir a Irma como un estorbo. No había servido de nada su sacrificio de casarse con una mujer de clase social inferior, que por muy buenos modales que tuviera, no terminaba de encajar en el ambiente en el que él se movía. Eso amenazaba su orgullo, porque imaginaba que era el hazmerreír de su entorno. El ilustre accionista mayor de uno de los bancos más importantes de España, casado con la hija de un funcionario, por más que fuera juez. Descargaba su frustración humillando a Irma en privado cada vez que tenía oportunidad. Sin embargo, frente a sus hijos y al resto del mundo actuaba como un esposo y padre perfecto.

La secretaria entró con cierto temor. Había sufrido el mal carácter de su jefe en más de una oportunidad. Miguel la miró con rabia y resentimiento.

— ¿No le he dicho que cancele todas mis citas de hoy?

— Lo hice Don Miguel – le dijo respetuosa – El señor que desea hablar con usted no tiene cita.

— ¿Y usted no sabe que yo no recibo a nadie sin cita?

— Sí, Don Miguel, pero se trata de Don Julián Ferrer.

— ¿Y quién coño es ese? – preguntó Miguel procaz – No conozco a nadie con ese nombre.

— De eso se trata señor,- respondió la mujer, temerosa de haber tomado una decisión equivocada- es el representante legal de las empresas “Elektronik Technologies”.

— ¿La multinacional alemana?

— Sí señor, y creí que era importante...

— ¿Y qué está esperando, imbécil? – gritó Miguel - ¡Hágalo pasar inmediatamente!

— Sí señor – respondió la confundida mujer.

La secretaria salió, pensando que su jefe podía ser el presidente del banco, pero era un capullo. Hizo pasar al abogado, que esperaba en la antesala. Miguel se levantó de su asiento y se acercó a la puerta extendiendo la mano, mientras exhibía su mejor sonrisa. Julián era un hombre que rondaba los cincuenta y cinco años, de cabello gris, rasgos severos, y porte seguro. A Miguel no se le escapó que el traje que llevaba, era de buen corte, hecho a la medida, y el reloj que lucía en su muñeca era un “Rolex President”. Si este era el representante, cómo sería el principal accionista. Ese era el nivel en el que a él le gustaba relacionarse, la clase de gente con la que se sentía a gusto. Hizo sentar

a su visitante, esforzándose en causar una buena impresión. Tarea imposible, tomando en cuenta que antes de acudir a aquella reunión, ya Julián conocía toda la historia de Miguel, y lo que había hecho en su juventud, sin contar con la información que Efraín le había proporcionado acerca del lado más oscuro del banquero. Julián se sentía asqueado con el hombre que tenía enfrente, pero sabía lo importante que era para los planes de Álvaro que no dejara ver sus verdaderos sentimientos.

— Es un placer tenerlo aquí, señor Ferrer – le dijo adulator - ¿Puedo ofrecerle algo?

— No gracias – respondió Julián – En realidad, no deseo quitarle mucho tiempo, y le agradezco que me haya recibido sin una cita.

— Por favor, usted no necesita una cita ¿Puedo serle útil en algo?

— Creo que sí. Vengo en representación de mi jefe, Don Álvaro Del Valle Vandenberg – dijo Julián, regodeándose en el nombre completo de su representado - Él es el accionista principal de las empresas “Elektronik Technologies”, tal vez las haya oído mencionar.

—Desde luego. Aunque hasta ahora no conocía el nombre de su principal accionista. Y siempre creí...

— ¿Qué era un alemán? – preguntó Julián – Es un error frecuente, dado que la sede principal de la empresa está en Alemania, pero no, Don Álvaro es español, aunque hace muchos años que vive fuera de España.

— Debe ser alguien muy interesante.

— Lo es, – confirmó Julián – pero solo es una forma de hablar cuando se afirma que es el principal accionista de la empresa, tomando en cuenta que posee el ochenta y cinco por ciento de las acciones, - los ojos de Miguel reflejaron interés – el quince por ciento restante lo ha repartido generosamente entre sus empleados más fieles, entre los cuales tengo el honor de incluirme.

— Un hombre muy generoso.

— No lo sabe usted bien – dijo Julián, satisfecho de haber cumplido la misión que Álvaro le había encomendado. Ya la semilla de la avaricia estaba sembrada.

— ¿Y puedo serle útil de alguna forma a usted o a ese gran hombre?

— Espero que sí. Don Álvaro, que había fijado su residencia en Viena los últimos años, ha decidido regresar a sus raíces y mudarse a España, pero eso incluye trasladar una importante parte de sus bienes a este país, además de contar con un banco de confianza que le garantice el manejo de su liquidez al nivel que está acostumbrado.

— Desde luego, estoy seguro que en nuestro banco podremos satisfacer las necesidades del señor Del Valle. Nos sentiríamos honrados de tenerlo como

cliente.

— Me alegra saberlo, porque necesito llevar a cabo una transferencia, al menos para lo más esencial.

— Por supuesto, personalmente llevaré a cabo todos los trámites. ¿De cuánto dinero hablamos? – pregunto Miguel.

— Para empezar, será suficiente con cuarenta millones de euros.

— Miguel tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le cayera el bolígrafo que sostenía en la mano, y disimular la expresión de sorpresa. Julián sonrió para sus adentros, estaba comenzando a disfrutar la parodia.

— ¿Para empezar?

— Sí. –confirmó Julián con sencillez - ¿Está su banco en capacidad de cubrir las necesidades de mi cliente?

— Desde luego – dijo Miguel, que a pesar de haberse considerado siempre un hombre rico, comprendió que el tal Álvaro Del Valle, podía llevarlo a un nivel que no imaginaba poder alcanzar.- Me gustaría mucho conocer al señor Del Valle.

— Seguramente lo conocerá pronto. Actualmente estoy terminando los preparativos para su mudanza, la remodelación de la casa que compró en la Sierra, en las afueras de Madrid, está casi terminada. Probablemente el próximo mes, se establecerá en España.

— ¿Puedo preguntar dónde piensa vivir? – preguntó solícito Miguel – Sólo por si me fuera posible ayudar en algo.

— En Valle del Bosque Negro, la exclusiva urbanización que lindera con el bosque del mismo nombre ¿La conoce?

— Desde luego, yo vivo allí.

— Entonces probablemente serán vecinos. Creo que a don Álvaro le complacerá saber que conocerá a alguien en su nuevo barrio.

— Será un honor presentarlo a nuestro exclusivo círculo de amigos si él lo tiene a bien – se ofreció Miguel, como si lo conociera de toda la vida. Julián sonrió, aquello estaba resultando más fácil de lo que esperaba, estaba claro que Álvaro había estudiado bien la personalidad de su Némesis.

— Se lo comunicaré – dijo Julián complacido.- Seguramente valorará mucho su ayuda.

— ¿Me permite hacerle una pregunta? No he sabido de ninguna casa en venta en la zona. ¿Cuál compró?

— La vieja mansión de los marqueses de Oria, y el bosque circundante.- añadió.

Miguel no pudo evitar la expresión de sorpresa, aquella mansión era casi un palacio, y el bosque que la circundaba tenía más de veinte hectáreas. No

había sabido que estaba en venta, porque llevaba cerrada más de treinta años, pero su precio y los costos de inversión para hacerla habitable, eran tan exorbitantes, que hasta ahora no había tenido comprador. Los habitantes del barrio se habían acostumbrado a visitar el bosque sin restricciones, ahora tenía dueño, uno extremadamente rico, y que si él manejaba bien sus cartas, podía llevarlo a su nivel. Necesitaba cultivar una amistad con ese hombre para hacerse imprescindible en el manejo de sus negocios. Ese era su día de suerte.

Álvaro bajó del lujoso coche, mientras Pablo le abría la puerta, una vez afuera, sostuvo la mano de María para ayudarla a salir, ella le agradeció el gesto y caminó a su lado, mientras subía las escalinatas que daban a la puerta principal. Julián había hecho un buen trabajo supervisando la remodelación de la casa y el arreglo del jardín. El lugar era impresionante. Álvaro sonrió, satisfecho por la eficiencia de su abogado y amigo. Efraín ya había entrado con Juan para revisar el interior de la vivienda. La seguridad de Álvaro era su responsabilidad personal, y la tomaba muy en serio. Venía de salida, cuando se cruzó con su amigo, sonrió, palmeándole con el dorso de la mano en el pecho.

— Si lo que quieres es dejarlos fríos, – dijo Efraín sonriendo – te aseguro que el éxito está garantizado.

— Prudencia, Efraín, las paredes tienen oídos – dijo Álvaro, que no quería que sus intenciones quedaran al descubierto.

Efraín sonrió ante las precauciones de su amigo, luego salió al jardín para organizar la seguridad del perímetro. Ya había un pequeño contingente de hombres esperando instrucciones en la entrada del lugar. Daniel caminaba detrás de Álvaro y su madre, con las manos en los bolsillos. Miró el palacete, y se rio.

— Joder, Álvaro. Y yo que creía que la casa de Viena era lujosa. Esto es la hostia.

— La casa de Viena tenía una función, – le explicó Álvaro sin detenerse – ser cómoda para todos sus habitantes. Esta tiene otro objetivo – afirmó sonriendo.

— Pues estoy de acuerdo con Efraín – dijo Daniel, que conocía bien los planes de Álvaro – El éxito está garantizado.

Entraron, el lugar era amplio y lujoso, decorado con buen gusto. Lo adornaban numerosas obras de arte. Auténticas. Cada cuadro, cada jarrón, valía una pequeña fortuna. Julián había captado bien la idea que él quiso transmitirle. Miguel y sus cómplices debían quedar lo suficientemente impresionados para que su buen juicio resultara aturdido por la avaricia. Álvaro recorrió la casa, y tuvo que confesarse a sí mismo que no le gustaba, al menos no como hogar. La encontró fría y sin alma. Él era un hombre sencillo en sus gustos, pero para alguien como Miguel, esa sería la casa de sus sueños. Álvaro no la veía como un

hogar, sino como el escenario donde se desarrollaría la pequeña obra de teatro que había escrito para él, y sus enemigos.

— Álvaro, es... - trató de definir María – no lo sé... es...

— Excesiva – concluyó Álvaro, María asintió - A mí tampoco me gusta para vivir María - ella sonrió, la comprendía – pero es necesario para el papel que tendremos que desempeñar.- le cogió de la barbilla con dulzura - ¿Estás segura que quieres continuar con esto?. No quiero que te veas forzada a hacer algo que no deseas. Si en cualquier momento decides dejarlo, solo dímelo, y te enviaré con Daniel al lugar que tú quieras.

— Quiero hacer esto, Álvaro – le dijo María con firmeza- quiero hacerlo por ti, pero también por mí y por Daniel.

— De acuerdo.

Un ladrido los interrumpió, ambos sonrieron y Álvaro miró hacia abajo, un hermoso labrador color canela lo miraba moviendo la cola en busca de atención. Álvaro le acarició la cabeza y el cuello, Daniel y María se lo habían regalado un par de años atrás en su cumpleaños, y desde entonces el cachorro se hizo inseparable de su amo. A Álvaro le gustaba su compañía, además de sus amigos más cercanos, era el único al que no le importaba su dinero.

— Parece que te gusta tu nuevo hogar, Zeus – le dijo mientras lo acariciaba.

— Si es por espacio, aquí tiene de sobra – comentó María.

El perro se dio por satisfecho con la caricia y comenzó a explorar su nuevo territorio. Daniel ya había recorrido la casa y regresó a la sala sonriendo.

— ¿Sabéis que hay un salón de música y dos pianos? – le preguntó emocionado.

— Sí, – confirmó Álvaro – como había espacio, hice traer dos pianos, así podremos practicar tocar a cuatro manos.

— Eso no me lo pierdo por nada – dijo María, que se sentía orgullosa de la forma en que tocaba su hijo, pero se emocionaba cada vez que escuchaba a Álvaro.

— Joder, piensas en todo – comentó Daniel - ¿Y qué hay de mis estudios de música?

— Eso quería discutir con vosotros – dijo Álvaro, hizo un pequeño gesto de dolor, la pierna comenzó a molestarle por la falta de descanso – Vamos a sentarnos.

Caminaron hasta la sala y se sentaron en ella. Álvaro ocupó un sillón de respaldo alto, sintiendo alivio.

— Verás, Daniel, - le dijo al chico que protegía y educaba como si fuera su hijo – existen dos posibilidades con respecto a los estudios de música.

— ¿Cuáles son las opciones?- preguntó Daniel.

— Hay dos universidades a las que puedes asistir. La primera es la de mayor prestigio en la carrera musical, y con razón, tiene los mejores maestros. Su decano deja bastante que desear, pero sólo es una figura decorativa, quien lleva el manejo de la escuela en realidad, es el jefe de estudios, Edgardo Fuentes, mi antiguo profesor de piano.

— Se oye bien.

— La segunda Universidad - continuó Álvaro - queda un poco más cerca, y es buena, pero no llega a tener el nivel al que estás acostumbrado, aunque sin duda, allí podrías seguir mejorando tu técnica, con mi ayuda.

— Obviamente la primera es mejor.- se apresuró a decir Daniel.

— Tiene un problema que debes conocer, – advirtió Álvaro.

— ¿Cuál es el problema?- preguntó Daniel curioso.

— El decano de la primera escuela es Francisco Nadal, tu padre.

Daniel se echó hacia atrás en el asiento, se sintió como si le hubieran dado un bofetón. Comprendió entonces el apuro de Álvaro, no quería ponerlo en una situación comprometida, en la que se sintiera incómodo, y agradeció el respeto que le mostraba su padre putativo.

— No tengo que pensarlo, Álvaro - dijo Daniel con determinación - Iré a esa Universidad.

— ¿Estás seguro?

— Muy seguro – confirmó Daniel - Ese impresentable casi arruina la vida de mi madre y la mía. No permitiré que me limite en mi educación, si alguien tiene que dejar esa Universidad, que sea él.

Álvaro sonrió complacido, habían hecho un buen trabajo con el chico, tenía valor para enfrentarse a sus fantasmas. María había escuchado la conversación en silencio.

— ¿Qué opinas tú, María? - preguntó Álvaro.

— Apoyaré y respetaré la decisión de Daniel, pero debo advertirte, hijo, que posiblemente no sea fácil.

— Lo sé- dijo Daniel – pero es lo que debo hacer.

Madrid 2005 - Preparativos.

Irma se peinaba sentada frente al espejo en su habitación, mientras Miguel salía de la ducha y se ponía el pijama. Hacía mucho tiempo que eran matrimonio sólo en apariencia. En la intimidad, aunque dormían juntos, ni siquiera se dirigían la palabra, a menos que no tuvieran alternativa. Irma sabía que él llevaba a su cama a cuanta mujer que le gustaba se lo permitía, y no disimulaba el desprecio que sentía hacia ella por no pertenecer a la misma clase social. Ella soportaba la situación por sus hijos, para no perder a los pequeños, y porque Carlos adoraba a su padre, lo creía perfecto, por lo que no imaginaba todo lo que su madre tenía que pasar. Sólo Martina estaba enterada. Irma se confesaba con ella cuando llevaban a los pequeños a pasear al bosque. Algunas veces lloraba en el hombro de su madre, que trataba de consolarla.

— Debemos organizar una cena para el viernes, – dijo Miguel – es algo muy especial, así que trata de hacer las cosas bien por una vez.

— El viernes es el cumpleaños de mi padre. – protestó Irma – Había pensado visitarlo con los chicos.

— Pues lo visitas el sábado. No voy a permitir que arruines lo que puede ser la oportunidad de mi vida.

— ¿Para quién es la cena? – preguntó Irma, intrigada por la vehemencia de Miguel.

— Para un hombre muy importante, don Álvaro Del Valle Vandenberg. Un hombre verdaderamente rico, al que me conviene tener como cliente y amigo. Es además nuestro nuevo vecino y no voy a perder esa oportunidad. ¿Lo entiendes?

— Siempre tan humano, – ironizó ella – seguro que él no sospecha que lo invitas por interés.

Él se le acercó y la obligó a levantarse cogiéndola por los hombros. Nunca la había golpeado, eso dejaba huellas, pero su trato hacia ella cuando se encontraban solos solía ser brusco.

— Ahora escúchame bien, pequeña necia – murmuró entre dientes con el rostro desfigurado por la rabia – Vas a organizar esa cena, y vas a comportarte como la anfitriona ideal. Será mejor que cuides que todo salga perfecto, y asegúrate que la vieja controle a los críos para que no molesten. Si pierdo la ocasión de causar una buena impresión a Del Valle, lo pagarás caro.

— ¿Qué harás? – preguntó Irma desafiante - ¿Me golpearás?

— Echaré a la vieja. – dijo él – Si lo echas a perder, tu madre se va.

— No serás capaz – dijo ella con temor, Martina era su único apoyo en

aquella casa.

— Te lo juro. Ahora escucha, ya elaboré las invitaciones para él y su acompañante...

— ¿Acompañante? – preguntó ella - ¿No tiene esposa?

— Es soltero, – dijo Miguel – aunque acoge en su casa a su secretaria, y el hijo adolescente de ella.

— Su amante... – concluyó Irma.

— Da igual. Ese tío tiene tanto dinero, que a nadie le importa si su secretaria es su amante. Quien lo acompañe, la trataremos como si fuera una reina.

— No tengo problema con eso – dijo Irma – No soy yo la de los prejuicios en esta casa. Aunque por lo visto esos prejuicios dependen del tamaño de la cuenta bancaria. ¿Son los únicos invitados?

— Claro que no, imbécil. Se supone que la cena es para introducirlo a nuestro selecto grupo de amigos. Para presentarle a personas de alto nivel.

— ¿Conoces gente así? – preguntó ella, sarcástica.

— No te pases de lista conmigo, – le advirtió Miguel amenazante – vendrán también Nadal con su esposa, Ángela. Y Emilio, que se hará acompañar por Lucía.

— ¿Carlos acudirá también a la cena? – preguntó Irma al ver que una adolescente era incluida.

— No, es una cena sólo para adultos, pero Emilio ha decidido hacerse acompañar de su nieta, porque eso le dará mejor imagen.

— Claro, – dijo Irma, comprendiendo – siempre es mejor que lo vean como un hombre de familia. Las mujeres que frecuenta no serían bien recibidas por un hombre tan ilustre como el tal Del Valle. Aunque tomando en cuenta que él vendrá con su secretaria, tal vez no le importe tanto.

— Es suficiente, Irma – le advirtió Miguel – Te estás pasando.

— ¿Y qué hago con mis hijos? – preguntó ella - ¿Los escondo en el sótano?

— Claro que no. – respondió él con rabia – Carlos saludará y se excusará, luego se marcha como el adolescente que es. Los pequeños serán traídos por su abuela para ser presentados, luego los lleva a dormir, cuidando que no molesten más.

— Ya veo que lo tienes todo pensado. Un teatro muy bien montado de una familia feliz.

— Irma, espero que cuando Del Valle salga de aquí, esté convencido que soy el mejor hombre para manejar su dinero. Será mejor que te comportes como una esposa feliz, y una anfitriona perfecta.

— Descuida, –dijo ella – pensará que ha entrado al siglo diecinueve.

Miguel la miró conteniendo la ira, no soportaba cuando ella se comportaba en forma mordaz, especialmente porque no sabía cómo responderle. Hubiera querido golpearla, pero los golpes dejan marcas, y él no podía permitirse ese lujo. Apagó la luz y se acostó, luego escuchó cuando ella salía, seguramente dormiría en la habitación de los huéspedes y regresaría antes del amanecer, para que los chicos no se dieran cuenta. Miguel sabía que de no ser por sus hijos, ya Irma lo hubiera abandonado.

Cuando María tocó la puerta de la biblioteca, Álvaro la invitó a entrar. Él revisaba unos documentos con Julián, y ella le entregó el informe sobre la sucursal española de su empresa. “Elektronik Technologies” había sido comprada por Álvaro cuando se mudaron a Viena. Por esos días, el uso de los ordenadores sufrió una expansión inesperada, y Álvaro comprendió que si desarrollaba una línea sobre las nuevas tecnologías, la demanda sería enorme. Contrató a los mejores ingenieros informáticos y electrónicos, invirtiendo un enorme capital en investigación. Antes de un año, su empresa elaboraba los componentes más importantes en la creciente industria de la informática. Sus clientes iban desde la Nasa, hasta los fabricantes de los más humildes ordenadores personales.

Esa astucia, y un agudo olfato para las inversiones financieras, permitieron que en veinte años multiplicara su fortuna a un nivel insospechado, y también le valieron un apodo dentro del mundo financiero y empresarial. Aunque nadie se atrevería a decírselo de frente, sus aliados y adversarios lo conocían como “El Lobo”. Álvaro no era avaricioso, y el dinero le importaba poco, pero sabía que necesitaba esos recursos para llevar a cabo su plan. Desde el principio decidió proteger a las personas que le habían demostrado afecto y lealtad más allá de lo que nunca hubiera esperado, después del abandono de su familia. Cedió un quince por ciento de las acciones de la multinacional. Entregó un cinco por ciento a Efraín, un cinco por ciento a María y Daniel, y un cinco por ciento a Julián.

Las ganancias de ese cinco por ciento, eran suficientes para que cada uno de ellos pudiera mantener su nivel de vida sin preocupaciones, lo que les daba libertad de marcharse si lo deseaban. Pero ninguno de ellos había pensado nunca alejarse de Álvaro. Para ellos no era sólo un jefe generoso, lo querían como a un hermano, un hijo o un padre.

— Es el informe de la oficina de Madrid – recalcó María – Lo revisé y todo parece estar bien, pero será mejor que lo compruebes tú mismo.

— Confío en tu criterio, María - le dijo Álvaro poniendo a un lado el dossier. - ¿Qué traes ahí?

— Una invitación, – dijo ella sonriendo – parece que a tu amigo Miguel no le gusta perder el tiempo – Julián también sonrió.

— Pues sí que se ha dado prisa – comentó Álvaro - ¿Cuándo?

— El viernes estás invitado a una cena familiar. don Álvaro Del Valle Vandenberg y acompañante.

— Parece que ya tenéis planes para el fin de semana- apuntó Julián.

— ¿Tenemos? – preguntó María.

— Supongo que tú eres la acompañante – aclaró Julián – Antes de emitir la invitación, Miguel tuvo mucho cuidado de indagar si Álvaro era casado, o soltero, si tenía novia. Siempre en confidencialidad, por supuesto.

— ¿Y qué le dijiste? – preguntó María con la mano derecha en la cintura.

— Que era un hombre dedicado a su trabajo, que no había tenido tiempo de consolidar una relación estable, que era muy generoso, por lo cual había acogido en su casa a su secretaria y su hijo, y que por lo general era esa secretaria quien lo acompañaba en las reuniones sociales.

— En otras palabras le insinuaste que somos amantes.- dijo María enfadada.

— Le dije la verdad – se defendió Julián – nunca insinué nada, pero imagino que por la forma de pensar de Miguel, llegará a esa conclusión.

— ¿Te molesta, María? – preguntó Álvaro, preocupado.

— No, claro que no, – aclaró ella – mucha gente piensa eso, pero nunca me ha preocupado lo que digan los demás.

— ¿Sabes quienes más están invitados? – le preguntó Álvaro a Julián.

— Todos nuestros amigos – respondió el abogado – Nadal y su esposa, Flores, que es viudo, así que no sé quién lo acompañará, y el propio Miguel con su esposa.

— María, – dijo Álvaro- si no quieres ver a Nadal, puedo ir sólo.

— Álvaro, te agradezco que quieras protegerme, pero no es necesario. En realidad, quiero verle la cara a ese hijo de puta.

— Será muy duro.- advirtió él.

— No solo será duro para mí, tú tendrás que ver a todos los que te inculparon, y además tendrás que enfrentarte con tu hermana. No voy a dejar que pases por eso sólo.

— Nunca olvidaré esto, María – dijo él sonriendo – Bueno, si el señor Valladares desea que visitemos su casa y lo acompañemos a cenar, no lo defraudaremos, en ningún sentido.

La noche de la cena, Álvaro no podía evitar sentirse nervioso. Se había preparado para ese momento desde el día que supo que había sido deliberadamente inculcado en el asesinato de Ana por aquellos tres hombres.

Había llegado el momento de enfrentarse a sus enemigos, y era consciente que lo difícil no sería verlos, sino representar la parodia de considerarlos sus amigos, de sonreírles, de compartir mesa con ellos. Él no era un hipócrita, por lo que solo pensar en lo que tendría que hacer lo enfermaba. Sin embargo era necesario. Aún no tenía pruebas para demostrar lo que hicieron veinticinco años atrás. Habían montado una estructura sólida para guardar sus apariencias, y él debía debilitar esa estructura desde adentro.

Se ajustó la corbata, revisando cada detalle de su atuendo. El traje había sido hecho a la medida por el mejor sastre de Europa, los gemelos en sus puños eran de oro, con incrustaciones de diamantes. El bastón de cedro, con puño de plata labrada, un trabajo de orfebrería que era en sí, una obra de arte. Se miró en el espejo, pero no reconoció la imagen que vio reflejada. Él era un hombre sencillo, que no se sentía a gusto con alardes. Sin embargo el papel que debía representar lo exigía. Respiró profundo e inició ejercicios de relajación, como siempre hacía antes de un concierto. Pero este sería tal vez el concierto más importante que le tocaría ejecutar.

María terminó de maquillarse, también estaba nerviosa. Recordó el día, cuando era una chiquilla de quince años, en el que un camino bloqueado por un derrumbe, obligó a detenerse en su pueblo a la "Orquesta Sinfónica de La Sierra". A pesar de que esa no era la música que le gustaba, comenzó a correr el rumor de que su primer violinista era uno de los más famosos del país, y que era muy guapo. Sintió curiosidad así que se acercó al lugar. Fue cuando vio salir por primera vez a Nadal. Era más joven de lo que ella se imaginaba. Cuando él la vio, le sonrió. Nadal la invitó a tomar algo, y la trató como a una princesa, le contó acerca de su vida clamorosa, y ella, una chica sencilla de pueblo, se sintió deslumbrada. La invitó a acompañarlo porque quería tocar el violín para ella, y María confió en él. Subieron al coche, pero Nadal no tenía intenciones de dar un concierto, la llevó a un lugar apartado. Ella, al darse cuenta de lo que quería le rogó llorando que la dejara ir. Él no atendió sus súplicas, la violó, luego la amenazó con destruir su vida y la de su familia si decía algo. Tenía muchas influencias, podía hacerlo.

María se miró en el espejo. Había cambiado mucho, estaba segura que Nadal no reconocería en la mujer sofisticada que era ahora, a aquella chiquilla inocente que forzó una noche, veintitrés años atrás. Pensó lo que habría sido de ella si Álvaro no se hubiera cruzado en su camino. Se estremeció, lo más probable era que hubiera perdido a su hijo, que también habría tenido una vida llena de dificultades. Por eso era capaz de dar la vida por su jefe, le debía demasiado.

Madrid 2005 - La cena.

Álvaro esperaba al pie de la escalera, mientras daba las últimas instrucciones a Efraín. María apareció, dejando a ambos hombres boquiabiertos. Ella era hermosa, pero esa noche estaba deslumbrante. Efraín la miró y sintió que no existía otra mujer sobre la Tierra, Álvaro recordó el día que la visitó en su piso, cuando la vio despeinada, con los ojos hinchados por el llanto, demacrada por el hambre y el sufrimiento, fue entonces cuando decidió protegerla, como hubiera hecho con Irma. Para él era su hermana y no hubiera podido verla de otra forma, pero al mismo tiempo comprendía que todos creyeran que era su amante. Era una mujer excepcionalmente hermosa, por la que cualquier hombre se sentiría atraído. Terminó de bajar las escaleras y sonrió a sus dos amigos. Se sentía atraída por Efraín, y a veces le parecía que ella le gustaba, pero luego él se inhibía, tratándola como si fuera su jefa.

— Estás preciosa – le dijo Álvaro sonriendo.

— Tú también estás muy guapo – le respondió ella, como lo hubiera hecho con un hermano mayor.

Efraín carraspeó, incómodo, Álvaro sonrió, le parecía mentira que su amigo, siendo tan temerario en todo lo que hacía, resultara tan tímido cuando se trataba de María.

— ¿Has traído lo que te pedí?- le preguntó Álvaro a Efraín.

— Sí, lo saqué de la caja fuerte del banco esta mañana - le dijo su jefe de seguridad entregándole una caja plana - Joder, si hubiera sabido lo que era, me hubiera llevado un camión blindado.

— Y hubieras llamado la atención innecesariamente – respondió Álvaro, mientras retiraba la tapa de la caja.

María abrió mucho los ojos, sorprendida por lo que estaba viendo. En el estuche había un collar de diamantes que debía valer una fortuna. Era una de las joyas que Álvaro encontró en la caja de seguridad de Fernando, y que había guardado para ese momento. Le pidió a Efraín que sostuviera el estuche, mientras él cogía el collar para colocarlo en el cuello a María. Si antes estaba deslumbrante, ahora parecía una reina de cuento. Daniel llegó en ese momento, sonriendo al ver a su madre y su porte imponente.

— Suerte, los vais a dejar tiesos.

— Daniel, ese vocabulario – le recriminó María, sonriendo.

Álvaro le ofreció el brazo y salieron a representar su pequeña parodia. En la casa Valladares, todos los demás invitados habían llegado. Especulaban acerca del hombre que esperaban. Miguel les había hablado de la fortuna que poseía,

pero ellos no terminaban de creer que alguien pudiera ser tan rico. Todos compartían negocios turbios, que a lo largo de los años habían sido muy lucrativos, y habían establecido lazos de complicidad desde que decidieron convertir en chivo expiatorio a aquel chico. Nadal era un reputado director de orquesta, aunque su fama se debía más a la inversión en publicidad, y el soborno de algunos críticos, que a su talento. También era decano nominal de la mejor escuela de música de España, aunque en realidad casi no la pisaba, y quien llevaba a cabo todo el trabajo era Edgardo Fuentes, el jefe de estudios. Estaba casado con Ángela Robledal, heredera de una fortuna respetable, pero que desde hacía tiempo había descubierto que su marido acompañaba a Miguel Valladares en sus juergas. Por su imagen social, Ángela no lo abandonaba, pero tampoco sufría en silencio como Irma. La verdad era que su vida era tan disipada como la de su marido.

Emilio había ascendido mucho en la política, gracias al apoyo que siempre tuvo por parte de los Valladares. Ahora era ministro, y seguía manteniendo la imagen de hombre intachable e incorruptible de cara a la galería. Era más discreto que Valladares y Nadal, así que no corría juergas, pero tampoco era un santo. Su esposa había muerto un año atrás, sufriendo en silencio las traiciones de su marido, y él había quedado como el atribulado viudo. Por eso siempre se hacía acompañar por su nieta Lucía, a quien amenazaba con enviar a un internado si no lo respaldaba en el fortalecimiento de su imagen. Por supuesto que la joven acudía obligada, y se aburría terriblemente.

Las mujeres escuchaban sorprendidas el relato de Miguel, que aunque nunca había visto a Álvaro Del Valle, hablaba como si éste fuera su mejor amigo. Les parecía sorprendente la descripción que hacía de su fortuna, y no pudieron evitar sentir curiosidad. Incluso Irma, que generalmente evitaba los “amigos” e “invitados” de su marido, tenía cierto interés por conocer al extraordinario personaje. Por otro lado, sabía que no se sentiría a gusto con alguien que hacía tal alarde de riqueza. Posiblemente sería un hombre insufrible, acostumbrado a ser complacido en todos sus caprichos, que se sentiría superior al resto de los mortales. Ella temía que le esperara una larga noche por delante, y hubiera preferido estar en casa de su padre, tratando de animarlo con sus nietos.

Últimamente la melancolía se apoderaba cada vez más de Raúl. El siguiente año se retiraría, y la perspectiva de días enteros solo para pensar, lo abrumaba. Ella lo llamó para explicarle que no podría ir el día de su cumpleaños, que tenía un compromiso ineludible, y que lo vería el día siguiente. Él comprendió, pero Irma sabía que debía ser muy duro pasar su cumpleaños completamente sólo, con una hija que lo dejaba de lado por una cena, y el

recuerdo de un hijo muerto al que le había fallado.

El mayordomo anunció la llegada de don Álvaro Del Valle Vandenberg y Doña María Santacruz. Todos miraron hacia la puerta, expectantes. La entrada de la pareja no dejó indiferente a nadie, ambos caminaban con el porte de quien se siente dueño de la situación. Irma los observó impresionada, él era un hombre alto y bien plantado, de cabello oscuro, rasgos angulosos y ojos negros penetrantes. Ella era una mujer elegante, sofisticada, y con la prestancia de una reina. Tenía el cabello negro largo y ondulado, la piel muy blanca, los ojos café, y rasgos delicados y simétricos que la hacían hermosa a cualquier observador.

Irma se dio cuenta que los ojos de Miguel y sus amigos convergían inevitablemente en el collar de la mujer, que según comprendió enseguida, debían ser auténticos diamantes, aunque eso era imposible, porque de ser así, aquella joya no tendría precio. Miguel volteó a mirar a Irma, y ella se dio cuenta que debía avanzar a recibirlos junto con él. Se suponía que era la anfitriona, así que debía presentarlos a los demás. Salió de su momentáneo estupor, se acercó a su marido, y ambos recibieron a la pareja de ilustres invitados.

— Bienvenidos – les dijo Irma con una sonrisa.

— Bienhallados – le respondió Del Valle con una leve inclinación de cabeza.

— Es un placer tenerlo en nuestra casa, señor Del Valle – intervino Miguel adulator.- Esta es mi esposa, Irma.

— Muchas gracias, señor Valladares. Es un verdadero placer conocerla, señora. Quisiera presentarles a María, es mi secretaria personal, y una extraordinaria amiga, que me ha hecho el honor de acompañarme esta noche.

— Bienvenida,- le dijo Irma, a quien la sonrisa de María le pareció sincera - por favor permítanme presentarles a los señores Nadal, al señor Flores, y su nieta Lucía.

Álvaro sonrió a Lucía, ya había leído en los informes de Efraín, como el caradura de Flores usaba a su nieta para reforzar su imagen de viudo transido de dolor. La chica se veía completamente fuera de lugar, y seguramente hubiera preferido estar en cualquier otra parte. Lucía le devolvió la sonrisa, aquel tío era más interesante que la mayoría de los imbéciles que frecuentaba su abuelo. La atención se volcó hacia los recién llegados, Irma y Ángela se reunieron para hablar con María, Lucía se mantuvo apartada. Por otro lado, Miguel, Nadal, y Flores comenzaron a conversar con Álvaro. El mayordomo pasó con una bandeja, proporcionándoles una copa a cada uno, excepto a Lucía.

— ¿Hacía mucho tiempo que no venía a España? – le preguntó Emilio.

— Unos veinte años – respondió Álvaro - Me resultaba más sencillo

llevar mis negocios desde Viena.

— Es una ciudad encantadora – intervino Nadal – Di un concierto allí el año pasado, espero haber contado con usted entre el público.

— Lo siento – dijo Álvaro – No tuve la oportunidad.

— ¿Le gusta la música, señor Del Valle? – preguntó Nadal, tratando de llevarlo a su terreno.

— Mucho – respondió Álvaro sonriendo – En especial la que es buena.

— Nuestro amigo Nadal es un gran intérprete de ese arte - dijo Miguel – Estamos muy orgullosos de él, los críticos lo señalan como uno de los mejores directores de nuestro tiempo.

— Interesante – acotó Álvaro - Será un placer asistir a uno de sus conciertos, cuando tenga la ocasión.

— ¿Asistir a un concierto? – preguntó María que había logrado acercarse a la conversación de los hombres para apoyar a Álvaro y enfrentar a Nadal – Se oye bien.

— María se siente muy atraída por la música - explicó Álvaro, sonriendo – No se resiste a un buen concierto.

— En ese caso les haré llegar una invitación especial para mi próxima presentación. – dijo Nadal – Me sentiré honrado si asisten a ella.

— ¿Y qué opina de la política? – preguntó Emilio, buscando a su vez armar las sardinas a sus ascuas.

— ¿La política?- preguntó Álvaro - Estoy un poco alejado de la política local, pero debo reconocer su importancia. Un buen político, uno honrado, – dijo remarcando las palabras – es como una joya, hay que protegerlo y preservarlo.

Flores sonrió complacido, era lo que quería escuchar, Nadal miró a María, sin poder evitar sentirse atraído hacia ella. Ella lo notó y le sonrió con picardía. Ángela los observaba, comprendiendo que su marido se preparaba para una nueva cacería, aunque sería un imbécil si se metía con la que, a todas luces, era la amante del hombre al que querían desplumar. Pero Francisco era tan torpe, que era capaz de dejarse llevar por sus impulsos. Ángela se fijó bien en Álvaro y le gustó lo que vio. Era un hombre muy atractivo, de la clase que a ella le gustaba llevar a su cama, él notó la atención que le dedicaba, volteó hacia ella, levantando la copa en un gesto casi imperceptible, y sonrió. Ángela le devolvió la sonrisa, que el cretino de su marido se quedara con la secretaria, ella iría a por el magnate.

Miguel llevó a cabo una disertación sobre las claras ventajas de tenerlo como socio y amigo, a él, un banquero tan eficiente y honorable. Emilio hizo lo posible por llevar la conversación al tema del financiamiento de las campañas

políticas, y la ventaja que eso podía representar para un empresario inteligente. Francisco Nadal se debatía, entre lo positivo que podía resultar para una empresa el patrocinio de músicos de renombre, y el coqueteo que llevaba adelante con la secretaria Álvaro.

Irma los observó, manipulando en función de sus propios intereses, acosando a aquel hombre que para ella, no era consciente del nido de víboras en el que había caído, y se sintió asqueada. No era la primera vez que presenciaba ese espectáculo. Siempre que había algún hombre de negocios que Miguel y sus amigos consideraban lo suficientemente rico y estúpido para dejarse convencer, lo metían en esa encerrona, y por lo general, Irma se mantenía al margen, indiferente. Pero en este caso sentía lástima, Del Valle le había simpatizado contra todo pronóstico, había algo en su mirada que le generó una ternura que albergaba en sus recuerdos y ya creía olvidada. Se asustó por un momento, era un hombre que podía gustarle a cualquier mujer, pero enseguida comprendió que no era ese el tipo de sentimientos que le despertaba.

— Buenas noches – dijo la voz de un chico.

Todos voltearon a mirar, Carlos era un joven rubio, muy parecido a su padre. Iba vestido con traje y corbata. Saludó con la seriedad de la ocasión. Lucía se saltó el protocolo, se le acercó y le dio dos besos, obviamente eran amigos, y Álvaro no dudaba que la chica hubiera querido acompañarlo a donde quiera que fuera.

— Señor Del Valle, permítame presentarle a mi hijo, Carlos.- anunció Miguel, orgulloso.

— Un placer conocerte – le dijo Álvaro estrechándole la mano.

— Gracias señor, – respondió el chico – espero que disfrute su estancia en nuestra casa.

— ¿Tienes planes, hijo?

— Sí papá – respondió Carlos, se acercó a su madre, y se despidió con un beso.

— Dile a tu abuelo que lo quiero – le susurró Irma al oído.

Carlos le sonrió, ella lo había convencido de que acompañara a su abuelo ese día. Era un buen chico, para quien la familia era lo primero. Se despidió, saliendo de la casa. Como si obedecieran a un programa establecido, apareció una mujer de mediana estatura y avanzada edad, con una niña pequeña a su lado, y un bebé de dos años en brazos. Álvaro reconoció a su madre. Sabía que vivía con Irma para ayudarla a cuidar de sus hijos, pero también que el malnacido de Valladares no la trataba mejor que a una criada. No esperaba verla esa noche. Tuvo que hacer un esfuerzo para no correr a abrazarla, y no pudo evitar sentir un nudo en la garganta. Ya era bastante duro tratar a su hermana

como a una desconocida, pero se había preparado para eso, lo que lo había sorprendido era la presencia de su madre en esa reunión. María se dio cuenta del mal trago que pasaba, ella lo conocía muy bien, y le apretó el brazo sin que nadie lo notara, para darle apoyo. Álvaro respiró profundo logrando controlarse. Afortunadamente, todos prestaban atención a Erika, que había comenzado a darle las buenas noches a cada uno y despedirse, llamándolos por su nombre. Se detuvo frente a María.

— Ella es la señora Santacruz, Erika – le dijo su madre.

— Buenas noches, señora Santacruz.

— Buenas noches, Erika – respondió María. Luego se detuvo frente a Álvaro.

— Es el señor Álvaro Del Valle Vandenberg – le informó Irma.

— Es muy largo – protestó Erika, un poco acongojada por no poder seguir el guion que le habían dictado – No me voy a acordar.

La respuesta causó la sonrisa de las mujeres y de Álvaro. Miguel parecía molesto, y miró con severidad a Martina y a Irma. Álvaro se agachó, aunque en esa posición le molestaba la pierna.

— Tú puedes llamarme Álvaro, Erika – le dijo con una sonrisa.

— Gracias, buenas noches Álvaro – dijo sonriendo.

— Buenas noches, Erika – le respondió él con una expresión que hizo que Martina sintiera algo extraño en el estómago, - ¿Qué tienes aquí? – le preguntó tocando el cabello de la pequeña por detrás de su oreja.

Álvaro sacó una moneda del cabello de la niña, un truco que le había enseñado Efraín en alguna oportunidad mientras aún eran prisioneros. Erika sonrió fascinada, él le regaló la moneda y ella le echó los brazos al cuello, olvidando todas las advertencias de los adultos. Álvaro sintió vacilar el control de sus emociones, Erika se parecía demasiado a Irma cuando tenía su edad, así que él no pudo dejar de quererla en cuanto la vio. La niña lo soltó, y él se puso de pie apoyándose en el bastón, Erika se despidió de él con la mano, y Álvaro le devolvió el saludo con la misma sencillez, por un momento dejó de representar el papel que se había trazado, para ser él mismo. Martina se llevó a los niños, pero antes de irse volvió a mirar a Álvaro con una sonrisa de gratitud. Irma estaba sorprendida, hacía tiempo que no veía un gesto de humanidad en aquel ambiente.

— Supongo que si mi hija puede llamarle Álvaro, también yo podré hacerlo - dijo Miguel sonriendo, tratando de sacar provecho de lo que acababa de ocurrir.

— Espero que usted sí pueda recordar mi nombre, señor Valladares – respondió Álvaro, que no quería mostrar familiaridad tan pronto.

La sonrisa se le congeló en el rostro a Miguel, que se sintió un imbécil. Luego volvió a sonreír como si Álvaro hubiera dicho el mejor chiste de la noche.

— Claro, por supuesto, ¡qué ocurrente! – respondió tratando de corregir el error.

Irma comenzó a sentir admiración por Álvaro, había dado muestras de calidez humana, y había puesto en su lugar a Miguel, dos sucesos que deseaba ver desde hacía mucho tiempo. Sonrió a su visitante, y él la miró también con una media sonrisa que demostraba simpatía, Miguel se dio cuenta del cruce de miradas, y lo interpretó equivocadamente. Ángela se sintió aún más atraída hacia ese hombre, le parecía muy interesante por lo que se acercó a él, con la intención de conocerlo mejor. María era la única que sabía la tormenta emocional que debía estar sufriendo Álvaro en ese momento, y lo difícil que debía resultarle ocultarla. Se dio cuenta también de la forma en que Ángela lo miraba, como una serpiente que busca inmovilizar a un pajarillo para devorarlo, pero Álvaro no era un pajarito, era un lobo.

El mayordomo avisó que la cena estaba servida, y las diferentes parejas avanzaron hacia el comedor guiadas por los anfitriones. Irma les indicó a Álvaro y María cuales eran los puestos que les correspondían, los demás ya parecían saberlo, no era la primera vez que asistían a una cena de esas características. Miguel ocupó la cabecera de la mesa, e Irma se sentó a su derecha. A la izquierda de Miguel sentaron a Álvaro. Obviamente, Miguel no iba a perder la oportunidad de tener prioridad en la conversación con su invitado estrella durante la noche.

Sirvieron la cena, y como Álvaro imaginaba, Miguel se había esforzado en tratar de impresionarlo. Cada plato era más elaborado y sofisticado que el anterior, lo que solo sirvió para que recordara la infame comida con la que tuvo que alimentarse en la cárcel por culpa de los mismos desalmados que ahora le ofrecían manjares. Comió poco y no hizo ningún comentario acerca de lo especial del menú, haciendo comprender que necesitarían algo más que eso para lograr su objetivo. Miguel hizo girar la conversación en torno a los negocios, tratando de obtener información sobre la fortuna de su invitado. Álvaro fue muy parco acerca de lo que Miguel quería saber, evitó hablar de su dinero, comprendiendo que para llevar a esos tres desalmados al punto que él deseaba, debía estimular su imaginación, dejando ver su riqueza con la naturalidad de quien no le da importancia, y sin mencionar directamente su capital.

Irma estaba frente a Álvaro, y cuando éste se cansó de evadir preguntas inconvenientes, le habló a su anfitriona.

— Debo felicitarla por sus hijos, debe estar muy orgullosa de ellos.

— Lo estoy – dijo ella, contenta de que se tocara un tema que no tenía un signo monetario detrás de cada palabra – Son chicos maravillosos.

Irma agradeció que Álvaro elogiara a sus hijos por encima de los esfuerzos por adularlo. La cena transcurrió sin mayores novedades, Miguel no tenía claro si había logrado su objetivo de causar buena impresión a Álvaro y hacer que lo considerara su amigo, o su enlace con el entorno social. Él, en cambio, estaba deslumbrado, aquel hombre hacía gala de una riqueza extraordinaria con la naturalidad de quien no le da importancia. Necesitaba acercarse, pero se percató que no sería tan fácil, Del Valle demostró ser un hombre seguro de sí mismo y difícil de manipular. Con discreción había evitado comprometerse con ninguno de ellos en los diferentes terrenos a los que lo habían llevado. Miguel miró a sus socios, viendo en sus rostros la misma expresión de avaricia y preocupación que debía tener él. No sería fácil lograr el objetivo, pero el premio valía la pena.

A Álvaro no se le escapó lo que ocurría en aquella mesa, él conocía bien a cada uno de sus enemigos, los había estudiado durante años, y sabía que en ese momento se sentían confundidos. También que había despertado en ellos la necesidad de obtener grandes beneficios a través de él. No se los pondría tan fácil, necesitaba descentrarlos, hacerles cometer errores, debilitar la estructura que los protegía. Al terminar la cena miró a María, sonriéndole satisfecho, ella comprendió que el primer encuentro había sido un éxito. Álvaro había logrado su objetivo, le sonrió también, tomaron a la vez sus copas, y bebieron de ellas, en un brindis silencioso que solo comprendieron los dos.

Madrid 2005 - Nuevos amigos.

Efraín estaba sentado en la cafetería. En ese momento no era el jefe de seguridad de una transnacional, sino el tío curtido en la calle que buscaba una información. El hombre que esperaba entró y miró a su alrededor, buscándolo, él le hizo una seña y el sujeto se acercó para acompañarlo en la mesa.

— ¿Juan Carlos Guerra? – preguntó Efraín, levantándose y extendiéndole la mano.

— Sí – dijo Juan Carlos - ¿Pedro González? - Efraín asintió, se sentaron.

— ¿Las trajo?

— Aquí están – respondió Juan Carlos, entregándole un sobre – Oiga, no le voy a negar que la pasta me viene bien, pero me gustaría saber por qué paga tanto por ellas. No comprendo qué importancia pueden tener para usted.

— Soy coleccionista – respondió Efraín, mientras revisaba el contenido del sobre. Sacó a su vez otro sobre del bolsillo interno de su chaqueta, y se lo entregó a Juan Carlos.

— Supongo que está completo – dijo Juan Carlos ojeando el contenido.

— Cinco mil euros. Un buen negocio.

— Si desea alguna otra cosa, también tengo fotos de mi suegra en topless, en las playas de Torre Vieja.

— Paso – dijo Efraín, haciendo un gesto de desagrado al ser traicionado por su imaginación – Un placer hacer negocios con usted.

— Bueno, pues adiós.

Juan Carlos se levantó y se fue, mientras Efraín guardaba el sobre en el mismo bolsillo del que salió el dinero. Era lo que necesitaban para comenzar a mover los cimientos de la vida de sus objetivos. Comenzó a sentir que estaba haciendo algo importante, algo que llevaba mucho tiempo esperando.

Miguel hizo entrar a Julián a su despacho, ya había advertido a su secretaria que sólo él y su jefe, el señor Álvaro Del Valle podían ser recibidos sin cita. No perdía la esperanza de que Del Valle lo visitara personalmente en su banco, o tuviera algún gesto de acercamiento más allá de su posición de cliente. Pero ya habían pasado dos semanas desde la cena en su casa, y no había ninguna señal que le indicara que Álvaro estuviera interesado en cultivar una amistad. Sus socios también se sentían decepcionados, ninguno de ellos había logrado hacer mella en el ánimo del codiciado empresario. Recibió a Julián con una sonrisa.

— Buenas tardes, señor Ferrer, ¿puedo ofrecerle algo? – le preguntó.

— No, gracias, – dijo el abogado – acabo de almorzar.

— ¿Cómo está el señor Del Valle?

— Está muy bien.

— Espero que haya disfrutado el pequeño homenaje que le hicimos.

— Puedo asegurarle que salió de su casa muy complacido – dijo Julián sonriendo.

— Me alegra mucho – respondió Miguel aliviado – Temía que no se hubiera sentido bien, al no tener noticias tuyas los últimos días.

— Comprenderá que es un hombre muy ocupado ¿No recibió su esposa las flores?

— Sí, por supuesto.

Al día siguiente de la cena, Álvaro había enviado un hermoso ramo de rosas con una tarjeta de agradecimiento por una maravillosa velada para Irma, y una orquídea para Erika. Irma se sintió recompensada con el detalle, y Erika estaba emocionada, mostrando su flor a todos aquellos con quienes se encontraba. Miguel sin embargo se sintió decepcionado, esperaba otro resultado de la reunión, para él era un encuentro de negocios, y si no obtenía un beneficio económico, había sido un fracaso.

— No debe preocuparse, señor Valladares – dijo Julián - le aseguro que el señor Del Valle lo tendrá en cuenta en su justa medida, de hecho, me ha pedido que le solicite una cita para hablar con usted de un negocio que desea llevar a cabo.

— Por favor, señor Ferrer – dijo Miguel sintiendo sus esperanzas renovadas - el señor Del Valle no necesita cita para venir a hablar conmigo.

— Perdone, creo que me he expresado mal – aclaró Julián – don Álvaro nunca acude a los bancos que llevan sus cuentas, son sus representantes quienes se desplazan hasta su despacho. Aunque comprendo que, llevando usted personalmente los intereses de mi cliente, y siendo el presidente del banco, considere que no es pertinente molestarle en aceptar su solicitud. Él no tendría problemas en tratar su asunto con un empleado de confianza que usted designe.

— No, por favor – dijo inmediatamente Miguel – don Álvaro no es un cliente cualquiera, ha sido invitado en mi casa, y lo considero un amigo, desde luego que acudiré a donde él tenga a bien recibirme, para tratar cualquier asunto en el que pueda serle útil.

— Muy bien, entonces sólo es cuestión de ponerle hora y fecha.

— Usted dirá – respondió Miguel sumiso – estoy a su entera disposición.

Julián sonrió para sus adentros, ese tipo sería capaz de besarle los pies a Álvaro para quedar incluido en uno de sus negocios. Él había visto crecer y

madurar a Álvaro en el duro ambiente de las finanzas, y sabía que tenía la chispa de la genialidad. No dejaba de sorprenderlo, estudiaba a sus adversarios, su personalidad, su forma de actuar, y parecía ser capaz de adivinar lo que harían en una situación determinada. Era lo que estaba presenciando en ese momento. Miguel parecía una marioneta, cuyos hilos movía a su antojo el hombre que más motivos tenía para odiarlo. Esos hilos los había proporcionado el propio Miguel, eran la avaricia y la soberbia. Álvaro sabía bien cómo manejarlos.

Daniel salió de clases, la escuela de música de aquella Universidad era bastante buena, no en balde era manejada por Edgardo Fuentes. El tiempo demostró que los temores de Álvaro de que tuviera que enfrentarse a su padre eran infundados. Nadal no se aparecía por allí ni por equivocación. Su cargo era meramente nominal, aunque Daniel estaba seguro que el tío cobraba como si trabajara de sol a sol. No por casualidad, esa era la misma Universidad donde estudiaban Carlos, el hijo de Valladares, y Lucía, la nieta de Flores. Evidentemente, los nexos entre aquellos tres trascendían a lugares insospechados.

Daniel quiso conocer a ambos jóvenes, y se llevó una agradable sorpresa al comprobar que no se parecían a su padre y su abuelo respectivamente. El sobrino de Álvaro le cayó bien, no era engreído, por lo visto había heredado el talante de los Andara. Lucía, por su parte estaba harta de su abuelo y de la forma en que la utilizaba. La chica le resultó algo más que simpática, de hecho, le gustó mucho. Los tres jóvenes pronto congeniaron, aunque Daniel sentía un poco de lástima por ellos, sobre todo sabiendo lo que les venía encima a sus familias.

Lucía encontraba a Daniel interesante, era un chico diferente, al que parecía gustarle desequilibrar a los demás. Se divertía cuando veía a sus compañeros sorprendidos ante alguna de sus afirmaciones, y podía usar el lenguaje más procaz, o comportarse como un perfecto caballero. No era aburrido, como la mayoría en esa Universidad, y parecía muy seguro de lo que quería en la vida. Se encontraron en los pasillos y Daniel saludó a sus dos amigos.

— Vamos a dar una vuelta – le dijo Carlos - ¿Nos acompañas?

— ¿Vosotros solos?

— También viene Laura. Es la chica que entró por una beca.

— Sí, ya sé quién es – reconoció Daniel, que había notado que la joven le gustaba a Carlos y se preguntó qué diría el prestigioso banquero Miguel Valladares si su primogénito se enamoraba de la hija de un pescadero. Sonrió ante la idea – Se oye bien, ¿A qué hora?

— Nos vemos en un par de horas en la plaza, frente al bar. No vengas demasiado formal, sólo daremos un paseo.

— Vale. Nada de trajes, ni corbatas.

Cada uno salió en dirección a su casa a cambiarse y dejar los libros. Era viernes por la noche. Daniel llegó a la casa, María lo vio llegar y lo recibió con un beso.

— ¿Cómo te fue, cariño?

— Bien. Voy a salir con unos colegas.

— Está bien – dijo María - Necesitas divertirte.

— ¿Y Álvaro?

— Está en su habitación, descansando.

— ¿A esta hora? – se sorprendió él, Álvaro no acostumbraba dormir la siesta - ¿Se encuentra bien?

— Según él, solo se sentía cansado, pero creo que es la pierna, ya sabes que en la medida que se acerca el invierno le molesta más, aunque nunca lo va a admitir.

— Sí, ya lo sé, mamá.

— Anda, ve a divertirte - le dijo María- y no te preocupes por nada, yo trataré de convencer a Álvaro de que tome un analgésico.

Daniel sonrió, le dio un beso a su madre y subió las escaleras para cambiarse de ropa, y pasar la tarde como cualquier joven de su edad.

Madrid 2005 - Preparando la trampa.

Efraín entró en el bar, Juan lo acompañaba. Era un barrio peligroso, pero le habían informado que el hombre que buscaban siempre paraba por allí. Se acercó a la barra, y pidió una copa de vino barato para él y otra para Juan, que no dejaba de mirar alrededor, desconfiado. El cantinero les sirvió y Efraín lo abordó con una solicitud.

— Estoy buscando a un viejo amigo de la mili.

— ¿Ah sí? – preguntó el tabernero - Pues yo aquí no sé el nombre de nadie, sólo sirvo copas.

— Ya, – dijo Efraín, deslizando un billete de veinte euros sobre la barra - pero a éste es probable que lo conozcas, dicen que es cliente habitual.

— Tal vez lo haya oído nombrar.

— Javier Santos – precisó Efraín, deslizando otro billete igual que el anterior - ¿Te suena?

— Sí – confirmó el cantinero, ya más comunicativo – Suele venir todas las tardes, se sienta en aquella mesa, y se lamenta de su mala suerte, mientras se bebe una botella.

— Ha pasado mucho tiempo – dijo Efraín, deslizando un tercer billete – tal vez no lo reconozca. Me ayudaría mucho que me avisaras cuando entre.

— De acuerdo - aceptó el cantinero.

Efraín y Juan se quedaron en la barra, el vino era espantoso, por lo que apenas lo probaron. Además, en aquel lugar había que mantener los reflejos intactos. Finalmente el cantinero les hizo un gesto con la cabeza en el momento que entró un tío, de unos cincuenta años, con aspecto de no haber visto una ducha en varias semanas. Efraín le hizo un gesto a Juan, que se quedó vigilando desde la barra, mientras él seguía al tipo hasta la mesa. Javier se sentó y Efraín lo hizo a su lado.

— Oiga, esta mesa está ocupada – protestó Javier.

— Vamos, amigo, me aceptarás una copa ¿no?

— Bueno, si es así ¿Quién es usted?

— Para ti, puedo ser papá Noel.

Cuando Efraín llegó de vuelta a la mansión, vio a María saliendo de la casa, Pablo la esperaba en el coche para llevarla al centro, Efraín decidió aprovechar la oportunidad. La alcanzó antes de que se subiera.

— María, hola – le dijo, mientras Pablo lo miraba con picardía.

— Hola, Efraín – respondió ella sonriendo.

— ¿Adónde vas? – preguntó él – Quiero decir, no es que quiera

entrometerme...

— Solo voy al centro, necesito hacer algunas compras.

— Puedo llevarte – se apresuró a decir él – Yo también tengo que ir al centro.

— Ya le había pedido a Pablo que me llevara - argumentó María - No quiero retrasarte con tus obligaciones.

— No me retrasarías, y Pablo tiene que... tiene que...

— Tengo que recoger unos documentos para Álvaro en el aeropuerto – intervino Pablo sacando a Efraín del atolladero.

— ¡Eso! – confirmó Efraín.

— ¿Por qué no me habías dicho que estabas ocupado, Pablo? – preguntó María que ya se había dado cuenta del apuro de Efraín.

— Bueno, señora María, sabe que Álvaro siempre nos dice que atendamos primero las necesidades de usted. Pensaba recoger los documentos después de traerla, pero si usted se va con Efraín, podré entregárselos al jefe más temprano.

— Si es así – claudicó María con gusto – aceptaré que me lleves Efraín.

— Claro – dijo él, mientras ella se dirigía al coche de Efraín – Te debo una, Pablo. – susurró Efraín a su compañero, que sonrió divertido.

Álvaro estaba sentado en su despacho, ya había recibido el informe de Efraín y todo marchaba según lo planeado. Se echó hacia atrás extendiendo la pierna, el frío comenzaba a causarle molestias, y cuando llegara el invierno sería peor. Cerró los ojos, tratando de pensar en otra cosa, debía concentrarse, faltaban pocos minutos para que llegara Miguel, y frente a él no podía dejar entrever ninguna muestra de debilidad, o todo se vendría abajo. Respiró profundo, buscó fuerzas en la ira que albergaba contra sus enemigos, si sentía dolor, ellos eran los responsables, los que lo habían sacrificado como a un cordero, pero contra todo pronóstico el cordero había regresado a la vida en forma de lobo.

Tocaron la puerta, él había logrado superar el momento de debilidad, seguía doliéndole, pero ahora podía ignorarlo. María se asomó, asustándose un poco con la expresión de su rostro. Tenía una severidad que no era común en Álvaro, sin embargo, ella comprendió que ese estado de ánimo no estaba relacionado con ella.

— El señor Miguel Valladares está aquí.

— Hazlo pasar, por favor, María – respondió él con amabilidad.

Miguel entró con paso firme, y una sonrisa pintada en el rostro. Aunque hacía lo posible por disimular, era obvio que estaba sorprendido. La mansión había tenido el efecto que Álvaro esperaba sobre él. Sus ojos miraban los

cuadros, esculturas y jarrones, tasando cada pieza. Hubiera vendido su alma al diablo para que esa casa le perteneciera, con todo su contenido. Era la reacción que Álvaro quería, y él papel que se había asignado a sí mismo era el del diablo, aunque lo que Valladares obtendría a cambio de su alma, no sería la casa.

— Buenas tardes, señor Valladares – saludó Álvaro con formalidad - Bienvenido.

— Buenas tardes señor Del Valle – respondió Miguel sonriendo – Es un placer volver a verlo. Lo felicito, tiene usted una casa extraordinaria.

— Cumple bien su función.

— Desde luego, quería decirle que me siento honrado de ser recibido en ella.

— ¿Cómo están su esposa y sus hijos, señor Valladares?

— Bien, muy bien. Por cierto, nuestros amigos, Francisco y Emilio, le envían saludos.

— Gracias – respondió Álvaro como un formulismo – por favor siéntese – lo invitó, señalándole una silla frente a su escritorio.- ¿Desea tomar algo?

— Un brandy estaría bien, – aceptó Miguel – ayuda con el frío.

— Claro – dijo Álvaro, y caminó hasta una mesa bar donde reposaban varias botellas y copas. Sirvió el brandy para su invitado, y se lo entregó en la mano.

— Gracias ¿Usted no toma nada?

— Me disculparé que no lo acompañe. Nunca tomo licor a esta hora.

Miguel sonrió azorado, había cometido un error al pedir licor tan temprano, no quería que su anfitrión pensara que era un borracho. Notó además, que tenía una expresión severa, muy diferente de la amabilidad que había mostrado durante la cena. Se puso nervioso, no quería echar a perder la oportunidad de un negocio lucrativo.

— Le agradezco que haya venido, señor Valladares. Comprendo que es usted un hombre muy ocupado. Por eso trataré de ser breve.

— Siempre tengo tiempo para un cliente y amigo como usted. – dijo Miguel, que tenía la esperanza de que esa reunión de negocios le permitiera acercar su relación con Álvaro.

— Bien – continuó Álvaro, ignorando la intención de amistad – le explicaré de qué se trata. Como tal vez ya sepa, “Elektronik Technologies”, fabrica componentes electrónicos para equipos de alta tecnología. – Miguel asintió - Es un negocio que abarca un amplio abanico de clientes y es muy lucrativo, – los ojos de su interlocutor brillaron – pero eso atrae a otras empresas multinacionales que desean competir en el mismo terreno.

— Es de esperar.

— De momento, no es un problema preocupante, – aclaró Álvaro - pero me gusta adelantar las soluciones, antes de llegar a ese punto.

— Es usted un hombre previsor - dijo Miguel aprovechando la oportunidad de adularlo.

— El caso es que queremos abaratar los costos del producto final sin reducir la calidad, y una de las mejores maneras de hacerlo es obtener mejores precios por la materia prima.

— Muy inteligente – apuntó Miguel, Álvaro lo miró, e hizo un esfuerzo por soportarlo. La adulación del individuo comenzaba a provocarle náuseas.– Uno de los componentes más importantes en las piezas que fabricamos es el cobre. Por eso hemos decidido adquirir una empresa de procesamiento de cobre, para que nos suministre la materia prima que necesitamos. Y es ahí donde entra usted.

— Desde luego, señor Del Valle, ¿Qué necesita?

— Julián me ha entregado el informe de dos procesadoras de hilos de cobre, cuyos dueños están dispuestos a vender. – le entregó ambos dossier- La primera es la “Procesadora Maginsa”, pertenece a una familia, es pequeña, pero suficiente para cubrir nuestras expectativas, temporalmente. La segunda “Cobres Huelva”, excede un poco nuestras necesidades inmediatas, pero nos permitiría cubrir demandas a futuro. Lo que queremos de usted, es que haga una auditoria a cada una y nos informe cuál nos conviene comprar en función de sus estados financieros. ¿Puede realizar el trabajo?

— Desde luego. Cuento conmigo, le daré un informe detallado para que tome la mejor decisión.

— Por supuesto que usted recibirá una comisión del dos por ciento del monto total de compra de la empresa.

— Eso es muy generoso, señor Del Valle.

— Es lo más justo – reconoció Álvaro.- Le agradezco que me avise a través de Julián cuando disponga de los resultados.- Álvaro se levantó del asiento.

— Lo haré, señor – dijo Miguel levantándose, al comprender que la entrevista había terminado – Me gustaría invitarlo algún día a tomar una copa, si dispone de tiempo, claro.

— Le avisaré – respondió Álvaro estrechándole la mano.

Álvaro lo acompañó a la salida del despacho, mientras Miguel se retorció el cerebro buscando una excusa para quedarse, e iniciar una conversación más personal. Del Valle estaba resultando un hueso duro de roer, pero al menos lo había hecho partícipe de uno de sus negocios, aunque Miguel no pensaba conformarse con el dos por ciento, por muy generosa que resultara

la oferta. Álvaro, por su parte, no veía el momento de perder de vista a ese sujeto, sus intentos por ser simpático y su adulación lo ponían enfermo. Pero era necesario que él mismo lanzara el anzuelo con la carnada, si lo hubiera hecho Julián, no tendría el mismo efecto.

En la puerta del despacho lo recibió María con una sonrisa, y lo escoltó hasta la salida, donde uno de los vigilantes le abrió la puerta del coche. Miguel salió de allí pensando que esa casa tenía más seguridad que el palacio del Rey, y después de ver su interior, comprendió la razón. Había más obras de arte que en un museo. Se sintió miserable. Y pensar que él se veía a sí mismo como un hombre rico. Si se comparaba con Del Valle era un pobre diablo. La idea le causó desasosiego. Necesitaba estar al nivel del maldito lisiado, a ver si entonces le negaba que lo tuteara.

Madrid 2005 - Encuentros.

Álvaro miraba a través de la ventana hacia el bosque. Había estado trabajando, pero el dolor de la pierna le dificultaba concentrarse. Repasó en su mente todos los detalles de su plan, concluyendo que todo parecía marchar bien. Sin embargo no podía evitar sentirse preocupado, sus actos tendrían consecuencias no solo sobre sus enemigos, sino también sobre las personas que los rodeaban que eran inocentes.

En especial le preocupaban Irma y sus hijos. Él sabía que su hermana no era feliz con su marido, pero no alcanzaba a prever el impacto que tendría sobre sus vidas lo que estaba en marcha. Sin embargo no podía detenerse, hacerlo sería lo mismo que ser cómplice de esos desalmados. Él no era la única víctima, también María, Daniel, y muchos otros, cuyas vidas habían destrozado para beneficio propio, y para quienes la verdad podía resultar un alivio o una reivindicación. Debía continuar, tratando de proteger a los inocentes en la medida que pudiera.

María entró al despacho y lo vio pensativo. Sabía lo difícil que debía ser para él lo que estaba haciendo, y lo admiraba por su valor. Estaba preocupada. A lo largo de los años había aprendido a quererlo como a un hermano, por lo que sabía que Álvaro guardaba para sí todos los problemas, que era muy protector con aquellos que quería, y que muchas veces cargaba responsabilidades excesivas sobre sus propios hombros. Lo había comentado con Efraín, con quien comenzó a tener una relación más allá de la amistad. También Efraín estaba preocupado, y le prometió hacer lo posible para proteger a su amigo común.

— Álvaro, ¿te encuentras bien? – le preguntó.

— Sí, muy bien – respondió él volteándose a mirarla.

— Pareces preocupado.

— Un poco, sí – reconoció – Hay muchos detalles que debo vigilar – se acercó a ella sonriéndole – No te preocupes, estoy bien.

— ¿Te duele la pierna? – le preguntó María, que notó que cojeaba un poco al caminar.

— No más que otros años por esta fecha.

— ¿Por qué no dejas que te vea un médico, Álvaro? Tal vez pueda darte algo que te alivie el dolor.

— He visto muchos, María, todos dicen lo mismo, que solo pueden aliviar temporalmente el dolor con analgésicos, pero no quiero convertirme en un adicto. Eso me asusta más que tener que soportarlo – le acarició la mejilla – No te preocupes, son muchos años, ya estoy acostumbrado.

— ¿Puede alguien acostumbrarse al dolor? – preguntó ella, escéptica.

— Se puede aprender a vivir con él – dijo Álvaro conmovido por la preocupación de ella – Creo que iré a dar una vuelta.

— ¿No sería mejor que descansaras?- protestó María.

— Tal vez, pero también debo cuidar que no se atrofién los músculos, o tendré que cambiar el bastón por muletas, o una silla de ruedas, y con eso no quiero aprender a vivir.

— ¿Quieres que te acompañe? – preguntó ella.

— No, gracias, en realidad, necesito pensar. Llevaré a pasear un rato a Zeus.

María lo vio salir, cojeaba, y debía apoyar parte de su peso en el bastón, tenía que dolerle mucho. Se sintió impotente, hubiera querido poder ayudarlo, como él siempre hacía con ella y con Daniel. Álvaro salió al jardín, y silbó para llamar a Zeus, que acudió corriendo, mientras movía la cola. Álvaro le acarició la cabeza y el cuello, como siempre hacía. Uno de los hombres de Efraín se le acercó.

— Buenas tardes, señor.

— Buenas tardes.

— ¿Piensa salir?

— Solo daré un paseo por el bosque.

— ¿Desea que lo acompañe, señor?

— No, gracias.

— Permítame que insista, señor. El bosque puede ser un lugar peligroso. Es ideal para un asalto o un secuestro, y tenemos órdenes del señor Sánchez, de protegerlo de cualquier riesgo.

— Hijo, – le respondió Álvaro - te aseguro que soy perfectamente capaz de defenderme y que he estado en lugares más peligrosos que ese bosque. Te agradezco la preocupación, pero quiero estar sólo.

— ¿Y qué le digo al señor Sánchez cuando me pregunte por qué le permití ir solo al bosque, contraviniendo sus órdenes? – preguntó el joven, un poco asustado.

— Dile que su jefe es un cabezota que no atiende a razones- respondió Álvaro sonriendo – Estoy seguro que te comprenderá. Vamos, Zeus.

Álvaro caminó en dirección al bosque con Zeus rondándolo y explorando su entorno. Él avanzaba despacio por culpa de la pierna, sin embargo caminar entre los árboles le hizo sentirse mejor. Desde que era un chiquillo le había gustado estar al aire libre, y antes de su encuentro con Ana, pasaba mucho tiempo en un bosque que aunque quedaba bastante lejos, era su favorito. El recuerdo de su juventud trajo a su memoria a su familia. De los suyos, sólo podía

decir que lo habían abandonado a su suerte, y que habían seguido adelante con sus vidas, aunque por lo visto no lograron ser felices. Álvaro lo lamentaba, hubiera preferido que Irma tuviera mejor suerte en su matrimonio, que su madre no fuera tratada como una sirvienta, y que su padre no estuviera tan sólo. Pero no estaba en sus manos mejorar la suerte de su familia, aún. Siguió avanzando, ignorando el dolor, disfrutando del paisaje y de la despreocupada alegría de Zeus, que avanzaba, exploraba, y regresaba para acompañarlo, como si el bienestar de su amo fuera su responsabilidad.

Irma y Martina terminaron de colocar los bocatas y las frutas en la cesta para la merienda. Erika había recibido la visita de su mejor amiga, Amanda, y ambas niñas convencieron a Irma de que las llevara de picnic al bosque. Era algo que hacían con frecuencia, y que les gustaba mucho a los pequeños, porque podían corretear y jugar a su antojo. Algunas veces veían algún conejo, o una ardilla, y se sentían como exploradoras. Samuel era aún muy pequeño para jugar con su hermana, pero también disfrutaba a su manera del lugar. En esos paseos, Irma y Martina aprovechaban para conversar. Irma estaba convencida de que Miguel les pagaba a algunos de los empleados para que lo mantuvieran informado de lo que ella hacía o decía. Era espiada en su propia casa, y el bosque era el único lugar donde podía sentirse libre.

El bosque lindaba con la mansión de Oria, que estaba a un par de calles de la casa de los Valladares. Desde siempre, era visitado por todos los vecinos, que lo utilizaban para caminar, hacer footing, o cualquier otra actividad al aire libre. Sólo algunos sabían que ahora era propiedad privada, pero como Álvaro no había restringido el paso, la mayoría continuaba considerándolo de uso público.

— ¿Adónde queréis ir? – preguntó Irma a las dos niñas.

— Al lago, – dijo Amanda sin titubear – allí podremos jugar, y luego sentarnos a merendar.

— Vale.

Llegaron al claro que rodeaba el lago. Martina colocó la cesta sobre una piedra, esperando que los chiquillos tuvieran hambre. Las niñas comenzaron a corretear por los alrededores, e Irma sentó a Samuel en el suelo, a su lado. Ella y Martina usaron un par de piedras como asiento. Hacía mucho tiempo que no podían conversar.

— ¿Cómo están las cosas con Miguel? – le preguntó Martina.

— Muy mal – le confesó Irma, suspirando – lo bueno es que no me dirige la palabra, lo malo, es que parece obsesionado con algo que no consigue, y está de muy mal humor.

— ¿Con qué?

— No lo sé.

— Irma, – dijo Martina en tono perentorio, la conocía bien – tú sí sabes qué le pasa.

— Sí lo sé, pero me avergüenza confesártelo hasta a ti.

— Habla, cariño – insistió Martina – Te hará bien hablar de ello.

— Parece que la cena del otro día no dio los resultados que esperaba.

— ¿La que ofreció al nuevo vecino? – preguntó Martina.

— Sí, él creyó que podía convertirse en el mejor amigo de Del Valle, y no ha resultado así.

— ¿Por qué el interés?

— Es un hombre extraordinariamente rico. Miguel quiere sacarle provecho, también sus amigos, pero por lo visto no es tan tonto como pensaban, y ha mantenido las distancias. No se ha rendido a sus alabanzas, ni a su oferta de amistad.

— Es un hombre peculiar – dijo Martina – Debo reconocer que la forma en que trató a Erika me conmovió, pero me parece que esconde muchas cosas.

— Sí, a mí me causó una impresión parecida, aunque debo reconocer que me simpatiza, hay algo en él que, no sé, me resulta familiar.

— ¿Y qué es lo que te avergüenza? – preguntó Martina.

— Miguel me dijo que él me había mirado de cierta forma que le hizo pensar... tú sabes.

— ¿Y es cierto?

— No lo sé, sólo me transmitió simpatía, es lo único de lo que estoy segura.

— ¿Entonces Miguel está celoso? ¡Qué morro!

— Es peor – dijo Irma, Martina la miró con sorpresa – Quiere que coquettee con él.

— ¿Pero qué estás diciendo?

— Lo que oyes, mamá – le contó Irma con lágrimas en los ojos - Mi marido quiere que coquettee con su cliente, para que él pueda establecer una relación más cercana, de amistad. Dice que de esa forma, Del Valle se acercará a él, bien por sentimiento de culpa, o para poder aproximarse a mí.

— ¡Pero qué cabrón! – exclamó Martina indignada – Te negaste, por supuesto.

— Desde luego, pero no sabes la que me montó.

— ¡Es inaudito! - se quejó Martina.

Ambas mujeres se interrumpieron cuando escucharon unos ladridos y las risas de las niñas. Irma se secó las lágrimas mirando hacia donde estaban las pequeñas, entonces las vio jugando con un hermoso perro labrador que

correteaba entre ellas. Martina también las vio, y ambas se preocuparon porque aunque el perro parecía amistoso, no sabían de dónde había salido.

— ¡Erika, Amanda! ¡Venid!- les gritó.

— ¡Mira qué bonito, mamá! – le respondió Erika, señalando al perro.

— Erika, aléjate de ese perro – le dijo Martina - No sabemos si muerde.

Las niñas corrieron hacia las dos mujeres para tratar de convencerlas de que las dejaran seguir jugando con su nuevo amigo. Se escuchó un silbido, y el perro corrió hacia el lugar del bosque de dónde provenía. Irma y Martina miraron preocupadas en aquella dirección, ese era un lugar muy solitario y ellas eran dos mujeres solas con niños. Estaban acostumbradas a encontrar a los vecinos, pero que ellas supieran, ese perro no pertenecía a ninguno, era la primera vez que lo veían, por lo que temieron tropezar con un desconocido.

Minutos después se relajaron un poco al ver aparecer a Álvaro con el perro a su lado. Caminaba despacio, cojeando visiblemente, mucho más que el día que visitó su casa. Ambas comprendieron que lo que fuera que le afectaba la pierna, debía dolerle en ese momento. Zeus trotó alegremente hasta donde estaban las niñas, con la intención de continuar la diversión. Erika miró suplicante a su madre y a su abuela, pero ellas no sabían qué hacer. El carácter del perro seguía siendo desconocido para ellas, y temían que mordiera a alguno de los niños.

— ¡Zeus! – llamó Álvaro, y el perro corrió a su lado - ¡Ruhig! ¹ – el perro se calmó inmediatamente- ¡Sit! ² – Se sentó, aunque no dejó de mirar alternativamente a su amo y al lugar donde estaban las niñas, repitiendo con la mirada el ruego de Erika con su madre.

— ¡Álvaro! – gritó Erika, la única que tenía permiso de tutearlo, corrió hacia él, que se agachó y lo abrazó – ¿Es tuyo? – preguntó señalando a Zeus, que permanecía inmóvil gimiendo.

— Sí – dijo él levantándose apoyado en el bastón.– Aunque creo que en este momento cambiaría de amo con gusto.

— Buenas tardes señor Del Valle – saludó Irma sonriendo.

— Buenas tardes, espero que no haya molestado – dijo él señalando a Zeus – No sabía que había alguien cerca, o no le hubiera permitido corretear.

— Parece muy bien educado, – observó Martina – mejor que algunas niñas que conozco.

— Sí, está entrenado.

— Mamá, abuela ¿podemos jugar con él? – preguntó Erika con un mohín – Es de Álvaro, tiene que ser un perro bueno.

— ¿Muerde? – quiso saber Irma.

— No – respondió Álvaro – Es bastante dócil.

— Está bien, – aceptó Irma - pero tened cuidado con él, que no es un juguete.

— ¿Lo dejas? – preguntó Erika a Álvaro, viendo que el perro no se movía a pesar del permiso de su madre.

— ¡Spiel ³ – dijo Álvaro a Zeus acariciándole la cabeza, el perro no esperó una segunda orden, y comenzó a corretear con las niñas.

— ¿Desea sentarse? – le preguntó Irma señalando una roca.

— Gracias.

Álvaro se sentó, extendió la pierna y la apretó con la mano para aliviar la molestia que sentía.

— ¿Sufre de gota?

— No, tuve varias fracturas hace algunos años, la pierna nunca quedó bien.

— ¿Un accidente? – preguntó Martina.

— De automóvil. Locuras de juventud.

— Lo siento.

— No importa. Fue hace muchos años.

Erika y Amanda, con las caras enrojecidas y sudorosas, se plantaron frente a Álvaro con una rama en la mano.

— Álvaro – lo interpeló Erika - ¿podemos lanzar el palo al lago para que Zeus lo busque?

— ¿Cómo haces que te obedezca? – preguntó Amanda - ¿por qué le hablas tan raro?

— A ver, – dijo él, sonriendo con paciencia, mientras Zeus ladraba llamando a sus compañeras de juegos, que no le prestaban atención en ese momento - le hablo así porque Zeus fue entrenado en alemán, así que ese es el idioma que entiende.

— ¿Y tú hablas alemán? – preguntó Erika sorprendida.

— Claro, viví muchos años en un país donde lo que se habla es alemán.

— ¿Y si queremos que nos obedezca como lo hace contigo, tenemos que hablar alemán? – preguntó Amanda, con la decepción pintada en su rostro.

— Eso me temo - reconoció Álvaro.

— ¿Y puede entrar en la laguna? – preguntó Erika.

— Creo que lo está deseando – respondió Álvaro.

— ¡Bien! - gritaron ambas a la vez, mientras corrían a seguir el juego.

— Gracias. – dijo Irma – No las había visto divertirse tanto desde hacía mucho tiempo.

— Los niños y los perros sienten una atracción natural entre ellos, – reflexionó Álvaro - quizás se deba a que son los únicos que conservan el conocimiento de lo que realmente es importante.

— Es extraño oír hablar así a un hombre de negocios.

— Sí, supongo que sí – reconoció Álvaro riéndose - pero no todo es lo que parece.

— No parece el mismo hombre que visitó mi casa – observó Irma con atrevimiento.

— Es muy perceptiva. – respondió él – Si su esposo la escuchara, alcanzaría más fácilmente sus objetivos.

— ¿Qué sabe usted de mi esposo? – preguntó Irma poniéndose a la defensiva.

— Lo siento – dijo él, comprendiendo que sus palabras habían sido interpretadas en otra dirección, y era lógico, ella no sabía que él era su hermano – No quise ofenderla. Sólo quise decir, que las mujeres tienen un sexto sentido que los hombres muchas veces no sabemos comprender, y que haríamos bien en escuchar.

— Es una afirmación curiosa en un hombre soltero – dijo ella, Martina la miró sin poder creerlo, Irma no solía ser tan descarada.

— Es verdad, - reconoció él – pero tengo la suerte de contar con una buena amiga muy perceptiva e inteligente.

— ¿María?

— Sí, María.

— ¿La conoce desde hace mucho? – preguntó Irma.

— Veinte años – dijo él – Es una buena amiga, para mí es como una hermana.

Curiosamente, la afirmación de que María era para él como una hermana incomodó a Irma. Hubiera preferido pensar en ella como su amante, pero por alguna razón sabía que Álvaro le decía la verdad, y sintió una punzada de celos. Lo que le ocurría con aquel hombre era extraño, no estaba dispuesta a ofrecerse a él, como pretendía Miguel, esa idea le ocasionaba rechazo, sin embargo hubiera querido cultivar su amistad, poder compartir muchos momentos como ese, y ocupar el lugar que ahora tenía María.

Martina casi no había hablado, pero lo observaba desde la piedra en la que estaba sentada. La noche que lo conoció sólo pudo llevarse una impresión momentánea, de pocos minutos, pero ahora podía observarlo, y él parecía también más relajado, más natural en ese ambiente. Había algo en su mirada y su sonrisa, que la movía a sentimientos de calidez y afecto. También sus gestos le eran familiares. En un momento él la miró, le sonrió y asintió, como si

comprendiera lo que ella estaba pensando.

Las mujeres le preguntaron si tenía apetito, él declinó la invitación, llamaron a las niñas para que merendaran, momento que él aprovechó para levantarse y despedirse. El descanso le había aliviado, llamó a Zeus, que se sacudió al salir de la laguna antes de acercarse a su amo. Las chiquillas querían que se quedara, y seguir jugando después de merendar, pero Martina les advirtió que al terminar regresarían a casa. Álvaro se despidió de las niñas, sonrió a Irma y a Martina y se fue por el mismo sendero por el que había llegado. Al observarlo mientras se marchaba, Irma comprendió que Miguel lo estaba subestimando. Martina por su parte, trataba de recordar dónde lo había visto antes, porque si de algo estaba segura, era que lo había conocido tiempo atrás.

Madrid 2005 - Cerrando el cerco.

David Méndez revisó el material que había conseguido, aquello levantaría ampollas, estaba seguro. Sus clientes habían sido muy claros en cuanto a la confidencialidad del asunto, nada de prensa, no debía revelar sus descubrimientos a nadie, sino en el momento en que fuera llamado a testificar, porque lo que estaba claro era que a ese tipo al que seguía se le iba a caer el pelo.

David era el mejor detective privado de la ciudad, había sido policía y lo retiraron del cuerpo por un problema de faldas. Al inspector jefe no le cayó bien que se acostara con su mujer. Paradójicamente, ahora se dedicaba a perseguir maridos y mujeres infieles, pero este trabajo era otra cosa, por eso lo aceptó sin titubear a pesar de los riesgos. Además estaba muy bien pagado. Habían triplicado sus honorarios normales.

Su cliente estaba por llegar y David no podía esperar a mostrarle sus descubrimientos. Nadie imaginaba que ese tipo anduviera en esos manejos. Nadie, excepto el hombre que lo contrató, y que despertó su curiosidad desde el primer día. Su secretaria entró para anunciarle que el señor Pedro González había llegado. David estaba seguro que ese era un nombre falso, pero en realidad mientras pagara, le daba igual cómo se llamara su cliente.

— Hazlo pasar – ordenó David.

— Buenas tardes, – saludó Efraín extendiéndole la mano – tengo entendido que descubrió lo que buscábamos.

— Así es – dijo David entregándole un informe, y un sobre con fotos - Fue tal como usted dijo. ¿Dónde obtuvo esa información?

— Eso es confidencial – advirtió Efraín, mientras miraba complacido las fotos que le entregó el detective. Aquella era la pieza que faltaba, y una de las más importantes.

— ¿Satisfecho? – preguntó David.

— Mucho – dijo Efraín, sacando un sobre que entregó al detective.

— Un placer hacer negocios con usted, señor González – le respondió David contando el dinero.

Efraín se despidió, se levantó y salió. Ya estaban preparados, ahora solo había que esperar que se produjera el primer movimiento del lado contrario, Álvaro estaba muy seguro que morderían el anzuelo y Efraín confiaba en su amigo. Nunca lo había visto fallar.

Miguel se reunió con Nadal y Flores en el club. Reservaron un apartado para poder conversar sin ser interrumpidos. Miguel estaba entusiasmado, había estudiado el negocio que le planteó Del Valle y había encontrado una forma de

multiplicar las ganancias. Pero necesitaba la colaboración de sus socios, era demasiado el dinero que tendrían que invertir, aunque las ganancias estaban garantizadas y valdría la pena. El mesonero les sirvió las copas, luego recibió la orden de no molestarlos más. Francisco y Emilio se miraron sorprendidos.

— ¿Y bien? – preguntó Emilio - Dinos cuál es ese gran negocio que piensas proponernos.

— Sí, porque el asunto Del Valle fue un fracaso – apuntó Nadal - el maldito cojo no soltó un euro, ni para campañas políticas, ni para patrocinios musicales.

— Pero sí va a soltar para negocios – informó Miguel.

— ¿En serio? – preguntó Nadal, que ya había perdido la esperanza de desplumar al empresario.

— ¿De qué se trata?- preguntó Emilio.

— Es muy sencillo, – explicó Miguel – eso es lo hermoso. Quiere comprar una procesadora de cobre para que suministre materia prima a su empresa. Me ha dado dos opciones, y me ha pedido que tase cada una para que le ofrezca la mejor alternativa, pagándome un dos por ciento de los beneficios de la venta.

— Muy buen negocio para ti – reconoció Emilio - ¿En qué nos beneficiamos nosotros?

— ¿No lo veis? – preguntó Miguel - Ya hice las averiguaciones preliminares, la más pequeña, “Procesadora Maginsa”, requiere una fuerte inversión para que sea rentable, por eso la están vendiendo a muy bajo precio.

— Entonces le recomendarás que compre la otra – supuso Nadal.

— Al contrario, nosotros compraremos esa – informó Miguel.

— ¿Nosotros? – preguntó Nadal sin entender - ¿Para qué queremos una procesadora de cobre en déficit?

— Es sencillo, nosotros la compramos al precio que la venden sus actuales propietarios, pero cuando le entregue la evaluación a Del Valle, triplico el precio, luego le convengo de que es la mejor opción.

— Claro – dijo Emilio comprendiendo.- él creará que la compra a sus dueños originales, y por lo tanto tu evaluación es imparcial.

— Exacto, pero en realidad, nos estará pagando a nosotros tres veces lo que vale.

— Me gusta – afirmó Nadal - ¿Cuánto hay que poner?

— Ese es el único problema – reconoció Miguel- A pesar de ser barata, es una empresa metalúrgica que vale mucho dinero. Necesitamos noventa millones de euros para poder comprarla, pero la pienso tasar en doscientos setenta.

— Eso son treinta millones de euros por cabeza. No dispongo de esa liquidez.- se quejó Nadal.

— Ninguno de nosotros – reconoció Miguel, que conocía las finanzas de todos – pero algo podremos vender o hipotecar. Es un negocio seguro.

— ¿Cuándo lo necesitas?

— Cuanto antes, no puedo retrasar mucho la entrega del informe sin levantar sospechas. Seis semanas, como muy tarde.

— Dalo por hecho, – dijo Emilio, Francisco asintió – nuestro amigo Del Valle nos dará buenos beneficios.

Madrid 2005 - Un mal concierto.

Álvaro y María bajaron del coche en la sala de conciertos. Habían recibido la invitación de Nadal para asistir a una presentación donde él era el director. Ángela Nadal, los Valladares y Emilio Flores, los esperaban en la puerta y los saludaron cuando entraron. Miguel los invitó a acompañarlos, compartirían un palco. Álvaro se sorprendió cuando Valladares ofreció su brazo a María, Emilio hizo lo propio con Ángela. Por lo visto querían que Irma lo acompañara, y temió que ella se hubiera prestado a sus manipulaciones, pero la expresión de incredulidad de su hermana le hizo comprender lo que ocurría. El malnacido de Miguel le estaba ofreciendo a su esposa para ganarse su favor. Probablemente había notado la simpatía que él sentía hacia Irma, y la había malinterpretado. Álvaro estaba asqueado y sintió un profundo dolor por su hermana cuando comprendió que ella ya sabía lo que su marido se proponía. Le sonrió y le ofreció el brazo, que ella aceptó casi con temor. Mientras caminaban, él le susurró al oído.

— No se preocupe, no dejaré que la utilicen de esa forma.

Ella lo miró sorprendida, al comprender que Álvaro era consciente de las manipulaciones que se estaban llevando a cabo por debajo de la superficie. Se preguntó por qué estaba allí, si sabía de lo que eran capaces Miguel y sus amigos, entonces recordó lo que Martina le había dicho acerca de la impresión que tenía de que Del Valle ocultaba algo. Decidió ser cautelosa, sentía que estaba en una jaula de leones que podían lanzarse unos contra otros en cualquier momento.

Se instalaron en el palco, en el mismo orden en el que llegaron y esperaron el inicio del concierto. Había sido muy publicitado, como todos los que dirigía Nadal, así que el aforo estaba lleno. Francisco tenía la esperanza de que eso animara a Del Valle a invertir en el patrocinio de sus conciertos, pero Álvaro tenía otros planes para él. En el patio también habían asistido al concierto dos personas que Nadal no podía imaginar que estaban allí, uno era Daniel, el otro, Javier Santos.

Los músicos ocuparon sus lugares, el público sus asientos, y el silencio comenzó a hacerse en la sala, con excepción de alguna tos ocasional. Minutos después apareció Nadal, con un elegante traje negro, entonces saludó al público con una inclinación, mientras recibía los aplausos de bienvenida. Luego se paró frente a su atril, llamó la atención de los músicos quienes prepararon sus instrumentos dando comienzo al concierto. Como Álvaro sospechaba, no había mejorado mucho con los años. Era un director mediocre, la música que

escuchaban era plana, sin sentimientos, una ejecución fiel de la partitura, eso sí, pero le faltaba la esencia, esa capacidad de comprender lo que quiso transmitir el compositor, interpretarlo, y reflejarlo en la ejecución para que pudiera llegarle al público con fidelidad.

María, que a lo largo de los años, había aprendido a comprender la música, mientras Daniel desarrollaba su talento, volteó hacia Álvaro y con la mirada le dijo todo. Nadal era un farsante, un simple producto de una fabulosa inversión en publicidad y críticos comprados. Nadie que supiera algo de música podía darle crédito, pero la fuerza de la propaganda no puede ser desechada, y el dinero de Miguel Valladares lo había convertido en una celebridad. Álvaro no podía creer que alguien fuera tan torpe, pero eso le venía bien a sus planes. Nadal se llevaría una sorpresa cuando el único crítico al que nunca había podido comprar escribiera su reseña.

Javier Santos, músico de larga trayectoria, tuvo que dejar su carrera después de un accidente que le comprometió el uso de las manos. Por sus invaluable conocimientos fue contratado como crítico, llegando a ser uno de los más respetados. Era un hombre honesto que no se dejaba comprar, y en uno de los primeros conciertos de Nadal, dejó clara su opinión. Francisco y Miguel comenzaron a presionarlo para que cambiara su línea editorial, él se negó, así que Miguel compró sus deudas, la hipoteca de su casa, de su coche, de sus tarjetas de crédito, entonces usó esas deudas para dejarlo en la calle. Luego amenazó a los periódicos que compraban sus artículos con retirarles todo tipo de crédito si volvían a publicarlo. El resultado fue que Santos quedó arruinado y su opinión fue sepultada en una avalancha de críticos sobornados o amenazados.

Después de eso, Santos se refugió en el alcohol. Cuando Efraín finalmente lo encontró, lo convenció de llevar a cabo un programa de desintoxicación, le entregó un piso pequeño, pero cómodo, y convenció a los principales periódicos del país de publicar sus artículos, garantizándoles que no tendrían represalias, y si llegaban a tenerlas, su jefe les proporcionaría el crédito que el banco les negaba. Cuando supieron a quién representaba Efraín, no el hombre, sino la empresa, quedaron satisfechos y aceptaron. Ahora Javier estaba sentado en el patio, escuchando el peor concierto que había tenido la desdicha de presenciar, tomaba notas, con la intención de publicar su artículo al día siguiente.

Daniel también ocupaba un asiento en el patio de butacas. Decidió que ese era el día que quería ver a su padre y Álvaro respetó su decisión. El chico lo observó desde su posición privilegiada, lo percibió altivo, engreído, con la arrogancia de la mediocridad que cree sus propios engaños. Daniel casi no

escuchaba el concierto, cualquier estudiante de cursos intermedios podía hacerlo mejor que aquel tipo. Pero a él le interesaba más observar al hombre, ese era el hijo de puta que violó a su madre cuando tenía quince años, el que hizo que naciera con el estigma de ser el producto de un acto brutal y despreciable.

Sin embargo su madre cambió eso, fue capaz de separar el desprecio hacia el responsable del forzamiento, de la criatura inocente que resultó como consecuencia. Siempre lo hizo sentir importante y deseado, por eso había logrado superar el trauma de su origen. Cuando tuvo la edad suficiente para comprender, las dos personas más importantes de su vida, su madre y Álvaro se lo contaron, pero su autoestima estaba fortalecida gracias a ellos, así que pudo superarlo. Pensó en Álvaro, el hombre que se atribuyó la misión de reparar los daños que habían ocasionado esas hienas, de solidarizarse con sus víctimas, cuando él era quien más motivos tenía para odiarlos. Álvaro había ocupado el lugar de su padre, un padre protector y cariñoso. El hecho de que no tuviera ninguna obligación hacia él, hacía que al afecto, Daniel le sumara la gratitud. Se sintió afortunado, había cambiado a Francisco Nadal por Álvaro como padre, y definitivamente había salido ganando.

El concierto terminó, el público aplaudió sin mucho entusiasmo, por puro formulismo. Algunos se levantaron antes que Nadal terminara de saludar y retirarse, era obvio que se habían aburrido y estaban deseando salir de allí. Daniel fue uno de los primeros que abandonó el teatro, Álvaro le había pedido que no se dejara ver, no quería tener que explicar su presencia en ese lugar. Javier en cambio se quedó merodeando cerca de la puerta, quería que Francisco Nadal lo viera antes de salir, que se diera cuenta que había vuelto a la vida, y que haría todo lo posible para derribar los pies de barro sobre los que se sustentaba. Lo consiguió, ya casi todo el público había abandonado el edificio, cuando los amigos de Nadal bajaron del palco, él fue a reunirse con ellos y en su camino vio a Santos, que le dirigió una sonrisa irónica. Nadal palideció, sabiendo lo que significaba la presencia del crítico, que parecía un poco envejecido, pero en perfectas condiciones.

A Álvaro no se le escapó la expresión de Nadal, e hizo lo posible por no reflejar la satisfacción que sentía. Miguel también vio a Santos, y miró a Nadal, confundido. Sin embargo trató de disimular.

— ¡Excelente concierto, amigo mío! – exclamó Miguel al ver a Francisco – Te felicito, estás entre los grandes.

— Gracias – dijo Nadal, aún preocupado por la presencia de Santos - Aunque no siento que esté en mi mejor momento.

— Tonterías. ¿Qué opina usted, don Álvaro? – preguntó Miguel - ¿Le gustó?

— Fue diferente a todo lo que había escuchado – respondió Álvaro, evasivo.

— ¿Lo ves? El señor Del Valle es un gran conocedor de la música, y le gustó.

Irma miró a su marido, había observado la expresión de Álvaro toda la noche, y las miradas que cruzaba con María, justo en los momentos en que Nadal hacía gala de su torpeza. Irma también sabía reconocer la buena música, había crecido escuchando a su hermano tocando el piano, y asistía a conciertos desde que tenía memoria, sabía muy bien que Nadal era un farsante, y que Del Valle lo tenía claro. De hecho, sus palabras podían ser interpretadas en un sentido completamente inverso al que entendió Miguel. Sin embargo, algo había llamado la atención de Irma, que ahora estaba más atenta al cliente de su esposo, Del Valle no parecía decepcionado por tener que escuchar un mal concierto, al contrario, se veía satisfecho, como si fuera lo que esperaba. Irma comenzó a tener la impresión de que Álvaro Del Valle, no solo ocultaba algo, sino que era un hombre peligroso.

Los efectos del artículo publicado por Santos no se hicieron esperar. Era la primera vez que alguien tenía el valor de decir la verdad sobre Nadal, que era un farsante. La reseña además, no era una simple opinión, cada crítica estaba apoyada por argumentos consistentes, respaldados por las notas que Santos había tomado durante el concierto. Tuvo otra consecuencia adicional, Santos había sido un ejemplo para los demás críticos acerca de lo que les podía pasar si daban su opinión en forma honesta, pero al resurgir de sus cenizas, muchos cobraron valor, así que cambiaron sus opiniones, argumentando que Nadal estaba en decadencia.

Francisco se presentó en la casa de Miguel con el periódico en la mano. Estaba fuera de sí, desde que salió de Juilliards no había tenido una crítica negativa, y había llegado a creerse sus propias mentiras. Se veía a sí mismo como un genio de la música, así que su ego inflado no aceptaba que se pusiera en duda esa genialidad.

— ¿De dónde salió este cabrón? – le preguntó a Miguel como si fuera él quien lo hubiera traído.

— Cálmate, – le respondió Valladares - Es sólo una crítica.

— No, no es sólo una crítica, puede ser el final de mi carrera artística – le refutó Nadal – O no has visto lo que han comenzado a publicar los demás críticos.

— No suelo leer la sección cultural – confesó Miguel.

— “Farsante”, “sordo”, “ejecución sin brillo”, “ostentación excesiva para un concierto opaco” – citó Francisco - Eso es lo que están diciendo de mí, en

este momento.

— Fue sólo un mal concierto, - argumentó Miguel, que nunca había logrado comprender la música – En el siguiente te reivindicarás.

— ¿No lo comprendes, verdad? – le insistió Nadal – Se suponía que tú te encargarías de controlar la opinión pública con tu poder económico, para evitar esto.

— Y es lo que he hecho hasta ahora – argumentó Miguel, que comenzaba a enfadarse.

— Te recuerdo, que fue mi declaración la que mantuvo tu culo fuera de la cárcel hace más de veinte años – lo amenazó Nadal – Y puedo ponerlo allí.

— Ten cuidado, Nadal – advirtió Miguel, mientras cerraba la puerta, y le murmuraba entre dientes – Recuerda que declaraste en falso a cambio de dinero, y que el hombre contra el que cometiste perjurio terminó muerto como consecuencia de esa condena. Si hablas ahora, no será mi culo el único que termine en la cárcel.

Nadal pareció tranquilizarse, los nexos que lo unían ahora a Miguel eran más complejos que el soborno por el juicio de Ana Roldán. Si acusaba a Valladares, éste tenía suficientes pruebas contra él para llevarlo a prisión el resto de su vida. Tocaron la puerta, era el mayordomo que anunciaba la presencia del señor Flores. Emilio entró y se dio cuenta del ambiente tenso en la habitación, vio el periódico en la mano de Francisco y comprendió su expresión de frustración. Él sí había leído la crítica y no pudo menos que darle la razón, pero le preocupó que Miguel hubiera perdido el control de la prensa, eso podía ser peligroso para todos.

— Bueno, ya estamos todos aquí- dijo Miguel, evitando mirar a Francisco. – Os daré la información sobre la procesadora. Todo está listo, en pocos días firmaremos la adquisición.

— Será mejor que te asegures que Del Valle acepte comprarla – dijo Emilio – He tenido que hipotecar mi casa y usar los fondos obtenidos en negro para conseguir el dinero.

— Lo sé, – reconoció Miguel – también Francisco tuvo que falsificar la firma de Ángela para acceder a su cuenta, y yo he tenido que hipotecar esta casa, además de tomar prestados algunos fondos del banco. Todos arriesgamos mucho, pero recordad que el maldito cojo tomará su decisión basándose en mis informes. No te preocupes, Francisco, después de este negocio, podrás retirarte y no te importará la opinión de ningún crítico.

Madrid 2005 - El cumpleaños.

Álvaro y Daniel tocaban a cuatro manos "La petite suite" de Debussy. El móvil de Álvaro los interrumpió. Era Juan, que estaba de guardia en el perímetro.

— Viene tu madre – le dijo Álvaro al chico.

— Joder, pues sí que se ha dado prisa – se quejó Daniel, levantándose del piano – A ver si la próxima vez la envías un poco más lejos.

— Debo ser cuidadoso – advirtió Álvaro – María es muy lista y no quiero que sospeche.

— También es verdad – reconoció Daniel.

— Vete a tu habitación, le diré que estás estudiando.

— Vale – obedeció Daniel, que salió del salón de música corriendo escaleras arriba antes que María abriera la puerta.

Álvaro también salió de allí, apurándose para llegar al despacho a tiempo, aunque él no podía correr como Daniel. Se sentó al escritorio y sacó unos papeles, simulando trabajar. María entró al despacho pocos segundos después.

— Aquí está lo que me pediste, Álvaro. Julián pensaba traerlo de todas formas mañana, y explicárnoslo a los dos.

— Gracias, María. Lo prefiero así, confío mucho en tu criterio. Él te rindió el informe ¿no?

— Sí, ¿quieres oírlo?

— Claro – dijo Álvaro.

María comenzó a relatarle lo que Julián le explicó acerca del funcionamiento de la empresa. Estaba intrigada, por lo general, Álvaro no solía apresurar a su gente de confianza, y que la hiciera trasladarse para recibir un informe que Julián pensaba rendir al día siguiente, no era algo habitual.

— Gracias María. Hay algo más de lo que quería hablarte.

— Tú dirás.

— Se acerca tu cumpleaños, he hablado con Daniel: él está de acuerdo en llevar a cabo una pequeña celebración.

— Me parece bien – aceptó María, sonriendo, no era eso entonces lo que se traía Álvaro entre manos, si pensara darle una fiesta sorpresa no lo hubiera mencionado – Puede ser una buena oportunidad para dar el paso siguiente.

— De eso también quería hablarte. No me gusta la idea de utilizar tu cumpleaños para nuestros planes. No quisiera hacerte soportar a esos sujetos ese día.

— Vamos, Álvaro. Sabes que es la ocasión ideal, no sospecharían nada. No necesitas protegerme, no soy una niña. Estamos juntos en esto, ¿recuerdas?

— ¿Estás segura?

— Completamente.

— Entonces, el señor Valladares y sus amigos recibirán esa invitación que tanto desean.

María sonrió. El momento que tanto esperaba desde que Álvaro entró en su vida estaba cerca. El hombre que la había humillado, que destrozó sus ilusiones y la convirtió en una paria, finalmente pagaría por ello. Cada vez que lo veía sentía asco, al mismo tiempo que una secreta satisfacción porque sabía que Francisco Nadal era una marioneta en manos de Álvaro, aunque aún no lo sabía. Y también estaban los otros, hombres que no tenían escrúpulos en destrozarse vidas para complacer sus apetencias. Lo que le habían hecho a Álvaro le dolía casi tanto como lo que había sufrido ella misma. Pero el momento de pedir cuentas se acercaba, y se decía a sí misma que no era venganza lo que anhelaba, sino justicia, para ella y los suyos.

Un par de días después, Efraín estaba de pie frente al despacho de Álvaro, se sentía nervioso, temía hacerle daño a su mejor amigo, pero sabía que debía dar ese paso. Se sentía un traidor y necesitaba confesarle a Álvaro la verdad. Tocó la puerta, desde adentro lo invitaron a pasar, así que se asomó casi con timidez. Su amigo trabajaba detrás de su escritorio.

— ¿Estás ocupado? – le preguntó – Puedo venir en otro momento – dijo casi deseándolo.

— Pasa, Efraín – lo invitó Álvaro sonriendo, mientras dejaba a un lado lo que estaba haciendo – Me vendrá bien un descanso- anunció mientras se levantaba y se acercaba al mueble bar – ¿Quieres algo?

— Un coñac me vendría bien.

— De acuerdo – dijo Álvaro sirviéndoselo, se lo dio en la mano, y luego se sirvió una copa de vino para él mismo - ¿Te encuentras bien? Pareces preocupado.

— No, quiero decir sí – Álvaro alzó las cejas, cuando Efraín titubeaba así era porque se encontraba en una situación muy comprometida.

— Vamos a sentarnos, – sugirió mientras lo invitaba a un pequeño recibo que había junto a la chimenea encendida – y me lo cuentas.

Se sentaron, Efraín bebía de la copa, tratando de encontrar el valor que necesitaba en el fondo de ella. Álvaro con la suya en la mano, que apenas había probado, lo observaba sorprendido.

— ¿Querías decirme algo, Efraín?

— Sí. María y yo comenzamos una relación – le largó de una vez, luego respiró, ya estaba dicho.

— Enhorabuena, amigo – lo felicitó Álvaro sonriendo – Ya era hora que te decidieras.

— ¿No te molesta? – preguntó Efraín sorprendido.

— Claro que no me molesta. Os quiero mucho a ambos, y creo que no hay nadie mejor para María.

— Siempre creí que tú...

— Pensé que lo tenías claro, amigo. María para mí es como una hermana, no puedo verla de otra manera. Creo que tienes mucha suerte, Efraín.

— Gracias, Álvaro - dijo Efraín sonriendo con alivio – No sabes el peso que me quitas de encima.

— No tienes por qué preocuparte Efraín, aunque sí tengo una condición.

— ¿Una condición?

— Si hay boda, espero que me permitáis ser el padrino.

— Claro, cuenta con eso, aunque aún no hemos hablado de boda.

— Espero que no tardes en declararte, tanto como en mostrar tus sentimientos.

— ¿Lo sabías?

— Efraín, tú que eres tan astuto, a veces demuestras una ingenuidad conmovedora – dijo Álvaro riéndose – Lo sabía hasta Zeus. No sé cómo andarán las apuestas en este momento pero...

— ¿Apuestas? ¿Qué apuestas?

— Pues, la última vez que pregunté, estaban cinco a uno, a que no te declararías antes del final de año. Creo que Pablo se hará con una buena pasta.

— Esos cabrones... – dijo Efraín, luego miró a Álvaro desconfiado - ¿Tú no habrás apostado, no?

— ¿Quieres otra copa? – ofreció Álvaro eludiendo la pregunta.- Ahora que lo pienso, - reflexionó mientras le volvía a servir un coñac a su amigo - A partir de ahora tendré que encontrar otra dama que quiera acompañarme.

Miguel recibió una agradable sorpresa cuando encontró las invitaciones a la celebración del cumpleaños de la señora María Santacruz, enviadas por su hijo, Daniel Santacruz, el siguiente sábado a las diez de la noche, traje de gala. Al principio pensó que le habían enviado a él la de los Nadal y la de Emilio, pero cuando vio los nombres impresos se llevó una sorpresa. Irma pasaba en ese momento junto a él, y la detuvo.

— ¿Qué es esto?- le preguntó.

— Las invitaciones para el cumpleaños de María Santacruz.

— Eso ya lo sé, pero por qué hay una a nombre de Carlos y su novia, y otra aparte para Martina.

— Es obvio ¿no? Daniel es amigo de tu hijo, y quiere invitarlo con su novia, y por lo visto María ha decidido invitar a mi madre.

— ¿Esto es cosa tuya, verdad? – preguntó él enfurecido - ¿Qué pinta una vieja como tu madre en una fiesta como esa?. Seguro que tú los convenciste de que la invitaran.

— Te juro que no tengo nada que ver – insistió Irma.

— Pues ya le puedes advertir a la vieja que no se le ocurra ir. Y espero que tu hijo no se presente con la pescadera.

— No creo que mi madre tenga ningún interés en hacerlo. Ella no busca impresionar a nadie para aprovecharse de su dinero. En cuanto a Carlos, es libre de llevar a quien desee, y si va con Laura me sentiré feliz, es una buena chica.

Miguel se contuvo, hubiera querido darle una bofetada a su mujer, pero no le convenía. Guardó las invitaciones, tendría que soportar a los críos, pero era lógico, el hijo de María querría compañía de su edad. Sin embargo no estaba dispuesto a soportar a la vieja. Llamó a sus socios, ellos también habían recibido la codiciada invitación, incluida Lucía, que por primera vez acudiría a gusto. Ya habían firmado la compra de la procesadora y los informes manipulados estaban casi listos. Se sintió afortunado, pronto recibirían una enorme cantidad de dinero ganado muy fácilmente, además, era invitado a la casa de Oria por la puerta grande.

La noche del sábado, María se vistió con su mejor atuendo. Sería una noche muy especial por muchas razones, pero la principal era que Efraín sería su acompañante. Álvaro la había relevado de ese papel, y aunque ella disfrutaba acudir con él a los lugares que visitaba, sabía que se sentiría mejor si lo hacía con el hombre del que estaba enamorada. Ella también se sintió aliviada cuando Efraín le contó la reacción de Álvaro, y comprobó que él siempre había sido sincero cuando afirmaba que la veía como una hermana. María comprendió que ella había ocupado el lugar de Irma todos esos años. No pudo evitar preguntarse a quién tenía Álvaro en mente para sustituirla como acompañante.

Él se había vestido temprano y había salido, a buscar a la chica. María sentía curiosidad, porque no sabía que él conociera a nadie en Madrid, aunque tal vez se tratara de alguna amiga de su juventud. Lo descartó enseguida. Samuel no conservaba recuerdos del verdadero Álvaro. Aquel chico había muerto en el accidente. Una locura que a ella le resultó muy difícil creer, pero que finalmente había aceptado.

Efraín y Daniel la esperaban al pie de la escalera, quedando deslumbrados al verla. Ella sintió un poco de nostalgia, era la primera vez

desde que recordaba, que no era Álvaro quien la aguardaba. Efraín la recibió con un beso, y sacó un estuche envuelto en papel de regalo del bolsillo interno de la chaqueta.

— Feliz cumpleaños. Espero que te guste, yo no sé mucho de estas cosas, pero se lo mostré a Álvaro y él opinó que te iba a gustar.

— Gracias, Efraín – dijo ella abriendo el estuche – Es precioso.

María sacó un collar de oro blanco, con un dije también de oro, incrustado de esmeraldas. Era mucho más sencillo que el que usó para la cena en la casa Valladares, pero también era muy valioso. Efraín se lo colocó mientras María sonreía.

— ¿Álvaro no ha regresado? – preguntó ella.

— No – reconoció Daniel un poco nervioso – Me dijo que iba a buscar a su compañera de esta noche, y que yo debía actuar como anfitrión del cumpleaños de mi madre.

— Lo harás muy bien – Lo animó María.

Se escuchó la puerta. Juan, vestido de correcta etiqueta, la abrió. Por lo visto el grupo se había puesto de acuerdo para llegar juntos. Sólo faltaba Carlos con su novia, y Martina. Daniel, en su papel de anfitrión los recibió, pero la única que se alegró de verlo fue Lucía. Los demás dejaron ver la decepción en sus rostros cuando se dieron cuenta que Álvaro no estaba, y la sorpresa cuando María les presentó a Efraín como su prometido. Todos habían dado por seguro que Álvaro y María eran amantes. Miguel ya conocía la casa, pero los demás quedaron impresionados.

— ¿Dónde está don Álvaro? – preguntó Miguel – Espero que no se encuentre enfermo.

— No, claro que no, – respondió María – fue a buscar a la dama que lo acompañará esta noche. Seguramente llegará en cualquier momento. ¿Carlos, y la señora Martina no vienen?

— Carlos también fue a buscar a su novia – aclaró Irma, mirando a Miguel, que hizo un gesto de desagrado – Y mi madre me pidió que la disculparan, porque se encuentra resfriada.

— Lamento escuchar eso. Espero que se recupere pronto.

Un camarero pasó con una bandeja repartiendo copas. Lucía y Daniel se plantaron en un rincón, apartados de los mayores. Lucía no podía creer que por fin tendría con quien hablar en una de esas reuniones. Minutos después llegó Carlos acompañado de Laura, que se veía un poco cohibida en ese ambiente. Miguel miró con severidad a su hijo. Habían tenido una fuerte discusión esa misma tarde. Su padre no quería que llevara a su novia a la celebración, le dijo que lo iba a dejar en ridículo. Carlos, por supuesto se ofendió. Los recién

llegados se reunieron con Daniel y Lucía, lo que ayudó a que la chica se relajara un poco, la casa la intimidó, pero esos eran sus amigos de siempre.

Al poco tiempo llegó Álvaro y como siempre, su entrada causó sorpresa. Incluso sus amigos especulaban acerca de su acompañante, algunos sostenían que buscaría alguna celebridad, o alguna antigua amiga que nadie conocía, pero ninguno acertó. Tomada de su brazo, y visiblemente tímida, venía Martina. Álvaro había ido a buscarla personalmente, convenciéndola de que fuera su acompañante esa noche insistiendo en que no aceptaría a nadie más. Martina argumentó que no tenía ropa adecuada, así que él la llevó a la mejor boutique de Madrid, para comprarle el mejor vestido que había en la tienda, así como los zapatos y un abrigo. Luego le colocó un collar de perlas que formaba parte de la colección de Fernando.

Martina estaba aturdida y avergonzada. No comprendía por qué ese hombre que podía tener a la mujer que quisiera, había decidido ir a esa recepción con ella, una vieja que vivía arrimada a su hija y su yerno. Le pareció que era el capricho de un hombre rico y excéntrico, pero el cariño que él le demostró, que fue lo que realmente la convenció de seguirle la corriente, le hizo pensar que debía recordarle a alguien a quien él quería mucho. Así que, la vieja profesora de piano salió de la tienda convertida en una reina madre. Pablo abrió la puerta del coche y Álvaro le ofreció la mano para ayudarla a subir. Nunca nadie la había tratado con tanto cariño y cuidado, desde que su querido Samuel salió de su vida. Pablo siguió por el camino de la casa de Oriá. Álvaro miró a Martina, la vio como había querido verla desde hacía mucho tiempo, tratada como una reina, y le sonrió.

— ¿Por qué hace esto, don Álvaro? – le preguntó la anciana.

— Me acompañas esta noche, Martina, debes llamarme Álvaro.

— Muy bien – aceptó ella sonriendo - ¿por qué haces esto? Sólo soy una vieja que vive a la sombra de su hija.

— Eres mucho más que eso, Martina – respondió él mirándola con ternura – Aunque tú no quieras reconocerlo.

— ¿Te recuerdo a alguien? – preguntó ella, tratando de encontrar una respuesta lógica. Él asintió. - ¿A quién?

— A mi madre - respondió él, conteniendo la emoción - ¿Te importaría ser mi madre por esta noche, Martina?

— Será un honor – dijo ella sonriendo, mientras le palmeaba el brazo que sujetaba el bastón.

Su llegada no resultó indiferente para nadie, incluso sus amigos quedaron sorprendidos, aunque María comprendió que debería habérselo imaginado. Álvaro se había propuesto devolver el lugar que le correspondía a

cada uno de los que estaban allí, y Martina tenía un puesto privilegiado en esa redistribución. Era su madre, además de la mujer que lo había iniciado en la pasión por la música, así que él haría lo posible para que recuperara la importancia que Miguel se había empeñado en negarle.

El más sorprendido fue el propio Miguel. Él había prohibido que Martina aceptara la invitación, pero si venía del brazo del propio Álvaro Del Valle tendría que cambiar su actitud hacia la vieja. No podía arriesgarse a enemistarse con el lisiado. Irma por su parte, sintió que por fin se hacía justicia con Martina, por lo que miró agradecida a Álvaro. No comprendía la razón por la que actuaba cómo lo hacía, pero evidentemente había llegado para revolucionar sus vidas. Una vez estuvieron completos, Álvaro se dio cuenta que había alguien a quien no conocía, Laura, la novia de Carlos.

— Ella es Laura Ruiz, don Álvaro, – la presentó Carlos – Mi novia.

— Es un placer conocerte, Laura – saludó Álvaro estrechándole la mano y sonriéndole – Espero que te sientas bienvenida.

— Tiene una casa muy bonita, señor – dijo ella con sencillez. Miguel hizo una mueca, la afirmación le pareció vulgar.

— Gracias, Laura, – le respondió Álvaro – me complace que te guste y espero que te sientas en ella como si fuera tu casa.

Aunque Francisco y Emilio se abstuvieron de hacer comentarios sobre la mansión, no salían de su asombro con ella. Se sintieron seguros en cuanto a su plan. A ese tipo le daría lo mismo pagar noventa millones que doscientos setenta. Ángela estaba más interesada en el hombre que en la casa, especialmente esa noche que vio el camino libre, pero Álvaro estaba decidido a hacer homenaje a Martina, así que para sorpresa de todos, no la dejó sola en toda la velada.

Pasaron al comedor, Álvaro presidió la mesa, e hizo sentar a su derecha a María, y a su izquierda a Martina. Miguel quedó casi al otro extremo de la mesa, en la nueva distribución, por lo que se sintió incómodo. Álvaro tenía en esa celebración dos objetivos, festejar el cumpleaños de su mejor amiga, María, y hacer un homenaje a su madre. Todo lo demás era secundario en ese momento, incluidos sus enemigos. No tener que hablar de negocios, ni de euros, fue un gran alivio para Álvaro, así como para Irma, que por primera vez se sintió bien en una recepción.

Después de cenar, Daniel se acercó a Álvaro y hablaron en voz baja. María los miró con curiosidad y luego a Efraín, que tampoco tenía idea de qué se traían los dos con tanto secreto. Daniel salió del comedor con paso ligero, mientras Álvaro llamaba la atención de todos.

— Señoras, señores. Deseo aprovechar este momento para ofrecer un

regalo de cumpleaños que le haremos entre Daniel, su hijo, y yo a mi mejor amiga.

María sonrió, no se imaginaba qué podía regalarle Álvaro en sociedad con Daniel, ni dónde podía haber ido su hijo, precisamente en ese momento. Los demás también se sorprendieron, un hombre tan rico no necesitaba a nadie para hacer un regalo. Su curiosidad se despertó. Álvaro los invitó a seguirlo, le ofreció el brazo a María, por lo que Efraín hizo lo propio con Martina. Llegaron al salón de música, donde los invitados quedaron sorprendidos al ver dos extraordinarios pianos de cola, uno frente al otro. A un lado de la sala había sillas de respaldo alto, y Álvaro invitó a María a sentarse en una de ellas. María comprendió lo que habían planeado al ver que ya Daniel ocupaba su asiento frente a uno de los pianos, mientras Álvaro se dirigía al otro. Efraín hizo que Martina se sentara junto a María, consciente del honor que su amigo quería hacerle.

Los invitados se distribuyeron en las sillas con curiosidad, esperando un breve concierto de aficionados. Álvaro hizo una señal a Daniel para que comenzara, el chico inició su ejecución, y luego Álvaro se incorporó. Lo que se escuchó desde ambos pianos no podía ser descrito con palabras. María sintió que las lágrimas le corrían por las mejillas con aquella extraordinaria interpretación musical. No fue la única que se conmovió, las lágrimas también acudieron a los ojos de Martina y de Irma, mientras Daniel y Álvaro, concentrados en sus respectivos pianos, convertían aquella velada, en algo memorable. Ángela y Emilio, que también sabían reconocer la buena música, quedaron sorprendidos, Nadal sintió que la envidia lo mordía por dentro. Era inverosímil que un chico y un lisiado aficionado, pudieran tocar de esa forma. Martina miró con detenimiento a Álvaro, que abstraído había olvidado dónde estaba. Para él en ese momento solo existían el piano y la extraordinaria música que salía de sus dedos. Martina vio su expresión, su concentración y detalló sus rasgos. Su rostro era el de un hombre muy diferente, pero la forma de tocar, la absoluta compenetración con el instrumento le recordaron a su Samuel, y por un momento ella fue capaz de ver en Álvaro a su propio hijo, al que tenía un futuro prometedor por delante, al que le habían arrebatado de su lado una trágica noche que debió ser una de las más felices de su vida. Martina sintió que las lágrimas inundaban sus ojos y su mente se negó a reconocer lo que su corazón le gritaba. Aquel no podía ser Samuel, ni siquiera se le parecía. Su hijo murió en una terrible prisión. Seguramente la música y los desvaríos de sus ancianos sentidos le habían jugado una mala pasada.

Álvaro y Daniel continuaron interpretando un concierto a cuatro manos que no tenía igual, y mientras los dedos de ambos volaban sobre las escalas, su

auditorio sentía que era transportado a un lugar especial, donde sus emociones cobraban vida. Álvaro dirigía a Daniel con pequeños gestos, y el chico, que había aprendido bajo su tutela, no necesitaba más para comprender lo que debía hacer. Finalmente "La petite suite" llegó a su final. Álvaro dejó que Daniel concluyera, luego lo miró con orgullo, y sonrió. María se levantó, en el colmo de la emoción, se acercó a su hijo para abrazarlo conmovida, luego hizo lo mismo con Álvaro.

— Es el mejor regalo que he recibido en mi vida. Gracias.

— Fue... sublime – confirmó Ángela, también emocionada.

Irma se secaba las lágrimas, lo que acababa de escuchar le hizo recordar a Samuel. Hacía muchos años que no pensaba en él, y en aquel momento se preguntó cómo hubiera sido su vida si no hubiera muerto en tan terribles circunstancias. Era seguro que tocaría el piano como acababa de escuchar hacerlo a Álvaro. Entonces comprendió su simpatía hacia el millonario vecino, de alguna manera le recordaba a su hermano, no físicamente, sino en sus modales, sus gestos, su forma de tratar a los demás. Ese pensamiento la tranquilizó, al saber que no se había enamorado de él.

Daniel y Álvaro recibieron la felicitación de todos los que los escucharon, con excepción de Nadal, que se mantenía un poco separado del grupo, exprimiéndose el cerebro mientras buscaba alguna observación crítica que hacer de una ejecución que había sido perfecta. Lucía quedó impresionada con Daniel, así que el chico se sentía en las nubes, pues la joven le gustaba mucho. Ella se acercó también a Álvaro para felicitarlo, pero él le dio todo el mérito a su pupilo. Nadal por fin se aproximó, Daniel cambió la expresión de su rostro, y Álvaro se mantuvo alerta.

— No está mal, – comentó Nadal, mordaz – para un estudiante, y un aficionado.

— Me complace que le haya gustado – intervino Álvaro, interponiéndose entre él y Daniel, que lo miraba con furia contenida. – Es indudable que el chico tiene un talento, que no puede ser comprado.

— Será un gran músico sin duda – comentó Miguel al darse cuenta que el comentario del imbécil de Nadal había ofendido a sus anfitriones.

Nadal agachó la cabeza y se mordió la lengua, comprendiendo que la referencia a la compra de talento se debía a lo que los periódicos habían publicado últimamente sobre él. Por culpa del maldito Santos, su montaje publicitario había quedado al descubierto, su carrera musical estaba arruinada, y Ángela estaba pensando dejarlo. Sólo estaba con él por su nombre como músico, si no era nadie, no lo necesitaba. Él sólo esperaba la fabulosa ganancia que obtendrían del imbécil que tenía delante para largarse a vivir la gran vida donde

nadie lo conociera.

Cuando se despidieron, Martina se acercó a Álvaro, le dio dos besos, luego comenzó a quitarse el collar de perlas, mientras Irma la miraba complacida, esa había sido una espléndida noche para su querida madre. Álvaro detuvo a Martina antes de que pudiera abrir el broche de la joya.

— No, Martina – le dijo sonriendo – Es tuyo.

— No, por Dios, – protestó ella ofuscada – es demasiado valioso, no lo puedo aceptar.

— Claro que puedes, Martina. Nada es demasiado valioso para una mujer como tú. Quiero que lo conserves como un recuerdo de esta noche.

Martina se dejó puesto el collar, conmovida, y Álvaro se despidió de ella con un beso en la frente. Ese gesto, que ella recordaba bien, hizo que comprendiera, que a pesar de que su mente se negaba a admitirlo, su corazón no le mentía. Martina sonrió y salió llorando, pero esta vez era de felicidad.

Madrid 2005 - Emilio.

Emilio se levantó tarde. La velada de la noche anterior le dificultó conciliar el sueño. Había muchos detalles que analizar de aquella recepción. En primer lugar, Del Valle era mucho más rico de lo que ellos podían imaginar, aquella casa tenía más obras de arte que un museo. En segundo lugar, había demostrado no ser tan estúpido como creían. Durante la reunión los había dejado de lado, con sutileza, eso sí, pero había privilegiado a una vieja advenediza como invitada especial, y eso era lo que Emilio no terminaba de comprender. ¿Qué importancia podía tener una profesora de piano como Martina para un hombre como Álvaro Del Valle?. ¿Excentricidad? ¿Sentimentalismo? Tal vez el objetivo no era la anciana, sino Irma. Eso hubiera tenido más lógica, hacerle un homenaje a la vieja para congraciarse con la mujer que realmente le interesaba. Necesitaba discutirlo con Miguel, probablemente podían obtener provecho de esa debilidad del empresario.

Bajó las escaleras para desayunar, preguntó por Lucía pero la asistenta le dijo que había salido hacía un rato con un chico llamado Daniel. Su nieta ya había desayunado. Por lo general procuraba hacerlo temprano, o en la calle. Lucía no se llevaba bien con su abuelo, hubiera preferido vivir en cualquier otra parte aunque fuera un lugar menos lujoso, pero su madre, la hija de Emilio, murió muy joven y su padre era corresponsal, así que siempre estaba viajando. Ella sólo lo veía un par de veces al año. Emilio desplegó el periódico, mientras la asistenta le servía el café, revisó los titulares, y comenzó a leer los artículos de actualidad que le interesaban.

Tocaron la puerta, él se sorprendió de que alguien visitara su casa un domingo a esa hora de la mañana. La asistenta acudió a abrir la puerta, luego regresó a los pocos minutos, pálida y asustada.

— Señor, es la policía – le anunció.

— ¿Cómo dice? – preguntó Emilio sin comprender, mientras apartaba el periódico y veía entrar a dos hombres.

— ¿Emilio Flores?

— Sí, ¿qué ocurre aquí? – preguntó él levantándose del asiento.

— Queda arrestado por aceptar sobornos.

— ¿Es una broma? ¿Sabe usted quién soy yo?

— Sí señor – respondió el otro policía, mientras su compañero le ponía las esposas – Es usted el imputado por un crimen de corrupción, venimos a detenerlo por orden del juez.

Un par de horas después, Emilio creyó estar teniendo una pesadilla

cuando vio las fotografías que le presentaba el comisario Brito desplegadas frente a él. Las fotos lo mostraban reunido en un pequeño hotel de Madrid con un grupo empresarial con el que el Ministerio había firmado un lucrativo contrato. Lo que lo implicaba era que se veía claramente cuando él recibía un maletín con dinero en efectivo, que era su comisión por la contratación de ese grupo en particular para la obra. Emilio sabía bien que cuando investigaran más a fondo, encontrarían que esa no era la mejor alternativa para el Estado, de hecho, el presupuesto de esa empresa era el más alto porque incluía su soborno.

— ¿Cómo explica esto, señor Flores?

— No diré nada – dijo Emilio – Quiero un abogado.

— Muy bien – aceptó Brito – Puede llamar a su abogado, pero le sugiero que contrate uno bueno, porque apenas hemos comenzado a escarbar, y lo que hemos encontrado no le augura un futuro prometedor.

Emilio se mordió los labios mientras era llevado de nuevo a la celda. No pudo pagar su fianza, el maldito escándalo había estallado justo cuando él acababa de invertir todo su dinero en el negocio del cobre. Hasta que Miguel no completara la estafa a Del Valle, no dispondría de recursos ni siquiera para los honorarios del letrado. Tendría que conformarse con uno de oficio.

Raúl Andara volvió a revisar las fotos. Las había encontrado en su casa la noche anterior, alguien las pasó por debajo de la puerta junto con una nota. “El incorruptible juez no era tan incorruptible”. Lo curioso era que Flores había dejado de ser juez hacía veinte años. Raúl comprendió rápidamente que esa información anónima debió ser entregada por alguien a quien Flores declaró culpable mientras ejerció como juez. Lo que no podía comprender era por qué se la habían hecho llegar a él. Ese era el juez que había condenado a Samuel, pero él nunca dudó de su honorabilidad, ni ejerció ninguna presión en su contra.

Las investigaciones sobre Flores apenas comenzaban, pero ya habían encontrado un buen número de evidencias de sobornos y manejos dolosos del patrimonio público. Ese iba a ser un escándalo de proporciones épicas, por lo que Raúl se temió que él y su corte iban a estar de lleno en el ojo del huracán. También le preocupaba que Emilio fuera muy cercano a Miguel, por lo que no era difícil que alguno de esos escándalos salpicara a su yerno. Por lo visto, estaba condenado a ver a su familia envuelta en situaciones legalmente comprometidas, así que por primera vez se alegró de que su jubilación estuviera tan cercana.

Miguel recibió la llamada de Emilio y sintió un vacío en el estómago que le produjo vértigos. Tuvo que sentarse. Si Flores caía, él y Nadal se verían en una situación muy comprometida. Emilio llevaba negocios sucios por su cuenta, el que lo había dejado al descubierto era uno de ellos, pero había muchos delitos

en los que también estaban involucrados sus compinches. El que más le preocupaba a Miguel era la muerte de Ana Roldán, si se reabría ese caso él podía pasar el resto de su vida en la cárcel.

— Miguel, necesito dinero – le dijo Emilio en forma perentoria - Me piden una fianza de trescientos mil euros y tengo que contratar un buen abogado.

— Sabes que en este momento, yo tampoco dispongo de liquidez – respondió Miguel – Hasta que Del Valle pague.

— ¿Y qué esperas para presentarle el informe?

— No puedo presentarme un domingo para entregarle un informe así. Se vería sospechoso, probablemente ni siquiera me recibiría. Mañana a primera hora me presentaré en su casa, te lo prometo.

— Consigue ese dinero rápido. – insistió Emilio – Te conviene.

Miguel colgó el teléfono, a pesar del frío sudaba copiosamente, no comprendía cuando había comenzado a perder el control, primero la prensa, arruinando la carrera musical de Nadal, ahora esto. Emilio era el hilo por el que podía irse todo el tejido. La asistenta tocó la puerta y se asomó, pero Nadal no le dio tiempo de anunciarlo, entró detrás de ella, la despidió de mala manera, y cerró la puerta.

— ¿Qué ocurre? – preguntó Nadal, a quien Miguel había llamado para decirle que debían hablar sobre algo importante. La noticia acerca de la detención de Emilio aún no había trascendido, pero era seguro que saldría en el telediario del mediodía.

— Han detenido a Emilio.

— ¿Qué? – preguntó Nadal asustado, comprendiendo el peligro que eso representaba.

— Lo que oyes, el muy imbécil se confió y se dejó fotografiar mientras recibía un soborno.

— ¡Estúpido! Pero eso no tiene que ver con nosotros ¿no?

— No seas gilipollas, Francisco. – le espetó Miguel – Emilio no va a caer sólo. Si no lo sacamos del atolladero comenzará a hablar para reducir su condena, y nos implicará a nosotros.

— ¿Y qué hacemos?

— De momento, hay que conseguir sacarlo de allí, no tiene liquidez por el asunto de la procesadora, pero necesita trescientos mil euros y al menos cien mil más para el abogado.

— ¿Y? – preguntó Nadal.

— Yo también tengo comprometido todo mi capital hasta que pague Del Valle, tú eres el único que puede conseguir ese dinero a través de Ángela.

— Ángela no me va a dar un centavo y nunca esa cantidad, menos ahora que estoy desprestigiado.

— No te estoy diciendo que se lo pidas, imbécil, sino que falsifiques su firma y lo retires de sus cuentas.

— Ya lo hice con dos millones de euros, ¿crees que no se va a dar cuenta si vuelvo a hacerlo con cuatrocientos mil?

— Será sólo por unos días – insistió Miguel – hasta que el lisiado pague, luego los repones. Francisco, si Emilio comienza a hablar...

— Lo sé, los tres estamos de mierda hasta las cejas, pero te recuerdo que tú serías el más perjudicado, eres el único que puede ser acusado de homicidio.

— Y yo te recuerdo, que cuando aceptaste declarar en falso, automáticamente te convertiste en mi cómplice. ¿Sabes cuántos años te pueden caer por eso?

— ¡Mierda! – dijo Nadal, consciente de que Miguel tenía razón – Está bien, lo haré, pero date prisa con el asunto del maldito cojo.

— Mañana, a primera hora tendrá el dossier en su escritorio.

Raúl recibió sorprendido los informes sobre el caso Flores que le entregó el comisario Juan Brito. Lo increíble era que ese tío había pasado de un cargo de importancia a otro, revestido de un manto de honestidad, cuando en realidad era el sujeto más corrupto que él había visto en toda su carrera judicial. No había negocio sucio en el que no tuviera metidas las manos, pero todo lo que habían encontrado lo manejaba con mucha discreción, y generalmente se trataba de sobornos que no dejaban muchas huellas, salvo en su cuenta bancaria en Suiza.

Ese era otro misterio, del mismo modo que Raúl había recibido las fotos comprometedoras en forma anónima, también le enviaron un balance real de las finanzas de Emilio Flores, con el número de su cuenta en Suiza y todos los movimientos desde que la abrió veinticinco años atrás, por correo certificado. Era obvio que alguien con mucho poder estaba detrás de la caída del ex ministro, por lo que Raúl temió estar siendo utilizado para beneficio de algún otro grupo delictivo. Sin embargo la información era fidedigna, así que él estaba en la obligación de usarla una vez comprobada, independientemente de su origen.

Lo que más sorprendió a Brito, y al propio Raúl, fue que unas semanas atrás, Emilio había retirado más de veinte millones de euros de la cuenta, dejándola en el mínimo permitido para no cerrarla, además después de revisar sus cuentas legales, supieron que también había hipotecado su casa y otras propiedades por la misma fecha, obteniendo diez millones más. Raúl se preguntaba para qué quería tanto dinero, y supuso que tenía en marcha algún negocio no muy limpio. Por supuesto que Emilio se negaba a hablar, pero ahora

el juez y los policías que llevaban el caso comprendían por qué un hombre con tanto poder, no había podido pagar la fianza y había solicitado un abogado de oficio.

Raúl sospechaba que cualquiera que fuera la razón por la que Flores se había colocado a sí mismo en una posición tan vulnerable, debía estar relacionada con la gente que había hecho el esfuerzo de encontrar las pruebas en su contra. Brito vio que el juez estaba preocupado.

— ¿Está pensando lo mismo que yo, señor?

— Los balances de la cuenta en Suiza – dijo Raúl – Es imposible que hayan logrado esta información en las últimas semanas, ni siquiera meses.

— Sí, en eso mismo estaba pensando – confesó Brito - quien haya enviado esto, ha estado siguiendo la trayectoria delictiva de este individuo desde sus inicios.

— Es un enorme esfuerzo, que debió requerir una gran inversión de dinero y muchas influencias. ¿Quién lo hizo? ¿Por qué Flores? ¿Por qué ahora? ¿Qué buscan con todo esto?

— ¿Quiere que inicie una investigación en ese sentido, señor juez?- preguntó Brito.

— No, de momento quienes nos han informado no han cometido ningún delito, de hecho, podría considerarse que han cumplido con su deber de buenos ciudadanos – respondió Raúl - pero quiero que estés atento, no me gustaría que la policía fuera utilizada como instrumento para beneficio de algún poder.

— Sí señor – aceptó Brito- Mantendremos los ojos abiertos.

Madrid 2006 - El Accidente.

Álvaro recibió las noticias por intermedio de Efraín. Como él había supuesto, Miguel y sus cómplices no dejaron escapar la oportunidad de estafarlo y con ello se habían puesto en sus manos. El asunto de Flores estaba en marcha. Álvaro sabía que ni Miguel, ni Nadal, llevaban bien estar bajo presión. Siempre habían obtenido grandes beneficios con facilidad, si estaban asustados cometerían errores, sólo necesitaba estar atento para detectarlos. Lo que le preocupaba era cómo la caída de esos tres delincuentes podía afectar a sus familias, que eran inocentes. Era inevitable que sufrieran con ello, aunque él trataría de protegerlas hasta donde le fuera posible.

Álvaro miró por la ventana, y suspiró, el invierno estaba avanzando y él lo sentía en la pierna. Nevó en la madrugada, por lo que un manto blanco cubría el jardín. Necesitaba pensar, así que decidió salir a dar una vuelta.

— Gracias, Efraín – le dijo – Estás haciendo un gran trabajo, amigo.

— No pareces muy contento – apuntó Efraín.

— No hago todo esto para estar contento, sino porque alguien debe detener a esos malnacidos para que no sigan destrozando vidas, y sus víctimas, de las que solo soy uno más, merecemos que se haga justicia. Pero me temo que en el proceso saldrán lastimadas personas inocentes.

— ¿Te preocupa Irma, verdad?

— Ella y sus hijos, también Lucía y Ángela – sonrió con tristeza – Hubiera sido más fácil llevar adelante el plan sin haber conocido a sus familias, pero tampoco eso hubiera sido justo. Debemos tratar de protegerlos en la medida de lo posible, Efraín.

— Eso haremos - respondió Efraín.

— Iré a dar una vuelta, necesito pensar.

— ¿Vas a salir con este frío? No creo que le haga bien a tu pierna.

— Pareces mi madre, Efraín – protestó Álvaro sonriendo – Necesito hacer un poco de ejercicio. Estaré bien.

— Recuerda que me contrataste para protegerte.

— Se supone que eres mi jefe de seguridad, no mi niñera.

Álvaro se puso el abrigo y salió de la casa en dirección al bosque. Efraín sabía que se imponía esas caminatas porque quería demostrarse a sí mismo que la pierna lastimada no podría impedirle llevar una vida normal. Nunca permitiría que el dolor lo limitara y Efraín respetaba eso. Le hacía recordar todo lo que pasaron juntos en la cárcel. Cuando Álvaro cruzó el jardín, Zeus se sumó al paseo sin necesidad de que lo llamara.

Irma y Martina estaban en el lago con las niñas y Samuel. El agua ya se había congelado, así que las habían llevado para que patinaran sobre el hielo. Las chiquillas sabían que la diversión estaba garantizada. Ambas mujeres dejaron que Samuel jugara con la nieve a su lado, mientras ellas conversaban sobre la velada de la noche anterior. Martina le contó a Irma todo lo que había ocurrido desde que Álvaro la recogió en la casa.

La vieja profesora de piano había amanecido más risueña que de costumbre. La noche anterior se sintió como la cenicienta, viviendo una historia de cuentos de hadas. Le habló sobre la confesión de Álvaro acerca de que ella le recordaba a su madre, lo que tranquilizó a Irma, que llegó a temer que todo eso hubiera sido una estrategia para congraciarse con ella. Martina no le mencionó su corazonada de que Álvaro pudiera ser en realidad Samuel. Una vez regresó a la casa y lo pensó mejor, se dio cuenta de lo absurdo de la idea, ni siquiera se parecían. Si lo llegaba a expresar en voz alta, creerían que estaba senil.

Un grito sacó a las mujeres de su conversación, Amanda llamaba desesperadamente a Erika, a la que no se veía por ningún lado, Irma y Martina se acercaron lo más rápido posible al lugar donde la niña gritaba y lloraba. Vieron que señalaba un agujero en el hielo. Con terror comprendieron que Erika había caído en él. En medio de su angustia, no se dieron cuenta que Álvaro, que paseaba cerca, había acudido a los gritos de Amanda. No necesitó preguntar qué había ocurrido, lo comprendió enseguida. Volteó hacia Zeus, y le dio una orden.

— ¡Efraín [gesucht](#)!

El perro estaba entrenado y buscaría a Efraín, que al verlo llegar sólo, comprendería que necesitaba ayuda, luego miró a Irma, que llamaba a Erika con desesperación.

— ¡Mi hija! – gritó - ¡Erika cayó en el agua!

Álvaro no lo pensó, se quitó el abrigo, soltó el bastón y se sumergió en la helada laguna a través del agujero. El frío le cortó la respiración, y el dolor de la pierna se hizo más agudo, pero en ese momento lo único en lo que pensaba era en Erika. La luz se filtraba a través del hielo dejando la laguna en semipenumbra, buscó con desesperación y pudo ver un bulto del tamaño de la niña, no muy lejos. Nadó hasta ella como pudo, logrando sujetarla por la ropa, luego regresó a la superficie. El frío comenzaba a entumecerle los músculos y el dolor de la pierna le molestaba para nadar. Sus pulmones habían perdido parte de su capacidad respiratoria en el accidente, por lo que ya no soportarían mucho tiempo. Sus movimientos eran cada vez más torpes por el intenso frío, pero con un gran esfuerzo logró alcanzar la superficie y sacar la cabeza de la niña. Irma miraba angustiada desde el hielo. Él acercó a Erika al borde para que su madre

podiera alzarla. Cuando Irma tuvo a su hija en brazos, la niña tosió y volvió a respirar, temblaba de frío, por lo que Martina se acercó para envolverla con su propio abrigo. Álvaro trató de asirse al borde del hielo, pero ya no era capaz de sentir sus dedos, Irma comprendió que estaba en peligro, así que después de dejar a Erika con Martina, se acercó al agujero.

Álvaro no podía salir del agua por sí solo, e Irma no tenía fuerzas para sacarlo, él casi no podía moverse, temblaba sin poder evitarlo. Estaba aturdido, sintió que se hundía, los músculos ya no le respondían. Irma se tendió en el hielo junto al agujero, logrando sujetarlo por la chaqueta, pero lo único que podía hacer era evitar que se ahogara. Parecía confundido, ya no intentaba salir, estaba terriblemente pálido y tenía los labios azulados, la hipotermia terminaría matándolo. Irma comenzó a gritar pidiendo ayuda, mientras Martina hacía esfuerzos por hacer entrar en calor a Erika, cuidaba que los niños no se acercaran al agujero, y veía impotente cómo se desarrollaba la tragedia.

Zeus entró corriendo a la casa y siguiendo la orden de su amo, encontró a Efraín que estaba en la sala con María. Juan lo seguía, con expresión de angustia.

— Zeus. Regresasteis pronto, mucho frío ¿no? – bromeó Efraín, creyendo que Álvaro había concluido el paseo.

— El perro regresó sólo, Efraín - le informó Juan con angustia.

— ¿Cómo? – miró al animal que le ladraba con desesperación – Algo debe haberle ocurrido a Álvaro – concluyó – ¡Zeus, Álvaro geshucht ⁴! – le ordenó.

Zeus inició su carrera hacia el bosque para obedecer la orden de buscar a su amo, Efraín y Juan lo siguieron, mientras María esperaba con el alma en un hilo, temiendo lo peor. Cuando ambos hombres, guiados por el perro alcanzaron el lago, encontraron a Irma tendida en el hielo sujetando a alguien en el agua. Ella les gritó pidiendo ayuda y ambos compartieron su angustia cuando vieron a su jefe y amigo en el agujero. Sólo la sujeción de Irma había impedido que se hundiera, porque él ya estaba inconsciente, o tal vez muerto, si se dejaban llevar por la palidez azulada de su rostro.

Efraín y Juan se tendieron también en el suelo, pidiéndole a Irma que se alejara, no podían arriesgarse a que hubiera demasiado peso en el frágil hielo. Efraín sustituyó a Irma, sujetando también a Álvaro por la chaqueta, entre él y Juan lograron alzarlo lo suficiente para deslizarlo sobre la superficie. Lo alejaron del agujero, llevándolo a suelo más firme. Efraín comprobó con desesperación que no tenía pulso, ni respiraba. Inició maniobras de resucitación, mientras sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas. Los demás observaban los esfuerzos de Efraín con el corazón en un puño.

— Vamos cabrón – le murmuró a su viejo amigo, mientras presionaba su pecho – No voy a permitir que nos dejes, ¿lo oíste? Tú no puedes morir, no después de lo que has luchado para llegar hasta aquí. Resiste, maldita sea, no te rindas.

Irma y Martina observaban atónitas, Juan no sabía qué hacer. Después de unos interminables minutos, Álvaro tosió, entonces Efraín cambió las lágrimas por una sonrisa. Miró a Juan.

— ¡Trae el abrigo! – le ordenó, mientras envolvía a Álvaro en su propia chaqueta - ¡Pronto!

Juan obedeció, y entre ambos pusieron el abrigo sobre la chaqueta. Álvaro respiraba, pero no había recuperado la conciencia. Efraín lo alzó en sus brazos y le dio una orden a Juan.

— Regresa a la casa, que preparen mantas, hay que hacerlo entrar en calor rápidamente, y llama a una ambulancia – Juan corrió a cumplir las instrucciones de su jefe, luego Efraín miró a Irma – Será mejor que traigáis a la niña, también hay que hacerla entrar en calor.

Recorrieron el camino hasta la casa, Juan había contado a María lo que pasó, por lo que ella puso en movimiento a todos buscando mantas, hizo que subieran la calefacción y llamó a una ambulancia, pero le advirtieron que la nieve los retrasaría. Daniel bajó de su habitación en cuanto supo lo que ocurría, él y su madre esperaban en la puerta cuando vieron a Efraín que traía en brazos a Álvaro, envuelto en los abrigos. María vio a su amigo, asustándose por el color de su rostro, parecía muerto.

— Súbelo a su habitación – le instruyó María – Daniel, ayuda a Efraín a cambiarlo, hay que ponerle ropa seca para que pueda entrar en calor, la ambulancia se retrasará por la nieve. – Luego miró a Irma, que traía a Erika envuelta en el abrigo de Martina, la abuela cargaba a Samuel, y otra pequeña venía a su lado con expresión asustada - Ven Irma – le dijo – te llevaré a mi habitación para que le quites la ropa mojada a la niña.

— Gracias – dijo Irma, aún desconcertada por los acontecimientos.

María llevó a las mujeres y los niños a su habitación, luego les entregó mantas para que envolvieran a Erika, mientras Irma llamaba a su casa para que Carlos le llevara ropa seca a su hermana. Llamó a Miguel, pero él no respondió el teléfono, no estaba en la casa, así que ella no se preocupó más de buscarlo. Seguramente aparecería cuando todo hubiera pasado.

Efraín y Daniel cambiaron la ropa de Álvaro y lo abrigaron bien, Efraín trató de hacerlo volver en sí. Álvaro temblaba, pero aún no recuperaba la conciencia. María dejó a Irma y Martina atendiendo a Erika, para ver cómo seguía Álvaro.

— ¿Cómo está? – preguntó preocupada.

— No logro que despierte – reconoció Efraín con angustia – Estuvo demasiado tiempo en el agua helada, tiene hipotermia y es grave.

— Daniel, busca botellas vacías y llénalas con agua caliente. Trae todas las que puedas. - ordenó María.

— De acuerdo – dijo Daniel, que estaba deseando hacer algo que pudiera ayudar.

María comenzó a frotar las manos de Álvaro, y le pidió a Efraín que hiciera lo mismo con sus pies. Sus extremidades estaban heladas, las uñas eran de color violeta, igual que sus labios. Él continuaba temblando, pero María comprendió que eso era bueno, lo ayudaría a recuperar su temperatura.

Erika estaba bien, aunque un poco asustada, Martina bajó las escaleras para esperar a Carlos que vendría con la ropa de la niña, entonces vio a Daniel salir de la cocina, seguido por Juan, ambos llevaban bandejas con botellas llenas de agua.

— Daniel ¿cómo está Álvaro? – le preguntó.

— Se ve mal, Martina – admitió el chico preocupado – No hemos podido despertarlo, está muy pálido, tiembla mucho, nunca lo había visto tan enfermo.

— ¿Puedo ayudar en algo?

— No lo sé. Llevo agua caliente que me pidió mi madre, espero que ayude.

Daniel subió a toda prisa, y Carlos llegó a los pocos minutos, Martina le contó lo que había ocurrido, mientras cogía la ropa para Erika. Después de vestir a la niña, la bajaron envuelta en mantas para esperar a la ambulancia, pero por suerte Erika parecía estar bien, incluso había dejado de tiritar. Ahora todos estaban preocupados por Álvaro.

Martina superó su timidez y entró en su habitación, María había hecho colocar las botellas de agua caliente cerca de sus pies, mientras seguía frotando sus manos. La anciana se dio cuenta que la chica sabía lo que hacía, y eso la tranquilizó.

— ¿Hay algo en lo que pueda ayudar? – preguntó.

— Hemos hecho todo lo posible para que entre en calor, Martina. Ahora sólo podemos esperar.

Martina miró a Álvaro tendido en la cama, mortalmente pálido, los labios azules, envuelto en mantas y temblando. Ya no era el empresario poderoso, sino un hombre que había arriesgado su vida para salvar a una niña. Recordó el momento en que le preguntó si quería ser su madre por esa noche y se sintió enternecida, se acercó a él obedeciendo a un impulso. María vio sus intenciones así que se levantó dejándole espacio. Martina se sentó al borde de la cama,

acariciándole la cabeza y el rostro, como hacía con Samuel y con Irma cuando eran niños y estaban enfermos. Él entreabrió los ojos por primera vez, María sintió los suyos humedecerse.

Álvaro sentía un frío que nacía en sus huesos, temblaba sin poder evitarlo, y la pierna le dolía mucho, le costaba respirar, pero el contacto de una mano sobre su rostro, le removió sensaciones olvidadas. Cuando abrió los ojos vio a Martina a su lado, consolándolo y en medio de su confusión, creyó que había vuelto a ser un chiquillo y que todo lo que vivió desde entonces había sido una pesadilla.

— Madre... - murmuró con voz temblorosa- ...tengo mucho... frío...

— Lo sé, hijo – respondió ella con lágrimas en los ojos.

María hizo señas a Daniel para que trajera más mantas, lo abrigaron con ellas, él miró a su madre y le apretó la mano, comenzaba a recuperar la sensibilidad y la movilidad de sus músculos.

— Gracias...- le dijo, luego volvió a cerrar los ojos, perdiendo de nuevo la conciencia.

Álvaro y Erika fueron llevados finalmente al hospital, y mientras examinaban a la niña, Irma volvió a llamar a Miguel. Él le respondió de malas maneras, diciéndole que estaba ocupado haciendo un informe muy importante que debía entregar al día siguiente. Irma le contó que Erika había caído en el lago y que estaba en el hospital, aunque aparentemente se encontraba bien. Miguel simplemente le dijo que le avisara si ocurría algo grave, si no era así, que lo dejara en paz.

Irma colgó indignada, y llamó a su padre para avisarle también. Raúl, que se encontraba en su despacho en los juzgados, dejó a Brito, con quien se había reunido para hablar del caso Flores y corrió al hospital. Para él, Martina, Irma y sus nietos eran lo único importante en su vida. Cuando llegó, Carlos y Martina le contaron todo lo que había ocurrido, mientras esperaban noticias. Irma estaba en el cuarto con la niña y los médicos que la atendían. Al cabo de unos minutos, la pediatra salió de la habitación con Irma para tranquilizar a la familia.

— Está un poco asustada, aún – les dijo – pero afortunadamente se encuentra bien. No permaneció mucho tiempo en el agua. Eso la salvó.

— Gracias doctora – dijo Irma aliviada - ¿Podemos llevarla a casa?

— Preferiría que permaneciera esta noche aquí, sólo para observarla. Si todo continúa bien, mañana en la mañana podrá irse.

— Gracias, - volvió a decir Irma, y entraron en la habitación de Erika para acompañarla.

Raúl se sentía aterrorizado por lo que hubiera podido pasar, al mismo

tiempo que aliviado por el desenlace. Quedó muy impresionado por el valor del hombre que salvó a su nieta, y también comprendió que de no ser por él, ahora Erika estaría muerta. La niña se había quedado dormida, exhausta. Tocaron suavemente la puerta, era Daniel.

— Hola, – saludó el chico – mi madre me pidió que viniera, queremos saber cómo está Erika.

— Daniel, pasa cariño – lo saludó Irma, luego lo presentó a Raúl – Te presento a mi padre, papá, él es Daniel, el pupilo de Álvaro, el hombre que salvó a Erika.

— Un placer conocerte, hijo – dijo Raúl estrechándole la mano.

— Sí, también para mí – respondió Daniel.

— Erika está bien – le informó Irma - sólo la dejen por esta noche en observación, mañana le darán el alta. ¿Cómo se encuentra don Álvaro?

— Me temo que las noticias no son tan buenas de mi parte. Lo ingresaron en la UCI, tiene una severa hipotermia, pero lo que más preocupa a los médicos es un problema respiratorio que complica todo.

— ¿Qué tipo de problema? – preguntó Martina.

— Álvaro sufrió la perforación del pulmón derecho en un accidente hace muchos años, – explicó Daniel – le quedaron cicatrices internas que reducen su capacidad respiratoria. Parece que el frío y el agua que aspiró en la laguna han inflamado los pulmones, y eso sumado a la parte que no funciona, le compromete mucho la respiración.

— Por Dios – dijo Irma angustiada - Espero que todo salga bien.

— ¿Se le puede ver? – preguntó Martina.

— Sólo han dejado entrar a mi madre por unos diez minutos, pero tal vez puedan permitir entrar a alguien más.

— ¿Te importaría que yo lo intentara, hijo? – le preguntó Martina.

— Creo que a Álvaro le gustaría que tú lo acompañaras, Martina – reconoció Daniel, que sabía lo importante que era la anciana para su padre – Él te tiene en mucha estima.

Martina se levantó para acompañar a Daniel, estaba tranquila por Erika, sabía que la niña estaría bien. Irma la miró con cariño, comprendiendo que entre Martina y Álvaro había nacido un afecto especial. Al llegar a la UCI, María recibió a Martina. Tenía los ojos hinchados de llorar. Efraín hizo lo posible por consolarla, pero él mismo tampoco había logrado contener el llanto. María tomó de las manos a Martina.

— Gracias por venir, Martina, le diré a las enfermeras que eres su madre para que te permitan pasar.

— De acuerdo.

Álvaro reposaba en una habitación respirando por una máscara de oxígeno, la calefacción estaba muy alta, pero aun así él temblaba. Aún se veía pálido, aunque ya sus labios no estaban azulados. Martina se acercó, cogiéndole la mano, él abrió los ojos y le sonrió, no podía hablar con la máscara, pero apretó la mano que sostenía su madre, y por su mirada ella supo que se alegraba de verla.

— Vas a ponerte bien, Álvaro – le dijo Martina, haciendo un esfuerzo por contener el llanto – Verás que pronto estarás recuperado.

Él asintió, no quería que Martina se preocupara, aún tenía mucho frío, y se le hacía difícil respirar, pero había sobrevivido a peores situaciones, no tenía duda que lo lograría de nuevo. La presencia de su madre lo confortó. Martina lo miraba con preocupación, Álvaro le devolvió la mirada con un profundo cariño, se sintió en paz, su respiración comenzó a hacerse un poco más regular, y una agradable modorra se apoderó de él. Tenía los párpados pesados, sintió que estaba seguro, que nada malo podía pasarle. Se dio cuenta que estaba muy cansado, no solamente por la inmersión en la laguna, era un cansancio que venía arrastrando desde la noche en que fue detenido y su vida dio un violento giro, desde que se supo sólo y tuvo que comenzar a luchar para subsistir. Ahora disponía de una oportunidad de descansar, de dejarse llevar por el sueño reparador, sin el temor de la soledad. Su madre estaba allí. Ella comprendió que se había quedado dormido, al mismo tiempo que la enfermera le tocaba suavemente el hombro para decirle que habían pasado los diez minutos y que debía salir.

Madrid 2006 – La estafa.

Miguel terminó el informe casi a la media noche de ese domingo. Erika no le preocupaba, ya le habían dicho que estaba bien y en el hospital tenían los medios para atenderla. Él no podía perder el tiempo, debía entregar la evaluación de costos a Del Valle a primera hora de la mañana. Sólo así podría garantizar que la transacción se llevara a cabo inmediatamente, antes de que Emilio entrara en pánico y largara todo lo que sabía. Esa noche no durmió, esperando el amanecer. A las nueve en punto estaba en la puerta de la mansión de Oria vestido con su mejor traje, pidiendo hablar con el señor Del Valle Vandenberg. En la reja que cerraba el jardín, el guardia le dijo que esperara, luego comunicó por radio quién era y lo que quería. Le permitieron pasar, por lo que él pensó que ya había logrado su objetivo, sólo debía emplear su habilidad discursiva para convencer al lisiado sobre cuál era la mejor oferta. Juan, el mayordomo, lo recibió y le notificó que el señor Del Valle no estaba en casa.

— ¿Cómo que no está en casa a esta hora? – preguntó Miguel, creyendo que se lo negaba - ¿Es que está de viaje?

— ¿No es usted el padre de Erika, la niña que cayó ayer en la laguna? – preguntó Juan, dándose cuenta de la identidad de su interlocutor.

— Sí, soy yo, pero le insisto en que es muy importante que vea al señor Del Valle.

— ¿Usted no ha hablado con su esposa? ¿Ella no le ha contado?

— ¿Qué tiene que ver mi esposa? Soy un hombre muy ocupado, así que no he podido cotorrear con mi esposa para que me cuente nada – respondió Miguel con soberbia.

— Ya veo. Eso significa que tampoco ha ido a ver a su hija.

— ¿Y a usted qué le importa si he hablado con mi esposa, y si he ido o no a ver a mi hija? – se enfureció Miguel al sentirse juzgado – Lo único que debe decirme es dónde está don Álvaro Del Valle Vandenberg.

— Se lo diré, señor – dijo Juan remarcando las palabras – pero eso no sería necesario, si usted fuera un buen padre y hubiera acompañado a su hija. Entonces sabría, que el que sacó a la niña del lago fue don Álvaro y que como consecuencia de eso, en este momento se encuentra en la UCI, muy grave. Me temo que eso tan importante que tiene que decirle, tendrá que esperar hasta que él se recupere. Ahora si me disculpa, le agradezco que abandone esta casa, mis órdenes son de no permitir la entrada a nadie, si no están aquí don Álvaro, o don Efraín.

Miguel salió desconcertado, lo último que esperaba era que sus planes se

vieran alterados por un accidente que había sido ocasionado por su propia hija. Por lo visto el imbécil de Del Valle tenía madera de héroe y se había jugado la vida para salvar a la niña. Sintió temor. Si el estúpido moría, todos sus planes se vendrían abajo en el peor momento. Se encaminó al hospital, debía averiguar si era cierto que estaba tan grave. En la medida que hizo el recorrido sintió que enfurecía. Necesitaba culpar a alguien de su desgracia. El chivo expiatorio más a mano era Irma, ella debía cuidar a la niña y si lo hubiera hecho bien, Erika nunca hubiera caído en el lago, entonces él estaría en ese momento entregando el informe que le era vital.

Afortunadamente, para cuando llegó al hospital su familia iba en camino hacia su casa con Erika. Él preguntó por Del Valle y le informaron que continuaba en la UCI, se acercó al lugar con la intención de ver a su cliente para dejar constancia de su preocupación, pero antes de alcanzar la habitación encontró a Efraín. En ese momento estaba sólo, había logrado convencer a María que fuera con Daniel a la casa, para descansar un poco. Efraín sabía por Daniel que el impresentable de Miguel ni siquiera se había acercado al hospital para ver cómo estaba su propia hija, así que le indignó verlo aparecer, porque comprendió lo que estaba buscando.

— ¿Desea algo? – le preguntó Efraín, interponiéndose en su camino.

— Deseo ver a don Álvaro, para saber cómo está, desearle una pronta recuperación y tratar un asunto de suma importancia para él.

La respuesta indignó aún más a Efraín. Ese sujeto pretendía molestar a Álvaro en su actual estado con un asunto de negocios, algo que él no iba a permitir que ocurriera.

— No puede pasar – le dijo con severidad – don Álvaro necesita descansar y este no es el momento de tratar ningún asunto con él.

— ¿Y quién eres tú para impedírmelo? – preguntó Miguel altanero – Un empleado de tres al cuarto no va a impedir que vea a mi buen amigo. ¿Tienes idea de lo cercano que soy a tu jefe? ¿Sabes lo que te puede pasar si él llega a saber que me bloqueaste el paso?

— Correré el riesgo – respondió Efraín – Y si insiste, me veré en la obligación de llamar a la seguridad del hospital. No creo que ser sacado a empujones de un lugar como éste le haga bien a su imagen de banquero próspero.

Miguel le dirigió una mirada asesina que complació mucho a Efraín. Desde hacía muchos años le tenía ganas a ese malnacido, y si no lo lanzaba por la ventana era por respeto al lugar donde estaban, además que en ese momento lo único que le importaba, era el estado de salud de Álvaro. Sin embargo, Miguel sólo era chulito cuando se sentía en ventaja, por lo que comprendió rápidamente

que era imposible intimidar a Efraín. Con los dientes apretados, se dio media vuelta y se fue. Aún tenía la posibilidad de acudir a Julián, que parecía ser el más razonable de los que rodeaban a Del Valle.

Cuando recibió la noticia esa misma mañana, Julián estaba en Berlín haciendo una inspección de la planta principal de la empresa. María se disculpó con él por no haberle avisado el día anterior, pero todo había ocurrido tan rápido que nadie se acordó de llamarlo. Él comprendió, aunque lamentó no haberse enterado antes, se dirigió al aeropuerto, y cogió el avión de la empresa para regresar a Madrid. En ese momento se dirigía al hospital directamente desde el aeropuerto. Cuando llegó, ya Miguel había estado allí y Efraín le contó su corto encuentro, indignado. Julián sabía que Miguel lo llamaría y también cuál era el motivo de su prisa, pero vendría bien a sus planes que no lo encontrara aún. Si estaba nervioso cometería errores, que era lo que Álvaro quería. Sin embargo, en ese momento, todo eso era secundario, lo único importante era que Álvaro superara su actual estado. La doctora Beatriz Briceño, su médica, llegó cuando Efraín le explicaba a Julián lo que sabía. Ella saludó a Efraín, luego entró a examinar a su paciente. Al cabo de media hora volvió a salir, parecía aliviada.

— Está respondiendo bien, – les anunció – sus signos vitales se han estabilizado. Lo peor ha pasado ya.

— ¿Entonces se pondrá bien? - preguntó Julián.

— Aún debe recuperar fuerzas, pero por lo que veo, es un hombre que no se rinde con facilidad.

— Eso se lo puedo jurar – apuntó Efraín.

— Es lo más importante. Deberá permanecer ingresado, pero lo trasladaremos a una habitación, donde se sentirá más cómodo. Sin embargo es importante que descanse, así que las visitas deben estar restringidas y no debe recibir emociones fuertes.

— ¿Está despierto? – preguntó Julián.

— Muy despierto – confirmó Beatriz sonriendo – tanto, que trató de convencerme de que lo enviara a casa. – Efraín sonrió, ahora sabía que su amigo se pondría bien.

Miguel llamó a Nadal en cuanto salió del hospital, pidiéndole que se reuniera con él en su oficina urgentemente. Lo que tenía que decirle no podía ser hablado por teléfono, era posible que ya los tuvieran bajo vigilancia. Valladares entró a su oficina en el banco, despidiendo con un grito a su secretaria cuando le ofreció un café. Le dijo que solamente vería a Nadal y que localizara inmediatamente al señor Ferrer. Él mismo comenzó a llamar al móvil del abogado, tenía la esperanza de que Del Valle hubiera delegado todo lo relacionado con la compra en su empleado. Si era así, se podía morir cuando

quisiera el maldito cojo. Media hora después llegó Nadal, en pocas palabras Valladares lo puso en cuenta de lo que ocurría.

— ¡Espera! ¿Me estás diciendo que Del Valle está en el hospital y no se sabe cuándo se puede concretar la venta de la procesadora?

— Exactamente, eso.

— ¡Joder! ¿Y a ese imbécil quien le mandó a lanzarse en un lago helado?

— Nadal, – dijo Miguel, obviando que de no haber sido por Álvaro, su propia hija estaría muerta - no podemos esperar a que la venta se concrete para sacar a Emilio de la cárcel.

— No, un momento – lo interrumpió Francisco asustado – No puedo arriesgarme a volver a falsificar la firma de Ángela. ¿Y si el maldito cabrón se muere y no se concreta la compra? Ni siquiera sabemos quiénes son sus herederos, si tendrían intenciones de seguir adelante con el negocio, o si son tan estúpidos como él.

— Nadal, si no se concreta la compra estamos jodidos, pero si Emilio habla, además terminaremos en la cárcel. Te aseguro que todo saldrá bien – insistió Miguel – sólo tienes que tomar prestado el dinero por unos días, luego lo repones, y nadie se entera.

— Muy bien, – aceptó Nadal resignado – pero después que todo esto termine me iré a vivir a algún paraíso tropical y no quiero saber nada de ninguno de vosotros.

— Es un trato - dijo Valladares con alivio, mientras volvía a marcar el teléfono de Julián.

El abogado, su único enlace seguro con Del Valle, no respondía el móvil. Salía siempre fuera de cobertura, por lo que pensó que era muy probable que ni siquiera estuviera en España. Miguel sentía que la sangre le hervía, todo parecía tan sencillo apenas unas horas atrás, pero ahora su vida se había complicado sin que pudiera hacer nada. El accidente de Erika era la causa y la única responsable era la inútil de su mujer. Después que Nadal abandonó la oficina en dirección al banco de Ángela, Miguel salió de su despacho, conduciendo hasta su casa, dispuesto a descargar la frustración en su víctima favorita, su esposa.

Irma había dejado a Erika en su cuarto, advirtiéndole que debía estar tranquila por unos días como indicó su pediatra, luego bajó las escaleras para reunirse con su madre, que preparaba un té en la cocina. María las había llamado para decirles que Álvaro estaba mejorando y que lo trasladarían a una habitación en unas horas. Eso las tranquilizó. Ya Álvaro se había ganado un lugar en el afecto de ambas mujeres, pero después de lo que hizo por Erika, se convirtió en alguien muy especial.

Miguel entró por la puerta principal hecho un basilisco, preguntó a la primera empleada que encontró dónde estaba su mujer.

— La señora Irma se encuentra en la cocina, señor – respondió la chica con miedo.

Él ni siquiera le dio las gracias, la apartó de un empujón para dirigirse con paso apurado hacia la cocina, Carlos lo vio llegar en ese estado de ánimo y lo siguió asustado, pensando que había ocurrido una nueva desgracia. Miguel entró en la cocina con el rostro desfigurado por la rabia, miró a Martina y a Irma, las culpables según él de todos sus problemas.

— ¡Malditas imbéciles! - les gritó – ¡Sois tan inútiles que ni siquiera sois capaces de cuidar a una niña pequeña!

— ¿Pero qué estás diciendo? – preguntó Irma, poniéndose de pie, e interponiéndose entre él y Martina.

— Papá ¿qué ocurre? – preguntó Carlos, que lo había seguido.

— Que ¿qué ocurre?- repitió Miguel - Te voy a decir qué ocurre, por culpa de la estupidez de tu madre y de esa vieja, es posible que pierda el mejor negocio de mi vida. Eso ocurre.

— ¿Negocio?- preguntó Irma - ¿Qué puede tener que ver un negocio con el accidente de Erika?

— Del Valle tenía que aprobar una venta – explicó Miguel con la cara enrojecida por la ira - Y por culpa de tu torpeza, ni siquiera he podido llegar hasta él para entregarle el informe.

— ¿Es lo único que te importa?- preguntó Irma indignada – Tu hija ha estado a punto de morir, el hombre que arriesgó su vida para salvarla está en el hospital, pero ¿lo único que te preocupa es que no pudiste concretar tu negocio? – Carlos miró a su padre como si no lo conociera. — Eres un hijo de puta, Miguel.

Miguel sintió que algo subía desde su estómago, una rabia incontenible, parecida a la que sintió cuando Ana Roldán le lanzó el mismo insulto veintiséis años atrás. No pensó si dejaría marcas, o si era socialmente conveniente, deseaba hacerlo desde hacía muchos años, desde que el temor a que se abriera el caso Roldán había sido sepultado en el tiempo. Lanzó un puñetazo contra la cara de Irma, que perdió el equilibrio cayendo al suelo, Martina se acercó a ella, la ayudó a levantarse rodeándola con sus brazos y plantándole cara a Miguel, dispuesta a defender a su hija. Carlos también se interpuso entre su padre y su madre, con la intención de proteger a su madre. Miguel no iba a enfrentarse a su hijo.

— ¡Vete de mi casa! – gritó Miguel.

— Lo haré con gusto – respondió Irma – Y me llevaré a mis hijos.

— ¡Quédatelos! - espetó él, mirando a Carlos que no salía de su asombro
— ¡Ninguno sirve para nada!

Álvaro reposaba recostado en la cama del hospital, María lo acompañaba. Habían pasado dos días desde que salió de la UCI. Comenzaba a sentirse mejor. Ya no sufría ese frío espantoso, además debieron colocarle algo en el gotero para el dolor de la pierna, porque ya no lo padecía, aunque se sentía un poco amodorrado. Aún tenía problemas para respirar, pero mejoraba poco a poco, y no veía el momento de salir de allí. Lo primero que hizo cuando recuperó completamente la conciencia fue preguntar por Erika. Fue un enorme alivio saber que la niña se encontraba bien.

No lo habían dejado sólo ni por un momento. María, Efraín y Daniel, se turnaban para acompañarlo, ellos eran su familia, con los que siempre había podido contar sin condiciones. Pablo y Juan también hacían guardias en la puerta, cuidando que no fuera molestado por Miguel, que ya había hecho varios intentos de aproximación. Cuando salió de la UCI le pidió a Julián que regresara a Berlín, era importante lo que tenía que hacer allí. Le aseguró que se sentía mucho mejor y que le avisarían si surgía alguna novedad.

Se estaba quedando dormido, probablemente a causa de los analgésicos, cuando llegó Efraín. María miró a su novio con severidad por inoportuno, pero ya no había remedio.

— Lo siento, Álvaro – se excusó Efraín – no era mi intención despertarte.

— Está bien, me alegra verte, Efraín. ¿Hay novedades?

— No creo que debas preocuparte por eso ahora, - intervino María – Necesitas descansar.

— Lo que preparamos está en marcha, María - le refutó Álvaro – y no se va a detener por mi convalecencia. Dime Efraín, ¿qué ha pasado?

— En los últimos dos días, bastante – comenzó a explicar Efraín resignado - Nadal ha sido detenido.

— ¿Nadal? – preguntó María sorprendida, lo que tenían preparado para él, aún no había sido usado.

— Al parecer, el muy estúpido volvió a intentar sacar fondos de la cuenta de Ángela, - explicó Efraín – por lo visto creyó que no se habían dado cuenta la primera vez. Pero el banco estaba prevenido y también su mujer, aunque no sabían quién era el ladrón. Ayer trató de repetir el desfalco, y lo pillaron.

— ¿Cómo puede ser tan torpe? – preguntó María.

— Es la desesperación, – respondió Álvaro – temen que Flores hable, así que necesitan pagar su fianza. Miguel reforzará sus intentos de hablar conmigo, debe estar desesperado, ahora son dos de sus compinches los que

pueden ponerlo en evidencia, y Nadal es más débil que Flores.

— Sí, está desesperado – confirmó Efraín pensativo, Álvaro comprendió que le ocultaba algo.

— ¿Qué ha ocurrido, Efraín? – le preguntó.

— Te anda buscando y está llamando a Julián como loco.

— ¿Qué más?

— ¿Por qué iba a haber algo más? – preguntó elusivo su amigo.

— Efraín ¿qué más? - le preguntó Álvaro inquisitivo, lo conocía lo suficiente para saber que le escondía información.

María le rogó con la mirada a Efraín que no dijera nada, no sabían cómo podía afectar la mala noticia el estado de salud de Álvaro, aún frágil. Pero Efraín conocía bien a Álvaro y sabía que no había forma de engañarlo, suspiró.

— Miguel golpeó a Irma – confesó Efraín – y la echó de su casa con sus hijos.

— ¡Maldito hijo de puta! – renegó Álvaro incorporándose, olvidando su precario estado de salud - ¿La lastimó?

— No, nada grave.

— Efraín, dime la verdad – le apremió Álvaro.

— Te juro que está bien, – insistió Efraín – solo tiene un hematoma en el ojo. Ya puso la denuncia y se mudó con sus hijos y Martina a la casa de su padre. También contactó un abogado para iniciar los trámites de divorcio.

Álvaro respiró profundo, sabía desde el principio que su hermana saldría perjudicada de alguna manera y no podía olvidar que Miguel era un asesino. Se sentó en la cama.

— Efraín, asigna los hombres que sean necesarios a la protección de Irma y sus hijos, hazlo sin que lo noten. Que no permitan que el cabrón de Miguel se les acerque. – retiró las sábanas, se quitó el oxígeno y la aguja del brazo - María alcánzame mi ropa, por favor, luego llama a Julián para que se reúna conmigo y con Miguel Valladares esta misma tarde.

— Álvaro – trató de detenerlo María - ¿Te has vuelto loco?. Tú no puedes salir del hospital, hace menos de cuarenta y ocho horas estabas en la UCI, aún no te has recuperado.

— María – dijo él jadeando un poco – te agradezco tu preocupación, pero no voy a quedarme de brazos cruzados, mientras mi familia está en peligro. Dile a Pablo que entre, necesitaré su ayuda para vestirme, y tú espera afuera, por favor.

Efraín y María lo miraron atónitos por un momento, pero enseguida obedecieron sus instrucciones, conocían bien a Álvaro y sabían que cuando se le metía algo en la cabeza, no había poder humano que lo detuviera.

Álvaro estaba sentado detrás de su escritorio, esperando. Julián, de pie cerca de él, lo observaba con preocupación. Cuando María lo llamó para contarle que Álvaro había decidido salir del hospital contra opinión médica y que quería una reunión esa misma tarde con él y Valladares, comprendió que su jefe había tomado una decisión inapelable, por lo tanto sería imposible hacerle entrar en razón. Y aunque no estaba de acuerdo con él, lo comprendía. María tocó la puerta y se asomó.

— El señor Valladares está aquí – anunció.

— Hazlo pasar – respondió Álvaro.

María invitó a pasar al despacho a Miguel, Efraín decidió quedarse en la antesala con Juan, por si era necesaria su presencia. Temía la reacción de Miguel y que pudiera volverse violento contra Álvaro. Su amigo sabía defenderse, pero en ese momento estaba convaleciente, por lo que era más vulnerable. Miró a María, comprendiendo que compartía su preocupación. Miguel entró con una sonrisa hipócrita pintada en el rostro. Esperaba salir de allí con una fecha para la compra que lo convertiría en millonario y resolvería todos sus problemas.

— Buenas tardes, - les dijo a Álvaro y Julián – señor Del Valle, no sabe la alegría que me da poder verlo recuperado. Estaba muy preocupado por su salud.

— Eso me han dicho. – comentó Álvaro mordaz – Siéntese, por favor.

— Gracias – respondió Miguel – Quiero decirle que agradezco mucho lo que hizo por Erika, que he querido expresarle mi preocupación y gratitud personalmente, pero algunos de sus empleados han impedido que me acerque a usted.

— Lo sé, cumplían con su deber.

— Claro, – admitió Miguel, a quien se le congeló la sonrisa en el rostro, esperaba otra reacción por parte del empresario.

— ¿Trajo los informes? – preguntó Álvaro, que no podía sacarse de la cabeza que ese tipo había maltratado a su hermana.

— Sí, desde luego, – dijo Miguel entregándole los dossier – como verá, - le explicó mientras Álvaro ojeaba uno de los documentos y Julián el otro – mi conclusión es que la empresa que le conviene comprar es la “Procesadora Maginsa”, que aunque es un poco más costosa que la otra, podrá cubrir todas sus necesidades a futuro.

Álvaro terminó de leer las conclusiones del informe, luego lo intercambió con Julián, para hacer lo mismo con el otro. Ambos hombres se miraron, Miguel tuvo la incómoda sensación de que era ignorado por completo.

— ¿Te parece satisfactorio? – le preguntó Álvaro a Julián.

— Aquí está todo lo que necesitamos – respondió el abogado.

— Gracias, señor Valladares. Ha realizado su trabajo como esperábamos, no nos ha defraudado.

— Un placer, señor Del Valle ¿Entonces, cuando se concretará la compra?

— La compra ya se ha concretado. – anunció Julián - Firmamos la semana pasada.

— No comprendo – dijo Miguel, más confundido aún – Eso no es posible.

— Lo es, - explicó Álvaro – porque ya habíamos tomado una decisión antes de que usted nos entregara los informes. - Compramos “Cobres Huelva” la semana pasada, por doscientos treinta millones. – apuntó Julián.

— Sin embargo, su comisión le será entregada por su trabajo, como habíamos acordado.- aclaró Álvaro.

— Pero eso significaría sólo cuatrocientos sesenta mil euros – protestó Miguel, palideciendo.

— ¿Le parece poco por un informe que además, es falso? – preguntó Julián – A mí me parece un pago muy generoso.

— No, no puede ser – insistió Miguel desesperado – tiene que ser una broma, eso no me alcanza ni para cubrir lo que tengo que pagar por haber hipotecado mi casa. - Miguel se levantó del asiento avanzando hacia Álvaro, que también se puso de pie, dispuesto a defenderse si aquel sujeto lo agredía.- ¡Me has arruinado, hijo de puta!

Álvaro casi deseaba que lo atacara para tener la excusa de cobrarle el maltrato hacia su hermana. Julián había previsto con Efraín que esa situación podía presentarse, así que llamó al móvil del jefe de seguridad. Efraín no respondió la llamada, simplemente entró en el despacho acompañado de Juan. Miguel, sin embargo, tuvo tiempo de lanzar un puñetazo contra Álvaro, pero él no era su hermana, sino un ex presidiario que había tenido que sobrevivir enfrentándose a tíos peores que Miguel, por lo que a pesar de su estado de salud bloqueó el golpe, usando luego el bastón para hacerle perder el equilibrio a su enemigo. Miguel no supo cómo terminó en el suelo, Efraín y Juan lo alzaron, uno de cada brazo.

— Sacadlo de aquí – les ordenó Álvaro.

No necesitó más explicaciones, ambos hombres arrastraron a Miguel hasta la puerta, se aseguraron que entrara en su coche y saliera de la propiedad. Miguel estaba enfurecido, no comprendía nada, no tenía sentido que esperaran su informe y se reunieran con él para después decirle que una semana antes habían llevado a cabo la compra. Si él se hubiera limitado a ser un

consejero financiero no le hubiera importado, porque cobraría su comisión de cualquier manera, pero se había metido hasta las cejas en el negocio. Ahora era dueño de una empresa metalúrgica en quiebra, su casa estaba hipotecada, sus cuentas bancarias vacías, había metido mano en los fondos del banco y no tenía cómo reponer lo que faltaba a corto plazo. Para colmo de males, sus dos cómplices habían sido detenidos, y él no disponía de recursos ni para pagarles la fianza.

El móvil lo sacó de sus meditaciones. Era su secretaria, la muy imbécil no podía encontrar un peor momento para molestarlo. Sin embargo, respondió.

— Señor Valladares será mejor que venga a su oficina.

— ¿Quién te crees que eres para decirme lo que debo hacer, imbécil? – le respondió él, descargando todas sus frustraciones.

— Creo que le conviene, señor- respondió ella – Aquí hay unos señores, de parte de la Supervisión de Entidades Bancarias y están llevando a cabo una auditoria.

Miguel detuvo el coche, incapaz de seguir conduciendo, no era posible que la suerte le fuera tan adversa. En los quince años que llevaba al frente del banco, nunca había surgido ninguna duda sobre su estabilidad, o manejo. Y precisamente ahora, que él había cometido un desfalco, realizaban una auditoria. No lo pensó dos veces, dio la vuelta al coche, y se dirigió al aeropuerto.

Raúl recibió la noticia, y pidió que se la repitieran, porque no lo podía creer. La corte que presidía parecía un club social, primero un ministro detenido por corrupción, luego un famoso director de orquesta que trató de estafar a su propia esposa, y ahora Miguel, su propio yerno, un banquero reconocido, había sido detenido en el aeropuerto tratando de salir del país, después que una investigación solicitada por los accionistas minoritarios del banco, demostrara que había cometido un desfalco. A Raúl le parecía que todos se habían vuelto locos.

Era un juez experimentado, así que comprendió enseguida que había algo que se le escapaba. Los tres imputados sostenían una relación de amistad de muchos años entre sí. Seguía teniendo la impresión de que había alguien muy poderoso moviendo los hilos por detrás de las bambalinas. Le molestaba ser utilizado, pero no podía dejar de reconocer que había recibido mucha ayuda en ese caso, aunque le hubiera gustado saber de quién. Después de la detención de Nadal recibió por correo los estados de su cuenta oculta en Suiza, al igual que ocurrió con Flores. Lo que más les llamó la atención a él y a Brito, fue comprobar que ambas cuentas habían sido abiertas con una semana de diferencia, así como que los fondos para abrirlas tenía el mismo origen. Además, ambos habían hecho un retiro de la casi totalidad de lo que allí había el

mismo día. Aquello no podía ser casualidad.

No se sorprendió mucho cuando vio llegar a Brito con otro sobre certificado en la mano, incluso antes que Miguel fuera traído desde el aeropuerto. Raúl esperaba ansioso ver a su ex yerno aparecer en sus predios. El malnacido le había amaratado un ojo a su hija, así que estaba deseando hacérselo pagar, aunque claro, él tendría que inhibirse como juez de cualquier caso relacionado con su yerno, pero eso sería después, cuando llegaran al juicio. Si durante la investigación había surgido el nombre de Miguel, aquello no era su culpa. No cometería en esta oportunidad el mismo error de hacerse a un lado como hizo cuando condenaron a Samuel. Brito mostró el sobre, que tenía las mismas características de los anteriores, el mismo remitente, Pedro González, la misma dirección. Eran enviados desde Ginebra. Ya Brito había investigado todo lo posible acerca del origen de la información, pero solo había encontrado callejones sin salida.

— Déjame adivinar – le dijo Raúl – Es toda la información sobre una cuenta en Suiza, de nuestro amigo Miguel Valladares.

— Y es muy interesante.- afirmó Brito.

— ¿También abrió la cuenta por la misma fecha?

— Nada de eso. Es la cuenta de donde salieron los fondos para las otras dos.

— ¿Me estás diciendo que fue Miguel quien le pagó a Flores y a Nadal lo suficiente para que cada uno de ellos abriera una cuenta en Suiza?

— No solo eso. Por la misma fecha, Nadal recibió una beca del banco de Valladares, para estudiar en una prestigiosa academia de música en Nueva York.

— Juilliards - apuntó Raúl. Ese nombre era para él como un puñal, porque le recordaba la vida truncada de su hijo.

— Esa misma – confirmó Brito – Y nuestro ilustre Flores comenzó a recibir apoyo para sus campañas políticas de parte del mismo banco desde entonces.

— ¿Sabemos por qué? – preguntó Raúl.

— Fue hace muchos años, pero estamos revisando los archivos. Debe haber ocurrido algo muy importante en esos días que estuviera relacionado con los tres.

— Sigue investigando – ordenó Raúl - y me avisas lo que descubras. ¿Algo más que sea importante?

— También retiró casi todo su dinero e hipotecó todas sus propiedades, al mismo tiempo que los otros dos. Con el desfalco que hizo al banco, adivine cual fue la cifra que reunió.

— Treinta millones de euros – Brito asintió.

— Necesitamos averiguar para qué querían ese dinero.

— Lo intentaré con Nadal – dijo Brito - creo que es el más débil de los tres, y se derrumbará cuando sepa que su amigo Valladares no puede ayudarlo.

Irma estaba sentada con su madre en la cocina de la casa de su padre. Aún tenía el ojo hinchado, pero ya comenzaba a cambiar de color. Martina no pudo evitar sentir dolor al ver a Irma en esas condiciones. Siempre había temido que eso llegara a ocurrir, por lo que le había advertido a su hija que no debía permitirlo. Irma había reaccionado bien, denunció a Miguel y se llevó a sus hijos, pero no podía evitar un sentimiento de desasosiego. Su ex marido era un hombre muy poderoso, por lo que ella temía que cumpliera la amenaza que siempre le había hecho de quitarle a sus hijos si lo abandonaba.

Irma estaba muy lejos de imaginar los problemas que tenía encima el hombre a quien ella atribuía tanto poder. Carlos entró también en la cocina para servirse una gaseosa, luego cogió la mano de su madre dándole apoyo. Para el chico, ver el lado oscuro de su padre fue devastador. Él lo creía un hombre admirable, un triunfador, con perfectos modales, así como un esposo y padre ideal. Su primera decepción fue cuando no acudió a visitar a Erika en el hospital, pero lo justificó pensando que estaba muy ocupado, y posiblemente le había resultado imposible, pero cuando lo vio agredir a su madre, para luego poner sus negocios por encima del bienestar de su hermanita, la imagen se le vino al suelo.

Escucharon la puerta, era Raúl, les había pedido que lo esperaran despiertos porque tenía algo muy importante que comunicarles. No sería fácil, por lo que prefería explicarles en persona lo que había ocurrido. No solamente Miguel había robado a su propio banco, sino que los había dejado en la ruina para llevar a cabo una estafa. Brito logró que Nadal hablara sobre la procesadora de cobre, a cambio de tomar en cuenta su colaboración durante el juicio. El músico se mantuvo en silencio hasta que supo que Valladares también había sido detenido, entonces comenzó a hablar.

— Hola papá, – le dijo Irma cuando lo vio llegar - ¿quieres comer algo?

— No, hija, gracias, – respondió Raúl, viendo con tristeza el ojo amoratado –ya comí antes de venir.

— ¿Querías hablar con nosotros, abuelo? – preguntó Carlos.

— Sí – admitió Raúl - y me temo que no son buenas noticias. Miguel ha sido detenido.

El anuncio causó estupor como era de esperarse.

— ¿Fue por la denuncia que le puse por malos tratos? – preguntó Irma.

— No, hija, fue algo que no tiene nada que ver con vosotros – suspiró – Miguel cometió un desfalco en su banco.

— No puede ser, abuelo, – intervino Carlos – tiene que haber un error, mi padre no es un ladrón.

— Lo lamento mucho Carlos, tenemos todas las pruebas, no hay ninguna confusión. Y me temo que solo es la punta del iceberg.

— ¿Estás seguro papá? – preguntó Irma, que lo creía moralmente capaz de hacer algo así, pero no tan estúpido como para ponerlo en práctica - Eso es muy arriesgado y él es un hombre muy rico, ¿para qué iba a hacerlo?

— Porque se le presentó la oportunidad de estafar a otro hombre mucho más rico que él, – explicó Raúl – pero necesitaba mucho dinero para lograr su objetivo, creyó que podría reponerlo antes que se dieran cuenta, pero algo falló.

— Álvaro Del Valle – dijo Martina comprendiendo - Era el hombre al que querían estafar, ¿verdad?

— Sí, Martina, - reconoció Raúl – pero el tonto resultó no serlo tanto, y por lo visto se olió la jugada. Miguel y sus amigos lo subestimaron, sin darse cuenta que un hombre no llega a donde llegó Del Valle siendo un estúpido.

— Por eso estaba tan preocupado por no poder acceder a él. – apuntó Irma, que finalmente comprendía.

— Lo siento, – dijo Raúl – por lo visto, siempre soy portador de malas noticias en esta familia.

— No es tu culpa, papá. Miguel tomó el camino equivocado, y por primera vez está sufriendo las consecuencias.

Aunque no podía decirlo en voz alta y lamentaba el dolor por el que estaba pasando Carlos, sintió un profundo alivio. El hombre que la amenazaba ya no podría lastimarla, ni tampoco a sus hijos.

Madrid 2006 - Controlando daños.

Álvaro estaba sentado en su despacho, en un sillón de respaldo alto junto a la chimenea encendida. Zeus reposaba tendido a su lado, parecía intuir que su amo no se encontraba bien y se resistía a separarse de él. El agradable calor del fuego le aliviaba la pierna y el ambiente cálido le facilitaba la respiración. Aunque no quería reconocerlo, se sentía agotado. Beatriz había aceptado verlo en su casa una vez superado el enfado por haberse marchado del hospital contra sus indicaciones, advirtiéndole que aunque había mejorado mucho, sus pulmones continuaban inflamados, por lo que su capacidad respiratoria seguía comprometida. Por eso se sentía tan cansado, situación que sólo superaría con reposo y cuidados.

Sus amigos se esforzaban en que tuviera ambos, pero él no era hombre de sentarse a esperar que ocurrieran las cosas, así que no les ponía la tarea fácil. Después de haber pasado toda la mañana dando instrucciones y resolviendo problemas, María lo convenció de que descansara un poco, por lo que accedió a leer un libro junto al fuego, pero hacía rato que no pasaba de la misma página y que el libro reposaba sobre su regazo, mientras él dormitaba.

María tocó la puerta y se asomó, Álvaro se despertó, sorprendido de haberse quedado dormido. Ella no pudo evitar sentirse mal por haber interrumpido su descanso, pero el motivo que la hizo entrar era de mucha importancia. Se acercó a él, mirándolo con preocupación.

— Lo siento, Álvaro. No hubiera querido despertarte.

— Ni siquiera me di cuenta cuando me quedé dormido – admitió él - ¿Qué ocurre, María? - preguntó, sabiendo que ella no lo despertaría sino por algo importante.

— Alguien quiere verte – anunció María dubitativa.

— ¿Alguien?- preguntó él, percibiendo la angustia de María - ¿Quién?

— Raúl Andara, por lo visto quiere hablarte sobre la estafa que planeaban Valladares y sus cómplices.

Álvaro la miró comprendiendo su angustia, la noticia terminó de despertarlo, y sintió que el corazón se le aceleraba. Sabía que tarde o temprano debería enfrentarse a su padre, pero había tenido la esperanza de poder escoger el lugar y el momento. Era lógico, sin embargo, que al guiar la investigación hacia la corte de Raúl, terminara llevándolo hasta él.

— Hazlo pasar.

— ¿Estás seguro?- preguntó María – Quiere hablar contigo sobre el negocio de la procesadora, puedo decirle que aún estás convaleciente y que se

informe a través de Julián.

— Tendré que enfrentarlo tarde o temprano, María – le respondió Álvaro.

– Este es un momento tan bueno como cualquier otro.

— Está bien – aceptó ella, no muy convencida.

María salió, afuera esperaba Raúl.

— Puede pasar señorita – le dijo María con amabilidad - ¿Desea tomar algo?

— No gracias, trataré de ser breve, sé que el señor Del Valle acaba de salir del hospital.

— Le agradezco su consideración – respondió María.

Raúl entró casi con timidez, aquella casa era impresionante y aunque no era el tipo de lugar que a él le hubiera gustado para vivir, comprendió enseguida que para alguien como Miguel debió resultar una tentación irresistible. El despacho era muy grande, con un escritorio de caoba al fondo y un recibo pequeño cerca de la chimenea, que en ese momento estaba encendida. Sentado junto a ella, se encontraba el hombre del que tanto había escuchado hablar últimamente. Álvaro comenzó a levantarse apoyándose en el bastón, Raúl comprendió que no le resultaba fácil. Se sintió culpable por importunarlo en medio de su recuperación.

— Por favor, no se levante – se apresuró a decir – No es necesario, señor Del Valle.

— Gracias, señor Andara – respondió Álvaro regresando a la comodidad de su asiento, el perro a su lado se sentó también, atento a los movimientos de su amo – Siéntese, por favor – le indicó uno de los sillones a su lado.

— Gracias, lamento molestarlo, sé que necesita descanso, pero debo hablar con usted.

— ¿En qué puedo ayudarlo, señorita?- preguntó Álvaro, tratando de mantener el control de sus emociones. Una parte de él quería abrazar a su padre, la otra recriminarle su abandono. No hizo ninguna de las dos cosas.

— Antes que nada, quería agradecerle que salvara a mi nieta en la laguna. No viviré lo suficiente para pagarle por eso.

— Gracias, no sabe usted el valor que tienen para mí sus palabras.

Raúl lo miró, sintiendo que algo se le escapaba. El hombre que tenía delante imponía autoridad aún sentado en aquel sillón con su salud evidentemente comprometida. Era obvio que se encontraba en un momento poco propicio, pero nunca se le hubiera ocurrido atribuirle debilidad. Comprendió que Miguel debió sentirse intimidado ante él y también que debió despertar su envidia. Álvaro por su parte, observaba a su padre con sentimientos encontrados, estaba envejecido, era obvio que había sufrido

mucho. Se dio cuenta que había perdido parte de la severidad que lo caracterizaba en sus recuerdos.

— No sé si se habrá enterado, – asomó Raúl – pero el señor Valladares ha sido detenido por llevar a cabo un desfalco en su banco.

— Sí, ya lo sabía, - admitió Álvaro - algunos de mis empleados tienen el deber de mantenerme informado de lo que ocurre a mi alrededor.

— Lo que probablemente no sepa, – dijo Raúl – es el motivo por el que llevé a cabo el desfalco. Esa es la razón por la que he venido.

— ¿Tendría que ver con la compra de la metalúrgica, en la que el señor Valladares debía llevar a cabo un estudio financiero?

— Pues por lo visto sí está usted bien enterado.

— Es necesario en los negocios que manejo. - respondió Álvaro - La información es la clave del éxito y dejarse llevar por las apariencias puede hacer cometer graves errores.

— ¿Usted sabía que Valladares pretendía estafarlo? - preguntó Raúl, comprendiendo que su yerno había subestimado al hombre que tenía frente a él.

— Demoró demasiado en entregar el informe, – explicó Álvaro – luego mis colaboradores me informaron que una de las empresas que quería comprar había cambiado de dueño y que uno de los compradores era el hombre al que solicité la evaluación de esa empresa, aunque llevé a cabo la negociación a través de una sociedad limitada. La conclusión era inevitable.

— ¿Qué hizo usted?

— Supongo que lo que cualquier otro hombre de negocios en mi lugar – dijo Álvaro con humildad – Solicité una segunda evaluación a otro grupo financiero, comprobé que la otra empresa era la apropiada y llevé a cabo la compra.

— ¿Qué hizo con respecto a Valladares?

— Lo dejé entregar su evaluación, - dijo Álvaro – que resultó bastante alejada de la realidad, luego le notifiqué que ya se había llevado a cabo el negocio.

— ¿Cómo reaccionó? – preguntó Raúl.

— Bastante mal, intentó agredirme.

— ¿Lo consiguió? ¿Llegó a lastimarlo?

— No, pude contenerlo, y luego mi jefe de seguridad lo sacó ¿Hay algo más que desee saber, señoría?

— ¿Conserva usted los informes que le entregó Valladares? – preguntó Raúl – Pueden ser una prueba importante durante el juicio.

— Desde luego.

Álvaro se levantó, caminando hasta su escritorio mientras se

apoyaba en el bastón, abrió uno de los cajones y sacó dos dossiers. Raúl lo siguió, cogió los documentos y los ojeó. Esa sería la prueba definitiva para comprobar la intención dolosa de su ex yerno, además del desfalco, el fiscal podría agregar intento de estafa.

— Gracias por su tiempo y su colaboración – dijo Raúl extendiendo la mano – Lamento haber tenido que perturbar su descanso, espero que se recupere pronto, señor Del Valle.

— No es necesario que se disculpe, señorita. – dijo Álvaro estrechándole la mano– Usted sólo cumple con su deber.

— Buenas tardes – se despidió Raúl y se dio la vuelta para dirigirse a la puerta.

— Señor juez – le llamó Álvaro, él se detuvo - ¿Cómo están su hija y sus nietos?

— Están bien.

— ¿Y Martina?

— También está muy bien.

— Hágales llegar mis saludos, por favor.

— Lo haré – aceptó Raúl – Buenas tardes.

— Buenas tardes, señor Andara.

Raúl salió del despacho y Álvaro se sentó detrás de su escritorio. Se sentía exhausto, como si hubiera corrido kilómetros, una mezcla extraña de emociones lo abrumaba. No hubiera sido capaz de decir qué era lo que sentía hacia su padre, apoyó los codos en la mesa, sostuvo su cabeza entre las manos y rompió a llorar.

Julia esperaba ansiosa en el aeropuerto, Daniel la acompañaba. Ella no había visto a su padre desde las Navidades anteriores, un año, y lo echaba mucho de menos. Lo llamó en cuanto detuvieron a su abuelo, él no pareció muy sorprendido, por lo visto sospechaba de la honorabilidad del viejo político desde hacía muchos años, pero era su suegro y nunca había tenido pruebas contra él.

Lo que sí sorprendió a Martín fue la noticia de que Flores se encontraba arruinado, que su casa estaba hipotecada y sus cuentas en rojo. Aquello era muy extraño. Julia le dijo que debía abandonar la casa antes de dos semanas y no sabía qué hacer. Su novio, Daniel, le ofreció acogerla en la suya, pero al parecer, él mismo no vivía con su padre, por lo que a Julia le daba apuro aceptar, aunque el tutor de Daniel se había ofrecido a recibirla.

Martín le dijo que no debía preocuparse, comprendió que sus días errantes debían terminar, su hija lo necesitaba, así que habló con su jefe en el periódico y le dieron un puesto en la redacción. Regresaba a Madrid, esta vez

para quedarse. Con él venía su compañera de aventuras, Natalia Gómez, movida por la curiosidad del caso. Ahora Julia, miraba entre los pasajeros del avión recién llegado de Katar, buscando identificar a su padre. Finalmente lo vio, antes que él a ella, y lo sorprendió con un caluroso abrazo.

Martín soltó la maleta para abrazar a su pequeña, porque para él, la imagen de Julia siempre estaría asociada a la pequeña niña que disfrutaba escuchando las historias de los exóticos lugares que él visitaba, mientras sostenía fascinada alguna chuchería que le había traído. Se le hacía difícil comprender que ahora quien le esperaba fuera una jovencita que estaba a punto de presentarle a su novio. Después de los abrazos y saludos de bienvenida, Julia le pidió a Daniel que se acercara.

— Papá, él es Daniel, mi novio, – le dijo con orgullo – de no ser por él, no sé qué hubiera hecho estos últimos días.

— Es un placer, señor – saludó Daniel extendiendo la mano para saludar a su suegro.

— Llámame Martín, hijo. - respondió estrechándole la mano - Has cuidado de mi hija y te estoy muy agradecido. – luego volteó hacia Natalia – Os presento a mi compañera, Natalia.

— Hola chicos, me alegra conocerlos. Julia, tu padre me ha hablado mucho de ti.

— Gracias – respondió Julia, preguntándose cuál sería la verdadera relación entre su padre y Natalia.

Martín vio a su hija y comprendió la duda que le había surgido. Natalia era su amiga, pero nunca habían congeniado lo suficiente para llevar adelante otro tipo de relación. Cuando Martín le contó los detalles del caso de su suegro, lo poco que sabía por Julia, Natalia tuvo la intuición que había mucho más de fondo y su instinto periodista se despertó, e insistió en acompañarlo.

— ¿Vas a venir a la casa del abuelo? – preguntó Julia a su padre.

— No, – dijo Martín - prefiero alojarme en un hotel mientras buscamos una casa. ¿Cuándo debes mudarte?

— Me dieron de plazo hasta la próxima semana. No es mucho tiempo.

— Sabes que puedes venir a casa si lo quieres, no tienes que preocuparte – apuntó Daniel.

— Te lo agradezco mucho, Daniel – dijo Julia- pero me parecería un abuso con el señor Del Valle.

— Álvaro está de acuerdo – insistió Daniel – De hecho, fue idea suya.

— Podría molestar.

— ¿Estás de broma? – preguntó Daniel sonriendo – Allí podrían vivir tres familias de ocupas sin que lo supiéramos.

— Muy bien, – admitió Julia – si me echan antes de que mi padre haya conseguido casa, me mudaré unos días contigo. Si tú estás de acuerdo, papá.

— Sí, claro, – aceptó Martín – es muy generoso de tu parte Daniel, pero espero que no sea necesario. De cualquier manera, tendría que hablar con tus padres para saber qué opinan.

Llegaron al coche, Daniel había llevado a Julia, así que Pablo los esperaba. Martín y Natalia se miraron sorprendidos al ver la limosina y al chófer. Pablo saludó, cogió el equipaje y lo metió en el maletero, mientras Daniel abría la puerta de atrás para que subieran Julia y Natalia, luego subió Martín y finalmente el propio Daniel. Pablo cerró la puerta y ocupó su lugar.

— ¿Adónde los llevo, señor? - le preguntó a Martín.

— Al centro, – respondió Martín – Natalia tiene un piso allí, luego yo puedo tomar un taxi hasta el hotel.

— No es necesario, Martín – intervino Daniel – dejaremos a Natalia y luego te llevaremos al hotel.

— No quiero abusar del tiempo de tu chófer, – protestó Martín – tal vez tu padre lo necesite.

— No, - explicó Daniel – Álvaro no es mi padre, sino mi tutor, y me dejó claro que el coche, Pablo, y yo, debíamos estar hoy a disposición de Julia.

— Me gustaría conocer a tu tutor para darle las gracias por su generosidad.

— Seguramente tendrás la oportunidad pronto – respondió Daniel.

— El señor Del Valle me ha apoyado mucho – intervino Julia – Se ha mostrado muy preocupado por mi bienestar desde que detuvieron al abuelo.

— ¿Del Valle? – preguntó Natalia estableciendo relaciones - ¿Álvaro Del Valle? – Julia asintió - ¿No será el accionista principal de Elektronik Technologies?

— Sí, es él – reconoció Daniel.

— Creí que vivía en Viena – dijo Natalia.

— ¿Lo conoces? – preguntó Julia.

— ¿Qué si lo conozco? Ya me gustaría. La mitad de los periodistas de Europa darían el brazo derecho por lograr una entrevista con él. Pero nunca ha concedido ninguna.

— ¿Lleváis mucho tiempo viviendo en Madrid?- preguntó Martín, que también sabía de Álvaro pero no quería que Daniel pensara que buscaban aprovechar la ocasión para lograr una entrevista.

— Desde finales de verano – respondió Daniel.

— Ya llegamos al centro, señor – anunció Pablo que no había

perdido palabra de la conversación - ¿Hacia dónde está el piso?

Natalia lo guio por las calles del centro de Madrid, hasta que lo hizo detenerse frente a un viejo edificio que necesitaba una buena mano de pintura.

— Aquí es.

— Muy bien, señora, – dijo Pablo – si me permite, le subiré el equipaje.

— No es necesario – protestó Natalia.

— Insisto, son órdenes de don Álvaro.

Julia había hecho el recorrido sujetando el brazo de su padre, como si temiera que fuera a escapar. A Martín nunca le había gustado permanecer mucho tiempo en un solo lugar. Mientras estuvo casado con Silvana, la madre de Julia, se esforzaba en pasar algunas temporadas en Madrid, pero después de su muerte la ciudad le traía demasiados recuerdos y prefirió mantenerse en constante movimiento, aunque ahora comprendía que había dejado a Julia demasiado sola. La madre de Silvana era una mujer dulce y bondadosa, que volcó en su nieta todo el amor que había profesado a su hija. Martín no podía imaginar un mejor lugar para que Julia creciera que bajo los cuidados de Elisa, pero el año anterior la abuela de Julia murió y ella quedó con su abuelo, para quien solo existía cuando él necesitaba que lo acompañara para mantener su imagen de hombre de familia.

Martín comprendió que había cometido un error. Debió regresar a ocuparse de su hija cuando Elisa murió, debió evitarle pasar por el mal trago de ser testigo del arresto de su abuelo, de verse amenazada con ser echada a la calle. Aún no comprendía cómo podía haber ocurrido todo eso.

Pablo regresó después de haber ayudado a Natalia con su equipaje y le preguntó a qué hotel debía llevarlo. Martín le dio la dirección del hotel, que no estaba muy lejos del lugar donde se encontraban.

— Me quedaré contigo, – dijo Julia - te esperaré en la recepción para que almorcemos juntos y comencemos a buscar casa.

— Veo que lo tienes todo planeado – respondió Martín sonriendo.- ¿Vas a dejar sólo a tu novio?

— Tengo clase esta tarde, Martín – le informó Daniel – Julia estará mejor contigo.

— ¿Clase? – preguntó Martín sorprendido - ¿Ya terminaron las vacaciones?

— Debo practicar para un concierto benéfico que se llevará a cabo en un par de semanas.

— Daniel es un talentoso pianista, tienes que oírlo, es genial.

— No sabía que te gustara la música clásica – dijo Martín a su hija.

— Ahora sí - respondió Julia sonriendo.

Daniel también sonrió, desde que conoció a Julia había albergado el temor de que resultara lastimada con los planes de Álvaro, pero pasada la primera impresión por el arresto de su abuelo, ahora parecía feliz con la posibilidad de poder vivir con su padre. Eso tranquilizaba a Daniel y él sabía que también sería una buena noticia para Álvaro.

Julián llamó a la puerta de la modesta casa de Raúl. Martina abrió la puerta y pareció un poco atemorizada, ella no lo conocía, él sólo había hablado con Miguel. La vieja profesora de piano temió que ese hombre de aspecto serio y vestido con excesiva formalidad, trajera el anuncio de nuevas desgracias.

— ¿Puedo ayudarlo en algo? – preguntó Martina.

— Usted debe ser la señora Martina de Andara – dijo Julián sonriendo, Martina asintió asustada – Mi nombre es Julián Ferrer, soy representante legal de Elektronik Technologies, vengo de parte del señor Del Valle y deseo hablar con la señora Irma Valladares.

— Pase – lo invitó Martina aún un poco asustada, aunque venía de parte de Álvaro, sabían que Miguel había intentado estafarlo y no tenían idea de cómo lo había tomado su antiguo vecino.- Siéntese, por favor, ¿desea tomar algo?

— Un café estará bien, – aceptó Julián, que quería hacer sentir cómoda a la anciana – si no es molestia.

— Enseguida le aviso a Irma, y le traigo el café.

— Gracias – respondió Julián con amabilidad.

Julián observó la casa mientras esperaba, era sencilla, pero acogedora. Sabía que Álvaro quería proteger a su familia por encima de cualquier eventualidad. Para Julián, esa entrevista era con la madre y hermana de su jefe y amigo, aunque en el fondo aquello le resultara extraño. Irma entró en la sala con expresión preocupada.

— Buenas tardes. Señor...

— Julián Ferrer – respondió el abogado poniéndose de pie – Buenas tardes, señora Valladares.

— Siéntese, por favor, señor Ferrer. Me ha dicho mi madre que viene de parte del señor Del Valle. ¿Cómo está él?

— Mucho mejor, se recupera satisfactoriamente. Según su médica, en pocas semanas estará bien.

— Me alegra escucharlo, – dijo Irma – nunca podré pagarle lo que hizo por mi hija.

— Álvaro se siente suficientemente recompensado con el bienestar de la niña

— Parece que lo conoce usted bien.

— Desde muy joven. – reconoció Julián - He tenido el honor de trabajar

para él desde sus primeros pasos en el mundo empresarial y debo decir que me siento orgulloso de ser contado entre sus amigos.

Martina llegó con el café sirviéndole una taza, también traía un plato con galletas. Luego hizo el intento de regresar a la cocina.

— Por favor no se vaya, – le pidió Julián - creo que lo que tengo que hablar con la señora Valladares es también de su interés.

— Quédate mamá, por favor – le pidió Irma, temiendo que el abogado trajera malas noticias. – Escuche señor Ferrer, sé que mi marido trató de estafar a don Álvaro, pero le juro que nosotras no sabíamos nada.

— No se preocupe. Ya lo sabemos. Los actos del señor Valladares son de su única responsabilidad, y lo que ocurrió no repercute en el afecto que Álvaro siente hacia ustedes. Es otro el asunto que me trae.

Irma y Martina se sintieron aliviadas, temían que Álvaro estuviera enfadado con ellas por lo que había querido hacer Miguel. Ahora comprendían menos aún la visita del abogado.

— Deben saber que todo este asunto comenzó por un encargo que Álvaro le solicitó al señor Valladares, el análisis financiero de unas empresas que él quería comprar.

— Lo sabemos, – reconoció Irma – mi padre nos lo explicó.

— El caso es que el señor Valladares llevó a cabo el trabajo, aunque los resultados no fueran los deseables. Una labor de esas características genera honorarios, aunque en este caso, la falsedad de los resultados anularía la relación laboral.

— No creo que Miguel se atreva a querer cobrar por ese análisis - intervino Irma – Ni siquiera él es tan descarado. Por favor, dígame a don Álvaro que se olvide de pagarle algo a Miguel, sería el colmo.

— No, creo que no me he explicado bien. Álvaro no tiene intenciones de darle un centavo al hombre que pretendió engañarlo, pero él siempre paga sus deudas, y considera que está en la obligación de cumplir sus compromisos.

— Disculpe, – lo interrumpió Irma confundida – creo que me he perdido, si no tiene intenciones de pagarle a Miguel, cómo es que siente que tiene un compromiso.

— Álvaro cancelará la comisión derivada del trabajo del señor Valladares,- explicó Julián,- pero la beneficiaria será usted.

— ¿Por qué yo? – preguntó Irma, sosteniendo la mano de Martina.

— Porque usted era su esposa en el momento en que se llevó a cabo el negocio y no siendo correcto que el beneficiario sea el señor Valladares, lo lógico es que sea usted.

Julián abrió el portafolio que llevaba con él, sacó un sobre que contenía

un cheque y se lo entregó a Irma. Ella se llevó la mano a la boca, ahogando un grito, eso resolvía los problemas financieros derivados de los malos manejos de Miguel, entre ellos, pagar la cuota universitaria de Carlos y el colegio de Erika.

— Son cuatrocientos sesenta mil euros, – dijo Julián – que corresponden a la comisión de la venta que se llevó a cabo.

— ¡Es demasiado! – exclamó Irma – No tengo derecho a recibir este dinero.

— Desde luego que sí – insistió Julián – Álvaro comprende que su decisión de no seguir el consejo de su esposo en la compra de la empresa puede haber generado problemas financieros a su familia, así que considera justo llevar a cabo el pago acordado.

Julián se levantó, sonrió a ambas mujeres, que trataban de contener las lágrimas de alivio y gratitud.

— ¿Cómo podemos agradecerle a usted y don Álvaro su generosidad?

— Me pidió que les dijera que prefiere que lo llamen simplemente Álvaro, y que se sentiría honrado si lo consideran su amigo.

— Gracias – dijo Irma – No olvidaremos este gesto.

Madrid 2006 - Natalia.

Natalia esperaba pacientemente en la antesala del despacho del juez que llevaba el caso de Emilio Flores. Sabía que de eso se trataba todo, de no darse por vencida. Ningún funcionario recibía a la prensa con agrado, pero un periodista en su sala de espera era peor que un dolor de muelas, por lo que muchas veces preferían recibirlos y darles alguna información siempre que pudieran perderlos de vista. Lo importante no era lo que decían, sino lo que ocultaban, por lo que si el reportero era capaz de dilucidar la verdad, eso generalmente daba el hilo por el cual se podía seguir la noticia.

Después de tres horas de espera, finalmente la secretaria le anunció que su señoría la recibiría. Ella le sonrió a la funcionaria, que la guio con evidente desagrado. Natalia no se inmutó, era una mujer que había logrado hacerse respetar en un medio predominantemente masculino y lo había logrado manteniendo el temple en todo tipo de situaciones difíciles. El mal humor de una secretaria no la detendría.

Entró en el despacho de Raúl Andara y lo observó con detenimiento, tenía buena planta a pesar de los años, pero su rostro estaba marcado por el sufrimiento. Natalia había estudiado todo lo relacionado con el hombre que iba a conocer. Investigar a sus entrevistados antes de abordarlos era parte de su éxito profesional. Sabía que Andara era un juez ejemplar, respetado por sus pares y subalternos, un hombre honorable, de los que ya no quedaban, pero que había sido marcado por una tragedia familiar.

Más de veinticinco años atrás, el hijo mayor de Andara asesinó a su novia porque se negó a abortar, amenazando con complicar sus planes futuros. Lo detuvieron, lo juzgaron y lo condenaron. Durante el proceso, su señoría se mantuvo al margen de las investigaciones, dejando claro su talante de buen juez. Lo trágico fue que el joven resultó muerto en la cárcel durante una reyerta de presos, lo cual según los informes de Natalia hizo saltar por los aires la estabilidad de la familia Andara. Toda la tragedia había cambiado al juez volviéndolo menos rígido, más humano, pero también más taciturno.

— Pase, señorita Gómez – la invitó Raúl – Tengo entendido que es de la prensa. ¿En qué puedo ayudarla?

— Encantada de conocerlo, señoría – saludó Natalia sonriendo – Estoy interesada en el caso Flores.

— Ya veo, tal vez le resulte interesante a los periodistas porque se trata de un político de larga trayectoria, pero le aseguro que judicialmente el caso es bastante común.

— ¿Común? – preguntó Natalia – No es eso lo que tengo entendido.

— El señor Flores fue sorprendido recibiendo un soborno, – aclaró Raúl – la policía me entregó las evidencias y por eso ordené su detención.

— Sin embargo, por lo que sé, no pudo pagar su fianza, un hombre tan rico, ¿cómo lo explica?

— Invertió en malos negocios, en mal momento.

— ¿Invertió?

— Es lo que dije – respondió Raúl.

— ¿Qué les hizo sospechar de Flores? – preguntó Natalia - ¿Por qué el seguimiento?

— Al igual que ustedes los periodistas, – dijo Raúl – nosotros también tenemos nuestras fuentes confidenciales.

— ¿No tiene nada que ver con el hecho de que fuera el juez que condenó a su hijo, señorita?

— ¡No! – espetó Raúl, endureciendo la expresión de su rostro – Le aseguro que no tiene nada que ver. Cuando aquello ocurrió no intervine en la investigación por respeto a mi cargo. En todos estos años nunca he cuestionado al señor Flores. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

— No lo sé – reconoció Natalia - ¿Sabe usted qué negocio fue el que hizo invertir al señor Flores tanto dinero como para quedar sin blanca?

— Eso es parte de la investigación y por lo tanto del sumario – argumentó Raúl molesto.

— ¿Lo están investigando? – preguntó Natalia - ¿Entonces tampoco es legal?

— No daré información al respecto, aún.

— ¿Tiene algo que ver con la detención de Nadal, el director de orquesta, y con Valladares, el banquero?

— ¿Por qué debería tener algo que ver?

— Porque los tres eran amigos, y por lo visto su corte se ha convertido en un club de alto nivel, si nos atenemos a la clase social de los imputados. ¿No cree que es mucha coincidencia?

— Lo que creo es que la entrevista ha terminado – dijo Raúl, molesto.

— Gracias señorita, me ha sido de gran ayuda.

Natalia esperaba sentada en la cafetería, mientras miraba impaciente hacia la puerta, preocupada ante la posibilidad de que el chico cambiara de opinión. El joven becario llegó sin poder ocultar su nerviosismo, si lo descubrían se metería en serios problemas, pero necesitaba la pasta, estaba a punto de ser echado de su piso y la periodista le aseguró que nunca revelaría su fuente. La vio sentada en la mesa del fondo y fue hacia ella.

— ¿Averiguaste lo que te pedí? – le preguntó Natalia, después de los saludos de rigor.

— Sí, aquí está – le dijo entregándole un sobre tamaño oficio.

— Natalia sacó los folios para ojear su contenido, sonriendo con lo que veía.

— ¿Tiene que revisarlo aquí? – preguntó el chico.

— Desde luego, – confirmó Natalia – debo asegurarme que se trata de lo que acordamos.

— Está todo. ¿Tiene la pasta?

— No tan rápido, chico – le respondió Natalia – Aquí habla de una estafa llevada a cabo por los tres imputados, que fue lo que los dejó sin dinero.

— Sí, es lo que le dije por teléfono.

— Pero no dice a quién querían estafar.

— Está pidiendo demasiado.

— O me lo dices, o no hay pasta – insistió Natalia.

— Álvaro Del Valle Vandenberg – respondió el chico con resignación.

— ¿El empresario? – preguntó ella sorprendida.

— El mismo - confirmó el joven – ¿Por qué le sorprende tanto?

— ¿Qué por qué me sorprende? Sólo a un estúpido se le ocurriría intentar estafar a Álvaro Del Valle. En algunos círculos empresariales y financieros lo llaman el Lobo. El tío tiene un olfato especial para los negocios, así como para descubrir a los truhanes, además del mejor sistema privado de información de Europa.

— Pues estos, por lo visto no lo sabían – apuntó el chico- ¿Me da la pasta?

— Aquí la tienes – dijo Natalia sacando un sobre de su cartera y dándosela al joven que salió de allí sin despedirse.

Natalia se quedó en la cafetería revisando los documentos que el pasante sacó del juzgado. Sonrió satisfecha, allí había material para más de un artículo, pero aún tenía un problema por delante, necesitaba lograr una entrevista con Álvaro Del Valle, su instinto le decía que él era el centro de todo. No podía ser casualidad que después de mudar su residencia principal comenzaran a caer personajes importantes de su entorno. Él debía estar detrás de eso de alguna forma, debía averiguar cómo y por qué.

Todo alrededor del enigmático personaje había sido muy interesante desde el principio. Ella llevaba investigándolo desde hacía tiempo. Era hijo de un exitoso empresario que le dejó una cuantiosa herencia basada en una fábrica de partes para maquinarias. Durante su juventud se le tenía por irresponsable y alocado, más preocupado por divertirse que en sus estudios o en la empresa

familiar, hasta que un accidente de automóvil producto de su propia imprudencia lo llevó al umbral de la muerte. Algunos afirmaban que había llegado a fallecer, pero que cuando ya los médicos se habían dado por vencidos se levantó de la camilla milagrosamente. Lograron salvarlo, aunque le quedaron algunas secuelas. A partir de entonces su comportamiento cambió por completo. Se volvió responsable, estudioso, trabajador, se esforzó en su propia recuperación superando todas las dificultades. Los que lo conocían bien afirmaban que no parecía la misma persona. Cuando su padre murió, un par de años después, hizo algunos cambios en la empresa para enfocarse en la tecnología. Invirtió casi todo su capital para estar a la cabeza de las investigaciones en el preciso momento en que ocurrió el boom de los computadores personales. Su capital se vio incrementado rápidamente, en especial porque tenía un ojo de halcón para seleccionar las inversiones más lucrativas. Su riqueza y su poder subieron como la espuma. De ahí su apodo de "El Lobo". Además de su tendencia a alejarse de sus antiguos conocidos y compañeros de juerga. Después de la muerte de su padre se rodeó de gente desconocida, pero muy eficiente y de una lealtad inquebrantable hacia él.

Natalia comenzó a buscar una manera de acercarse al misterioso hombre que parecía ser el alfa y el omega de aquel extraordinario caso. Entró en la sala de redacción del periódico, donde Martín se encontraba trabajando. No pudo evitar sonreír al ver a su amigo en el tipo de trabajo que había jurado no llevar a cabo nunca, detrás de un escritorio, pero era evidente que era capaz de cualquier sacrificio por su hija. Martín la vio venir, y por su expresión se imaginó que su visita no era desinteresada.

— La respuesta es no – dijo él, antes que Natalia pudiera abrir la boca.

— ¿Siempre eres tan amable?

— Te conozco Natalia, sé que quieres algo y también que no me gustará escucharlo.

— Sólo vine a saludarte – dijo ella con expresión de inocencia.

— Natalia, no me engañas – respondió él.

— Está bien, está claro que no tengo ninguna oportunidad contigo, pero tenía la esperanza que por nuestra antigua amistad, pudieras hacerme un favor.

— Ya te dije que no.

— Pero si no sabes de qué se trata.

— Pero sé que si acepto, luego me arrepentiré.

— Martín, – murmuró ella con cara de tristeza - sólo quiero que me ayudes a conseguir una entrevista con Del Valle, o al menos que me lo presentes, yo me encargo de lo demás.

— ¿Es sólo eso? – preguntó Martín irónico – Nadie lo ha logrado nunca

– le recordó.

— Pero ahora hay un nexo familiar, tu hija es la novia de su pupilo y por lo que pude apreciar el día que llegamos, Julia le simpatiza.

— ¿Y quieres que aproveche eso, que utilice a Julia para que tú tengas tu entrevista? – le preguntó ofendido - ¿Tanto te interesa?

— No quiero que uses a Julia, – aclaró Natalia – pero es probable que quiera conocerte, que en algún momento te invite a su casa, o coincidan en algún lugar. Tú me llevas como acompañante y me lo presentas, no te pido más.

— Natalia, estás jugando con fuego – le advirtió Martín – No creo que al Lobo le guste que lo manipulen. Además, creí que habías venido a investigar el caso de Flores y sus cómplices. ¿Ahora vas detrás de Del Valle?

— De eso se trata, Martín – le explicó Natalia - Es información confidencial, pero la víctima de la estafa frustrada era Del Valle.

— ¡No me jodas! ¿Esos imbéciles trataron de estafar al Lobo? – Natalia asintió – No me sorprende que hayan terminado como lo hicieron.

— A mí tampoco me sorprende el resultado, pero sí me hace dudar la coincidencia.

— ¿Qué coincidencia?

— Álvaro Del Valle decide mudarse a Madrid después de vivir veinte años en Viena, – explicó Natalia – y pocas semanas después, sus “amigos” terminan en la cárcel por tratar de estafarlo.

— Obviamente vieron a un hombre muy rico, lo subestimaron y trataron de obtener beneficios sin saber de quién se trata en realidad.

— Estoy de acuerdo en que ellos no sabían con quién estaban jugando, – admitió Natalia – pero ¿y él?

— Él fue la víctima – le recordó Martín.

— ¿Estás seguro? – preguntó Natalia – Ese hombre posee uno de los sistemas de información más eficientes a nivel privado. Una mosca no aletea a un kilómetro de él, sin que se entere. ¿Y tú crees que no sabía quiénes eran Valladares y sus amigos?

— Visto de esa forma... – reconoció Martín.

— Entonces, si lo único que quería era cambiar su país de residencia, ¿por qué se relaciona con un banquero corrupto como Valladares, en lugar de buscar otro más honesto? Estoy segura que no fue por error.

— ¿Crees que lo preparó? – preguntó Martín - ¿Qué les puso una trampa?

— Mientras más lo pienso, más convencida estoy.

— ¿No lo estarás sobreestimando? – preguntó Martín – Quizás sólo fue

un error de cálculo.

— Martín, estamos hablando del Lobo – él asintió, Natalia tenía razón.

— ¿Pero por qué tomarse tantas molestias? – preguntó Martín - ¿Qué importancia podrían tener para él esos tres hombres?

— Eso es lo que pretendo averiguar.

Madrid 2006 - Raúl.

Raúl volvió a mirar las fotos, lo último que había recibido de Pedro González, su misterioso informante. En cuanto las vio el corazón le dio un vuelco porque comprendió lo que aquello podía significar. En ellas se veía a un Miguel Valladares muy joven, acompañado de una hermosa chica, Ana, aquella de cuyo homicidio fue acusado su propio hijo. Las fotografías que tenía en la mano, las mismas que el antiguo compañero de instituto de Miguel, Juan Carlos Guerra, le había vendido a Efraín, no dejaban lugar a dudas acerca del tipo de relación que existía entre ambos jóvenes. Lo impactante para Raúl fue la fecha que la misma cámara fotográfica había dejado impresa junto a las imágenes. Era apenas unas semanas antes de la muerte de Ana. Eso significaba que existía una posibilidad cierta de que el hijo de Ana fuera de Miguel y no de Samuel, pero de ser así, no comprendía cómo ese dato no se reveló durante el juicio.

Samuel siempre negó haber tocado a Ana. Si su hijo había dicho la verdad, si el niño que esperaba la joven no era suyo, eso lo dejaba sin motivo para el homicidio. La posibilidad de que Samuel hubiera sido inocente después de todo, sólo agudizaba la culpa de Raúl. Siempre se había negado a considerar esa opción, pero esta vez tenía evidencias en la mano que ponían en duda lo que él ya tenía como una verdad irrefutable.

Brito tocó la puerta del despacho. Raúl lo invitó a entrar. El comisario traía una expresión preocupada que no le gustó al juez.

— ¿Qué ocurre, Juan? – le preguntó.

— Encontramos la relación entre Valladares, Flores y Nadal, en la fecha en que se abrieron las cuentas.

— Eso es una buena noticia, ¿por qué parece preocupado?

— No le va a gustar, señor – le advirtió Brito, Raúl lo miró expectante – La relación es el juicio de su hijo, de Samuel.

Raúl cerró los ojos comprendiendo lo que eso podía significar, si Flores y Nadal habían recibido beneficios económicos de Valladares en fecha cercana al juicio de Samuel, el motivo podía ser el soborno. Flores había sido el juez y Nadal el testigo más importante de la fiscalía, Esa nueva información y las fotos que tenía en la mano levantaban dudas acerca de la culpabilidad de Samuel. Si Valladares era el padre del hijo de Ana, y si la mató, pudo tratar de inculpar a Samuel para librarse. Si era así, su hijo había sido el chivo expiatorio de un hombre sin escrúpulos y él había contribuido al resultado del juicio con su inacción. Había admitido su culpa, incluso antes que Flores. Si había sido

inocente no sería capaz de vivir con su conciencia, pero debía averiguar la verdad. Se lo debía a Samuel.

— Es probable que Samuel fuera inocente – afirmó Raúl, mostrándole las fotos a Brito,

— ¿Pedro González? – preguntó el comisario acerca del origen de la prueba, Raúl asintió - ¿Qué quiere que hagamos, señor?

— Habla con el juez de guardia, – lo instruyó Raúl - preséntale las nuevas evidencias, dile que queremos reabrir el caso. Yo no puedo hacerlo por mi parentesco, pero puedo apoyarte en la investigación, que fue lo que debí hacer cuando acusaron a Samuel.

— ¿Qué espera encontrar después de tantos años, señoría?

— Las evidencias del caso se archivaron, – le informó Raúl – entre ellas había muestras de tejido del embrión, así como piel hallada bajo las uñas de Ana. Ahora disponemos del ADN como recurso.

— ¿Cómo las comparamos? – preguntó Brito – ¿Pedimos la exhumación del cuerpo de Samuel?

— Soy su padre, o lo era. Si es necesario, firmaré la autorización para que sea exhumado – dijo Raúl, levantándose del asiento – Pide también una orden para que sean comparadas con el ADN de Miguel Valladares.

— Sí señor. Si me lo permite ¿A dónde piensa ir?- le preguntó al verlo ponerse el abrigo.

— Acabo de comprender por qué de todos los juzgados de Madrid, todo el caso se ha concentrado en éste, y por qué parece que alguien nos está controlando como a marionetas.

— ¿Por qué? – preguntó Brito con curiosidad.

— Todo está relacionado con Samuel. – explicó Raúl - Creo que todo esto ha sido llevado a cabo por alguno de sus ex compañeros de prisión. Iré a hablar con uno de los hombres que cumplieron condena con él, necesito averiguar quién es nuestro misterioso amigo, Pedro González.

Raúl entró en el taller mecánico, preguntando por el hombre cuyo nombre había ubicado en la lista de ex convictos que cumplieron condena junto con Samuel. Le señalaron a uno de los mecánicos, cercano a los cincuenta años, que trabajaba debajo de un coche.

— ¿Manuel Arteaga? – preguntó Raúl.

— Soy yo. – dijo saliendo de debajo del coche y levantándose - ¿Quién es usted?

— Soy el juez Raúl Andara.

— Oiga, yo hace muchos años estoy limpio. No quiero líos con la ley.

— Lo sé – lo tranquilizó Raúl – sólo quiero hablar con usted, creo que

puede ser de ayuda en un caso que llevo adelante.

— Muy bien, si me espera media hora, me toca almuerzo. Nos vemos en el bar de enfrente.

Raúl esperó en la barra tomándose un café, media hora después el hombre entró, se había quitado la ropa de trabajo y lavado las manos de grasa.

— Usted dirá – dijo Manuel.

— Necesito saber algunas cosas acerca del tiempo en el que estuvo en prisión. Especialmente entre los años 1980 y 1982.

— No es algo de lo que me guste hablar – protestó Manuel – O recordar.

— Lo comprendo, pero es importante.

— Adelante, pero le advierto que no delataré a nadie. Eso me podría costar caro, incluso estando afuera.

— ¿Conoció usted a Samuel Andara?

— Todos conocimos a Samuel, era un buen chico, demasiado joven. Se notaba que no pertenecía a aquel lugar. No merecía lo que esos desgraciados le hicieron.

— ¿Tenía amigos? – preguntó Raúl, tratando de no recordar lo que había tenido que pasar su hijo - ¿Alguien a quien fuera más cercano?

— Sí, tenía dos amigos, estaba el viejo Eladio, un preso que llevaba toda la vida en aquella cárcel, decía que aquel muchacho no debería estar allí, así que hizo lo posible por protegerlo de los presos más peligrosos. Murió unas semanas antes de que aquellos salvajes apuñalaran a Samuel. Probablemente no se hubieran atrevido de haber estado vivo Eladio.

— ¿Y el otro? – preguntó Raúl - ¿Recuerda su nombre?

— Sí, ese era Efraín. Otro chiquillo, creo que también fue víctima de alguna injusticia. Decían que la pena no era para aquella cárcel, ni para el tiempo que le dieron, pero el tío con el que se metió tenía influencias. Ya sabe.

— ¿Qué tan cercano a Samuel era Efraín?

— Efraín le debía mucho a Samuel. Además lo respetaba y le tenía mucho aprecio.

— ¿Por qué? – quiso saber Raúl.

— Efraín era imprudente. El chico se metía en líos, robar comida, o cigarrillos a quien no debía, tipos peligrosos que no perdonaban ningún desliz. Recuerdo una ocasión en que le robó unos cigarrillos a uno de la banda del Víbora, un mal bicho. El tío se dio cuenta que le faltaban, Samuel se echó la culpa, y le dieron una paliza por la que terminó en la enfermería por unas cuantas semanas. Efraín se sintió responsable.

— ¿Sabe usted qué ha sido de Efraín? - preguntó Raúl tratando de hacer a un lado sus emociones.

— Lo siento, sé que unos años después de la muerte de Samuel se presentó un abogado para revisar su caso. Lo sacó en un pis pas. Desde entonces no supe más de él.

— Gracias – dijo Raúl - Ha sido usted de mucha ayuda.

Álvaro tocaba el piano en el salón de música, ajeno a todo lo que lo rodeaba. Esos eran los únicos momentos en los que podía ser él mismo. A pesar de ser reconocido por su habilidad en los negocios, era la música lo que le hacía sentirse bien. Lo otro era un papel que había tenido que asumir, la vida de otra persona que tuvo que comenzar a vivir cuando truncaron sus sueños. No sospechaban sus aliados y competidores, lo poco que le importaba el dinero. Había comprendido la importancia de la información, por eso desarrolló una red que le mantenía al día con todo lo que ocurría. Había aprendido a predecir la conducta de amigos y adversarios, porque en el ambiente en el que se movía, era necesario para sobrevivir. Eso lo convirtió en un brillante hombre de negocios, al que no resultaba nada fácil engañar. Pero en el fondo, él seguía siendo un músico, un artista, y el piano lo único que lo llenaba de satisfacción.

Terminó de tocar y alzó la cabeza, frente a él estaba Efraín, que a pesar de los años, nunca dejaba de sorprenderse cuando lo escuchaba. Álvaro comprendió que traía noticias, Efraín sabía que no le gustaba ser interrumpido mientras estaba sentado al piano, por eso su amigo siempre respetaba esos momentos. Álvaro lo miró fijamente, dispuesto a escuchar.

— Abrieron el caso – anunció Efraín.

Álvaro cerró los ojos, era el verdadero objetivo de su lucha, de su vida, por fin lo había conseguido, respiró profundamente para controlar sus emociones.

— ¿Cuándo?

— En cuanto recibieron las fotos. Harán estudios de ADN. Álvaro asintió conforme, sabía el resultado que tendrían esos estudios. Finalmente, después de tantos años, el nombre de Samuel Andara quedaría limpio del epíteto de asesino. Sintió que el corazón le latía más aprisa, estaba cerca, muy cerca de lo que tanto anhelaba. Se preguntó qué sentiría su padre en ese momento, ¿alegría al saber que su hijo podía ser inocente?, ¿decepción, por haberse equivocado? De cualquier manera, la verdad por fin saldría a la luz. El verdadero asesino de Ana pagaría por su crimen y también por haberle destrozado la vida.

— ¿Qué hacemos ahora? – preguntó Efraín.

— Esperar y estar atentos.

— Hay algo más.

— ¿Qué?

— Tu padre está tratando de encontrarme. Ha visitado a Manuel Arteaga

para hacerle algunas preguntas sobre ti y tus amistades en la prisión.

— Ya lo esperaba. – reconoció Álvaro - A mi padre nunca le gustó sentirse manipulado y para él debe ser obvio que lo está siendo en este momento. ¿Qué más? – preguntó al ver la expresión de Efraín.

— Hay una periodista, Natalia Gómez, – continuó Efraín – amiga del padre de Julia. Está haciendo averiguaciones sobre ti. Por lo visto sospecha que todo ha sido una trampa para Valladares y compañía. Quiere acercarse a través de Martín.

— Una chica inteligente - reconoció Álvaro sonriendo – Será interesante conocerla.

— Álvaro, no la subestimes, puede ser peligrosa.

— No lo hago, Efraín. Pero siempre es agradable poder hablar con alguien tan brillante como para no dejarse llevar por las apariencias. Dejemos que se acerque, pero que lo consiga por sus propios medios.

Efraín asintió, aunque no le gustaba la idea, la chica podía ser más astuta de lo que Álvaro imaginaba y él estaba allí para evitarle problemas de seguridad a su amigo.

Raúl hacía lo posible por mantener el talante mientras permanecía de pie junto a la tumba de su hijo. No recordaba nada que le hubiera resultado más duro en su vida que presenciar la exhumación del cadáver de Samuel, salvo tal vez enterrarlo.

Los operarios trabajaban deprisa, lo cual él agradecía. Quería terminar con aquello lo antes posible. El comisario Brito, a su lado lo miró con expresión preocupada.

— No es necesario que esté presente, señoría. Yo puedo ocuparme.

— Lo sé, pero siento que se lo debo a Samuel. Mi esposa tenía razón, mi comodidad y cobardía trajeron a mi hijo hasta aquí. Ahora me veo obligado a perturbar su descanso. Lo menos que puedo hacer es presenciarlo.

—Es usted muy duro consigo mismo, señor. No fue usted el único que cometió errores en este caso. Y ha sido muy considerado al no pedirnos cuentas a los policías que nos equivocamos.

— Todos los policías han cometido errores en algún caso. Para eso está el equipo. Yo soy parte de ese equipo. Era mi hijo, debí estar ahí para apoyarlos.

— Usted no era el juez que llevaba el caso.

— No, el juez era Flores, que recibió una fortuna para asegurar su condena. - reconoció con tristeza Raúl.

Finalmente los hombres terminaron su trabajo, sacaron el ataúd, que ya mostraba evidencias de deterioro. Al abrirlo, dejaron a la vista lo que quedaba de los restos mortales de Samuel Andara. No era la primera vez que el juez Andara

presenciaba una exhumación. Era parte de su trabajo, pero esto era diferente. Creyó estar preparado para aquello, pero se equivocó. Un nudo le subió a la garganta amenazando con ahogarlo. Respiró profundo con un pañuelo cubriéndole la nariz para no sentir el olor que salía del féretro, para no sentir el olor de su propio hijo. Tocó el hombro de Brito, que comprendió sin necesidad de palabras y avanzó con paso ligero hacia el coche. El comisario se ocuparía. Los restos mortales de Samuel serían trasladados a la morgue, donde el forense tomaría muestras de tejidos para poder realizar las pruebas de A.D.N. Él ya había visto suficiente.

Al cabo de una semana, Raúl entró en su casa, armándose de valor para explicar a su familia lo que había descubierto. Se sentía hundido, como si el peso del mundo hubiera caído sobre sus hombros de un momento a otro. Esa misma tarde, Brito le había traído el informe del ADN, que no dejaba lugar a dudas, no había correspondencia entre el ADN del embrión y los restos de Samuel. Aquel niño no era su nieto y los restos de piel encontrados bajo las uñas de Ana, no eran los de su hijo. Para confirmar sus sospechas, la muestra de piel era idéntica al ADN de Miguel Valladares, y las pruebas de paternidad con el embrión resultaron positivas. Lo que tanto había temido era cierto, Samuel había sido inocente, Miguel mató a Ana y usó su poder económico para inculpar a su hijo. Se sintió miserable. Por primera vez en años recordó a Samuel como realmente era, un chico ejemplar cuya vida había sido destruida por la iniquidad de tres hombres que lo usaron como chivo expiatorio, y por su propia soberbia. Le había negado a su propio hijo aquello que otorgaba a todos los delincuentes que llevaban a su tribunal, la presunción de inocencia. Y él se consideraba un buen juez.

Ya era suficientemente malo sobrellevar la culpa por la muerte de Samuel en prisión. Ahora sabía que el pobre chico había sufrido su abandono mucho antes, desde el momento que fue inculpado. Martina siempre tuvo razón, Samuel había sido inocente, pero él se negó con terquedad a investigar más a fondo. Raúl decidió que haría que aquellos tres hijos de puta pagaran por sus crímenes, y luego se retiraría. No merecía ser juez, ni siquiera ser padre o abuelo. Se llevó las manos a los ojos para secarse las lágrimas, que no había podido contener desde que supo la noticia.

Entró en la casa, Irma lo escuchó llegar y salió de la cocina. Al verlo, la asustó su aspecto, parecía que había envejecido años desde esa misma mañana, por lo que comprendió que algo muy grave debió pasar.

— Papá, ¿qué ocurre?, ¿te encuentras bien? – le preguntó.

— Estoy bien, hija – le mintió Raúl.

— No me mientas, papá, algo te pasa.

— Muy bien, – reconoció Raúl suspirando – supongo que debo afrontar la realidad, y cuanto antes lo haga, mejor. Llama a Martina y a Carlos. Hay algo importante que debo anunciaros.

— ¿Ha ocurrido algo? – preguntó ella, asustada.

— No creo tener el valor de repetirlo, lo diré cuando estemos todos.

Se reunieron en la sala, Erika y Samuel ya estaban durmiendo. Irma miraba a su padre con preocupación, debía ser muy grave lo que tenía que contarles.

— No es fácil lo que tengo que decir. Han surgido nuevas evidencias en el caso de la muerte de Ana.

— ¿La chica que mató Samuel? – preguntó Irma.

— De eso se trata. Ahora estamos seguros que el que la asesinó no fue tu hermano.

— ¡Dios mío! – exclamó Martina, que comenzó a llorar - ¿Samuel era inocente?

— Sí Martina. Tú siempre tuviste razón, era inocente, nunca tocó a esa chica, siempre dijo la verdad.

— ¿Cómo es que lo habéis averiguado después de tantos años? - preguntó Irma.

— Surgieron dudas, – explicó Raúl – así que analizamos el ADN de la piel bajo las uñas de la joven cuando trató de defenderse de su asesino. No era el de Samuel.

— ¿De quién era? – preguntó Irma.

— De Miguel.

— ¿De mi padre? – preguntó Carlos, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas – No puede ser, abuelo, tiene que ser un error.

— Lo siento, hijo. No hay ninguna duda. La relación entre Miguel, Flores y Nadal, comenzó en los días del juicio contra Samuel. Tenemos evidencia de que los Valladares sobornaron a Flores, que fue el juez, y a Nadal que actuó como testigo principal.

— ¡Pobre hijo mío! – se lamentó Martina – Fue un cordero llevado al sacrificio.

— Sí, Martina – admitió Raúl sin poder contener las lágrimas – y yo, que era su padre y debí protegerlo, no hice nada para impedirlo. Es como si yo mismo lo hubiera matado.

— No podías saberlo, papá – dijo Irma tratando de consolarlo – Todo apuntaba a su culpabilidad.

— Pero yo soy juez, – refutó Raúl – debí darme cuenta que todo era un montaje, exigir que se investigara mejor el caso. Pero estaba tan furioso con él,

que no le di ninguna oportunidad, lo abandoné, y era sólo un chico.

— ¿Qué pasará con mi padre? – preguntó Carlos.

— Se ha reabierto el caso, - explicó Raúl – Con la nueva evidencia será juzgado por la muerte de Ana. Flores y Nadal serán acusados de complicidad.

— ¿Cómo es posible que haya terminado casándome con el hombre que arruinó la vida de mi hermano? – se preguntó Irma.

— Lo siento, hija, pero no creo que haya sido coincidencia.

— ¿Qué quieres decir? – preguntó ella.

— Me resulta muy duro decirte esto, especialmente frente a tu hijo, pero creemos que se casó contigo para estar informado si se reabría el caso.

— Me utilizó, – comprendió Irma llorando – nunca me quiso, eso explicaría muchas cosas.

— No puede ser, - dijo Carlos a su abuelo – mi padre no puede ser tan cabrón. Tal vez te estás dejando influenciar porque quieres que Samuel sea inocente.

— Carlos, lo siento – le dijo Raúl – pero me temo que todo es verdad. Para mí sería más fácil pensar que Samuel era culpable, que fue a la cárcel por cometer un crimen, porque eso me exculparía como padre y como funcionario de la ley acerca de su terrible suerte, pero la verdad es que nunca le hizo daño a nadie, era un chico como tú, un joven amable y con un gran futuro, cuyo único delito, fue tener un padre que no lo merecía como hijo.

Madrid 2006 - Encuentros.

Natalia bajó del coche en la plaza de la urbanización “Valle del Bosque Negro”, revisó su atuendo: chándal, zapatos de deporte, vaso térmico con agua, un cinto sobre la frente, la imagen perfecta de una chica haciendo footing. Ahora solo había que esperar que la suerte la acompañara esta vez. Era el tercer día que recorría el bosque que daba nombre a la urbanización buscando hacerse la encontradiza, pero hasta ahora no había tenido suerte. Martín se negó en redondo a introducirla en la casa de su consuegro. Le parecía una traición hacia Julia, y también hacia el hombre que la había protegido a través de Daniel, pero después de que ella insistiera, aceptó decirle que el Lobo acostumbraba pasear por el bosque ahora que el tiempo estaba mejorando.

— Nunca lo he visto. Y por allí debe pasear mucha gente, ¿cómo lo reconozco?

— No será difícil, – le respondió Martín – tiene una vieja lesión en una pierna, así que usa un bastón para caminar, y por lo general lo acompaña un perro.

— ¿Un hombre como él, pasea por el bosque sólo con la compañía de un perro? – preguntó ella sorprendida – Suponía que tendría una legión de guardaespaldas.

— Por lo visto no le gusta que lo acompañe nadie en sus paseos, – explicó Martín – según le he escuchado mencionar a Julia, es un punto de discusión constante con su jefe de seguridad. Ni siquiera ha aceptado restringir el paso de los vecinos hacia el bosque.

— ¿Restringirlo? – preguntó Natalia - ¿El bosque le pertenece?

— Por completo – reconoció Martín.

— Gracias Martín – le dijo Natalia - Te debo una.

— Pues págamela de una vez. No quiero que uses mi nombre o el de Julia, y nadie debe saber que yo te dije lo de los paseos.

— Descuida, – respondió ella – seré una tumba.

Natalia caminó un par de kilómetros hasta la entrada del bosque, pero dejar el coche más cerca hubiera sido demasiado obvio, quería hacerse pasar por una vecina. Comenzó a correr prestando atención a su entorno, ya el frío del invierno comenzaba a ceder y la cercanía de la primavera hacía más agradable el ambiente. No tardó en verlo cerca de la laguna. Era un hombre de mediana edad, alto, bien parecido. Iba bien abrigado y como le informó Martín, usaba un bastón. Un precioso perro labrador trotaba alegremente a su lado. Natalia se sorprendió, esperaba alguien mucho mayor, éste hombre no podía tener más de

cuarenta años. No pudo evitar sentirse atraída hacia él. Ahora debía buscar una excusa para abordarlo.

Álvaro se dio cuenta de la presencia de la chica, era la primera vez que la veía por allí, le pareció muy atractiva, así que decidió conocerla. En voz baja le dio una orden a Zeus.

— ¡Zeus begrüßen⁵ !

El perro corrió hacia Natalia moviendo la cola, ella lo vio como la oportunidad que buscaba, se detuvo, lo dejó aproximarse y le acarició la cabeza. Álvaro se acercó a ambos, con expresión preocupada.

— ¡Zeus ruhig¹ ! – le ordenó, y el perro regresó a su lado tranquilizándose – Lo siento, es demasiado sociable, espero que no la haya molestado.

— Al contrario, me gustan mucho los perros, es muy simpático.

— Es usted muy amable. Mi nombre es Álvaro Del Valle – dijo extendiendo la mano.

— Natalia Gómez – respondió ella estrechándola.

Álvaro reconoció el nombre gracias a la advertencia que le había hecho Efraín, por lo que comprendió que el encuentro no había sido casual. La chica lo estaba buscando y debía reconocer que era lista, de no haber sido por su jefe de seguridad lo hubiera engañado. Él sonrió, decidido a seguirle el juego.

— No la había visto antes por aquí ¿vive cerca?

— Sí, - mintió ella – a un par de kilómetros, me mudé hace poco.

— ¿Le gusta el lugar? – preguntó Álvaro.

— Bastante. Es muy tranquilo.

— Menos de lo que parece – comentó él con sarcasmo - Estoy interrumpiendo su ejercicio, la dejo continuar.

— Está bien, - dijo ella, que no quería dejar escapar esa oportunidad – llevo un rato corriendo, así que pensaba descansar.

— ¿Cuánto tiempo suele correr?

— Una hora.

— ¿Lleva corriendo una hora? – preguntó él simulando sorprenderse – La felicito, no parece usted cansada – sonrió – debe estar muy acostumbrada al ejercicio.

— Sí, - balbuceó ella un poco azorada, al darse cuenta que casi la habían pillado, Martín tenía razón sobre la astucia del Lobo – me ejercito con frecuencia, tengo buena resistencia.

— ¿Me haría el honor de acompañarme? – dijo él sonriendo – pensaba sentarme junto a la laguna.

— Será un placer – aceptó Natalia complacida.

Ella caminó junto a él y se sentaron en un par de rocas, Álvaro sentía menos dolor en la pierna que durante el invierno, pero aún le molestaba cuando se ejercitaba. Su respiración ya era casi normal, aunque Beatriz le seguía diciendo que debía cuidarse del frío. Miró a la chica que estaba junto a él, sabía que le había mentado, que sólo buscaba información, de haber sido otra persona no la hubiera dejado ni acercarse, pero el atrevimiento de la joven le había gustado y ella también, así que le siguió la corriente.

— ¿Vive aquí desde hace mucho tiempo, señor Del Valle?

— Desde el verano pasado – respondió él.

— ¿Le gusta el lugar?

— Aún no lo decido.

— ¿A qué se dedica?

— Negocios, ¿y usted?

— Soy periodista – confesó ella, él enarcó las cejas, por lo visto la chica había decidido ser directa, eso le gustó.

— ¡Qué bien! – respondió él - ¿Y dónde trabaja?

— Trabajo por mi cuenta. Hago reportajes que luego vendo a los periódicos.

— ¿Se encuentra trabajando en algo en especial en este momento?

— Sí. En el caso Flores, ya sabe, el político que pillaron aceptando soborno.

— Sí, ya lo sé.

— Tengo entendido que estuvo en su casa poco antes que lo arrestaran.

— ¿Tiene entendido? – preguntó Álvaro – Supongo que este encuentro no ha sido del todo casual.

— Lo siento, – dijo ella, que comprendió que había quedado al descubierto – quería una entrevista con usted y no sabía cómo acercarme. Supongo que no ha sido muy honesto de mi parte.

— Al contrario, – admitió él – me está diciendo la verdad y se lo agradezco. Si hubiera intentado engañarme, ya no estaríamos hablando.

— ¿Entonces sabía quién era desde el principio? – preguntó ella sorprendida.

— Sólo desde que me dio su nombre, – admitió él – ya tenía información sobre su investigación.

Natalia lo miró asustada y comprendió el reparo de Martín, ese no era un hombre al que se le podía engañar. Lograría más, siendo honesta.

— ¿Me dará una entrevista?- preguntó Natalia.

— No, lo siento.

— ¿Puedo saber por qué?

— Porque mi vida privada no debe ser de conocimiento público.

— ¿Y qué me dice del caso Flores? – preguntó Natalia - ¿O de la estafa que pretendieron llevar a cabo los tres hombres que hoy se encuentran en la cárcel?

— Tampoco hablaré sobre eso, señorita Gómez, me temo que ha perdido su tiempo al venir hasta aquí.

— ¿No hay forma de que cambie de opinión?

— Me temo que no, – dijo él levantándose de la roca – pero debo decirle que me ha alegrado mucho conocerla, y que me hubiera gustado que fuera en otras circunstancias.

— ¿En qué circunstancias? – preguntó ella.

— Más personales.

— ¿Quiere decir que hubiera preferido que no fuera periodista?

— Quiero decir, que me hubiera gustado conocerla, sin ser objeto de estudio. – le estrechó la mano – Ha sido un placer, lamento haberla decepcionado.

Álvaro se despidió, emprendiendo el regreso hacia la casa de Oria. Natalia sintió que había perdido una oportunidad única y ella también lamentó no haberlo conocido en otras circunstancias. El Lobo no era lo que esperaba, era un hombre amable, muy interesante, y tuvo que reconocer que le gustaba. Álvaro iba pensativo, la chica le atraía, y era muy lista, pero lo mejor era que había sido sincera, no trató de engañarlo y eso era algo que tomaría en cuenta.

Raúl entró en el despacho de Brito. El comisario le había dejado un mensaje para avisarle que tenía información sobre Pedro González, así que el juez decidió desplazarse hasta allí.

— Buenas tardes, comisario.

— Buenas tardes, señoría.

— Recibí tu mensaje. ¿Cuál es la novedad?

Brito cerró el documento que estaba leyendo y sacó una carpeta de la gaveta de su escritorio.

— Llevé a cabo la investigación sobre Efraín Sánchez como me solicitó señor Juez.

— ¿Y bien?

— Como le informó Arteaga, Efraín fue compañero de celda de Samuel, y fue quien dio la voz de alarma cuando lo apuñalaron. Al parecer su caso había sido viciado. Lo encarcelaron por una estafa menor cuya pena máxima no debió superar los treinta y seis meses en un centro de detención de mínima seguridad. De hecho, cualquier juez lo hubiera sentenciado solo a una multa pero la víctima disfrutaba de poder político y resintió sentirse burlado, así que logró que le

dieran seis años en prisión de máxima seguridad. En 1984 se presentó un abogado privado que se ocupó del caso...

— ¿Quién pagó los honorarios del abogado?

— No se sabe. No fue Efraín, el chico no tenía blanca.

— ¿Interrogaste al abogado?

— Desde luego, pero se amparó en el secreto profesional. Nada que hacer por allí. El caso es que el leguleyo consiguió sacar a Efraín de la cárcel. El muchacho ya había cumplido la máxima condena posible.

— ¿Qué ocurrió después?

— Desapareció.

— ¿Desapareció? ¿Cómo es eso posible?

— Como lo oye. No hay registro de su dirección, ni de empleo, no le dieron el alta en la Seguridad Social, nada.

— Tal vez regresó a sus actividades en los bajos fondos.

— Eso mismo fue lo que pensé, así que contacté con un par de informantes. Recuerdan haber visto a Efraín poco después de su salida de la cárcel, dicen que iba como un pincel, traje, corbata y toda la pesca, pero juran que no participó en ninguna actividad ilegal.

— ¿Entonces qué fue a buscar?

— Información.

— ¿Información?

— Al parecer pagó bien por información acerca de una violación ocurrida unos años atrás en un pueblo bastante apartado.

— ¿Y qué quería saber?

— Quería encontrar a la víctima, a la chica.

— ¿Para qué?

— Nadie lo sabe.

— ¿La encontró?

— Tampoco tuve confirmación de eso. Después de aquellas indagaciones volvió a desaparecer. Solo hay registros de su salida del país en 1985.

— ¿Hacia dónde?

— Ginebra, Suiza.

— Fue a indagar sobre las cuentas - concluyó Raúl, Brito asintió. — Alguien con poder económico lo sacó de la cárcel y le dio los recursos para su investigación. Efraín Sánchez trabaja para otra persona, pero ¿para quién? ¿a quién más le podía interesar lo que le pasó a Samuel? ¿Qué más has averiguado?

— No mucho, seguirlo fuera del país en una investigación extraoficial no es tarea fácil. No puedo decirle qué ha hecho o dónde ha estado estos últimos veinte años.

— Sabemos lo que ha estado haciendo. El fruto de su trabajo nos ha puesto la vida del revés. Lo que no sabemos es por qué, o dónde consiguió los recursos. - reflexionó Raúl.

— Pero sabemos dónde está ahora.

Raúl levantó la mirada, prestando atención.

— ¿Dónde?

— Ingresó a España el año pasado, y no hay registro de que haya vuelto a salir.

— ¿Está en España? - Brito asintió - ¿Sabemos dónde?

— No, por desgracia, parece que de nuevo se lo ha tragado la tierra.

Roberto Gabán fue conducido hasta la sala de visitas, donde se sentó a esperar que llevaran a Valladares. Era uno de los mejores abogados penalistas del país y había aceptado ese caso como un reto. Había leído en los periódicos sobre los tres hombres que ahora serían sus clientes y después de revisar sus expedientes le había surgido una duda, quién pagaba sus honorarios, que eran bastante altos. Era seguro que ninguno de los imputados estaba en condiciones de hacerlo.

Ya había hablado con Flores, y con Nadal, ahora lo haría con el peor de todos, Valladares. En realidad no sentía mucha simpatía hacia ellos, se habían confabulado para llevar a cabo una estafa. Luego al ser detenidos e investigados, quedó al descubierto algo mucho peor, el homicidio de una chica, además de la conspiración para convertir a un pobre chico inocente en el chivo expiatorio. Pero él era el abogado defensor y como siempre, haría el mejor trabajo posible. Finalmente apareció Valladares.

— ¿Quién es usted? – le preguntó el preso, sentándose frente a él.

— Soy su abogado defensor.

— Creí que era el otro, – dijo Valladares – el chico.

— Ese era el público, pero me entregó toda la información del caso a mí.

Mi nombre es Roberto Gabán.

— ¿El famoso penalista? – preguntó Valladares sorprendido, el abogado asintió – No tengo dinero para pagarle.

— Ya lo sé – le respondió – Mis honorarios ya han sido cubiertos.

— ¿Por quién? – preguntó Miguel.

— Esperaba que usted me lo dijera.

— En este momento no conozco a nadie que pueda o quiera ayudarme – reconoció Miguel.

— Pues por lo visto sí existe esa persona. No sólo llevaré su caso, sino también el de sus amigos. Ahora señor Valladares, necesito aclarar algunas dudas sobre el homicidio de Ana Roldán.

Los juicios comenzaron en primavera, el primero fue el caso por los desfalcos y el intento de estafa. No fue muy largo, las pruebas eran contundentes. En pocas semanas, los tres fueron hallados culpables, Flores fue condenado a seis años, Nadal y Valladares, a cuatro años. Las propiedades de todos fueron subastadas y sus cuentas congeladas. Luego comenzó el juicio verdaderamente importante, el asesinato de Ana.

Los acusados serían juzgados juntos. Ya el abogado les había advertido que a pesar de los años transcurridos, había pruebas considerables. El ADN y los movimientos de las cuentas bancarias eran los ases de la fiscalía. No era posible afirmar que Miguel no había asesinado a Ana. Lo único que podían argumentar era que lo había hecho en un impulso, sin premeditación, y que todo su comportamiento posterior había sido producto del miedo. Por otro lado, Nadal y Flores tenían pocas justificaciones para su conducta, pero el abogado alegaría que se habían dejado llevar por un momento de enajenación, y que estaban arrepentidos. Lo peor era que como consecuencia de sus actos, un chico inocente había resultado condenado y posteriormente asesinado.

Entre los asistentes al juicio estaban las familias de los acusados, pero no en todos los casos para apoyarlos. En realidad, la familia de cada uno había sido tan maltratada en su momento, que no sentían que les debían apoyo. Sólo Carlos tenía sentimientos encontrados hacia su padre. Irma, Martina y Raúl, esperaban que fueran declarados culpables, para que Samuel pudiera descansar en paz. Martín acudía acompañado de Natalia, no para apoyar a Flores, sino porque el juicio era noticia. Julia se había negado a asistir.

Ángela se encontraba en Roma, su matrimonio con Nadal siempre había sido una farsa, un acuerdo donde ella ponía el dinero y él le daba un prestigio cultural, un aura de amante del arte. Pero ya ni para eso servía el muy imbécil, ella siempre supo que era un farsante, pero por lo visto él conseguía buenas críticas, que era lo que realmente importaba. En las últimas semanas todo había cambiado al ser descubierto Nadal como lo que era, un mediocre. Entonces el muy cretino se atrevió a robarla. Cuando su banquero le avisó que en su cuenta había ocurrido un desfalco, que habían descubierto una falsificación de su firma, ella comprendió que había sido Francisco. Se negó a poner la denuncia, no porque quisiera protegerlo, sino porque sabía que lo intentaría de nuevo. Cuando volvió a falsificar su firma, ya el banco estaba preparado y llamaron a la policía. Ahora ella tenía la excusa perfecta para divorciarse, y lo celebraba festejando en Roma., la suerte de Nadal le tenía sin cuidado, se había dado por satisfecha con la condena por el desfalco. Raúl se sorprendió, cuando vio entre los asistentes a María y Daniel, la secretaria y el pupilo de Álvaro Del

Valle, y no pudo menos que preguntarse qué hacían allí. Estaban por Nadal, María le había pedido a Álvaro que no sacara a la luz el caso de su violación, porque eso podría perjudicar a su hijo, pero si lo condenaban por el homicidio de Ana, ellos se darían por satisfechos.

Durante tres semanas, fiscal y defensor expusieron sus argumentos, pruebas y testimonios. En la medida en que fueron saliendo los detalles se comprobó el terrible daño que habían causado los acusados con su conducta. A pesar de los esfuerzos de la defensa, era inevitable darse cuenta de la indiferencia que habían mostrado por sus víctimas. Carlos terminó de comprender la clase de persona que era su padre. Ya en los últimos testimonios, al salir, Brito esperó a Raúl con una información.

— Ya sabemos quién pagó al defensor – le dijo – Y no va a creer de quién se trata.

Madrid 2006. El Juicio.

Álvaro esperaba las noticias del juicio de ese día. Además de la información que le suministraba María, Efraín había colocado dos hombres cuya labor era hacer un informe detallado de lo ocurrido, para ser entregado a su jefe. Efraín decidió no acudir personalmente, Raúl le estaba pisando los talones y no quería ser reconocido como el misterioso informante. María aún no había regresado cuando Juan tocó la puerta y se asomó al despacho.

— El juez Andara quiere verte.

— Hazlo pasar – respondió Álvaro.

Raúl entró, observó a Álvaro comprobando que se encontraba en mejor estado de salud que en su última visita.

— Buenas tardes, señor Del Valle.

— Buenas tardes, señoría, ¿en qué puedo ayudarlo?

— Señor Del Valle – le dijo con seriedad – Estoy en deuda con usted por haber salvado la vida a Erika, pero me gustaría que me explicara su conducta.

— ¿A qué se refiere?

— ¿Por qué pagó los honorarios de un abogado defensor para los hombres que lo estafaron? - soltó de una vez, esperando que Álvaro se sorprendiera y asustara con la información que poseía.

— Se trata de un caso diferente – argumentó Álvaro con mucha tranquilidad - No es la estafa lo que se está juzgando, además todos tenemos derecho a una defensa.

— No lo comprendo, ¿Qué interés puede tener usted en ayudar a esos hombres? ¿Qué está ocurriendo aquí?

— ¿Quiere que hablemos de intereses, señoría? - le preguntó Álvaro mientras se levantaba del asiento y se acercaba lentamente a él, apoyado en el bastón.

— ¿A qué se refiere?

— ¿Quiere usted justicia, señor Andara?- le preguntó - ¿O venganza? Tal vez, lo que en realidad desea es conjurar su sentimiento de culpa.

— ¿De qué está hablando? – dijo Raúl palideciendo – Soy un funcionario de la ley, quiero que esos hombres paguen por sus crímenes.

— ¿No tiene nada que ver con el hecho de que una de las víctimas haya sido su hijo?

— ¿Qué puede saber usted de mi hijo? – preguntó Raúl - Esos cabrones le destrozaron la vida, lo inculparon, y sí, quiero que paguen por ello.

— ¿Y qué me dice de sus nietos, señoría?

— ¿Qué tienen que ver ellos en esto?

— Valladares es su padre, ¿no cree que esos chicos merecen que tenga la mejor defensa posible?

— ¿Me está diciendo que le ha enviado al mejor defensor de la ciudad, por mis nietos?

— ¿No cree que ellos merecen saber que se hizo suficiente por ayudarlo?. ¿Cree que su hijo hubiera sido condenado de haber contado con un buen abogado?

— ¡Le di el mejor abogado que pude pagar! - explotó Raúl – ¿Quién se cree usted que es para juzgarme?

— No lo juzgo, señor juez, y si bien es cierto que le dio el mejor abogado que pudo, no llevó adelante la mejor investigación posible, – precisó Álvaro – y no lo hizo, sencillamente porque había decidido que era culpable antes del juicio, como ahora con estos tres hombres.

— ¿En serio cree que son inocentes?

— Lo único que creo es que merecen una buena defensa, si no por ellos, por sus familias.

— No sé qué interés puede usted tener en todo esto, señor Del Valle, pero le juro que si esos asesinos se libran por su culpa, iré a por usted. También le aseguro que averiguaré cuál es su papel en todo este asunto.

— Muy bien, señoría, pero cuando lo haga no olvide cómo comenzó todo esto.

Raúl salió del despacho de Álvaro enfurecido, estaba convencido que el empresario tenía mucho que esconder y que sus motivos no eran tan altruistas como pretendía. Álvaro lo vio salir con un sentimiento de pesar, le había recordado al hombre que lo condenó. Efraín esperó que Raúl saliera de la casa, antes de entrar en el despacho de Álvaro. Había escuchado toda la conversación.

— Aquí están los informes de hoy – le dijo, entregándole un folio.

— Gracias Efraín – Álvaro le vio la cara y comprendió que había algo que no se atrevía a decirle - Suéltalo de una vez, Efraín.

— Yo tampoco lo comprendo, Álvaro – le confesó su amigo – Después de todo lo que hemos trabajado para llevar a esos cabrones a juicio, ¿por qué les pagas el abogado?

— Porque no se lo pueden pagar ellos – le explicó Álvaro - Cuando decidí impedir que usaran su poder económico, no fue para que no pudieran defenderse, sino para evitar que compraran su libertad.

— Sigo sin comprender.

— Quiero justicia, Efraín, – se explicó Álvaro – no venganza. Si permitía que esos hombres fueran juzgados sin una buena defensa, siempre quedaría

la duda acerca de los resultados del juicio. No quiero dejar cabos sueltos, tampoco quiero que sus hijos queden con cargos de conciencia.

— Eres un hombre muy peculiar, Álvaro, pero supongo que de no ser así, yo tampoco estaría aquí.

— ¿De qué hablas, Efraín? – preguntó Álvaro sin comprender - ¿Por qué no ibas a estar aquí?

— Porque fui yo quien debió recibir aquella paliza que te dieron los matones del Víbora, pero estoy seguro que yo no la habría sobrevivido.

— ¿A qué viene eso después de tantos años, amigo?

— Yo nunca he podido olvidarlo, Samuel.

— Yo tampoco, Efraín, – confesó Álvaro – pero no fue tu culpa, sino de aquellos salvajes que mantenían un reinado de terror en la prisión, y de los guardias que se los permitían. No debes sentirte culpable por eso, ya he acumulado suficiente culpa a mi alrededor. Con la de mi padre tengo suficiente. ¿Cómo va el juicio?

— Con, o sin abogado defensor, no se ve bien para los acusados. Mañana se dictará el veredicto.

— Muy bien, entonces mañana iré al tribunal.

— ¿Estás seguro?

— Nunca había estado tan seguro de algo en mi vida. Ahora, si no te importa, quiero estar sólo amigo, necesito pensar.

Efraín salió del despacho, no podía dejar de preocuparse, no imaginaba lo que podía sentir Álvaro en ese momento. Su propio padre acababa de amenazarlo, porque él se empeñaba en hacer lo correcto. No podía dejar de admirarlo, cualquier otro hombre en su lugar, hubiera querido venganza, pero no Álvaro, él conservaba su humanidad.

La sala estaba repleta de gente, entre las familias, los curiosos y los periodistas, no cabía un alma más. El juicio había tenido mucha repercusión en los medios, no todos los días se juzgaba a un banquero, un político y un renombrado músico, por homicidio. Antes de que las puertas fueran cerradas, la aparición de un hombre alto apoyado en un bastón atrajo la atención de algunos de los periodistas, entre ellos, Natalia.

— ¿Qué hace aquí el Lobo? – le preguntó en voz baja a Martín, que volteó inmediatamente hacia donde ella miraba.

— ¿Ese es Del Valle?– preguntó Martín sorprendido, aún no había tenido oportunidad de conocer a su consuegro.- tal vez quiere saber cómo terminará el juicio de esos tres, después de todo trataron de estafarlo.

— No lo sé, creo que hay mucho más.

— No te dejes llevar por la imaginación, la noticia está frente a ti, no

detrás. A menos que lo que realmente te interese no sea la noticia.- agregó con una sonrisa maliciosa.

Raúl también se dio cuenta de la presencia de Álvaro, y no pudo dejar de preguntarse cuál era su interés en ese juicio. Los abogados y el juez ocuparon sus lugares, también los acusados. Álvaro, sentado en la última fila, sentía que había llegado a un momento crucial de su vida, por fin cumpliría la promesa que se hizo a sí mismo de obtener justicia. Los letrados expusieron sus alegatos finales, el defensor lo hizo de forma brillante, pero apelaba a la piedad del juez, lo que hacía sospechar hacia qué lado se inclinaría la balanza. Después que terminaron sus exposiciones, el juez se dispuso a dar un veredicto.

Nadie se sorprendió cuando se pronunció a favor de la fiscalía, declarando culpables a los tres hombres. Álvaro cerró los ojos, casi no podía creerlo, por fin su nombre había quedado libre del estigma de ser un homicida. Ya nadie podría decir que Samuel Andara había asesinado a su novia. No pudo evitar sentir que los ojos se le humedecían, María, sentada a su lado, le colocó la mano sobre el brazo, comprendiendo lo que estaba sintiendo, aquello significaba para ella también, su propia reivindicación.

Raúl suspiró, había temido que el brillante abogado de la defensa lograra librar de su justo castigo a esos hombres, ahora su hijo podría descansar en paz. Irma y Martina no pudieron contener el llanto. Carlos ya no podía reconocer a su padre en el hombre que acababa de ser condenado, y no pudo evitar llorar. Daniel miró a Nadal, y sintió que por fin Álvaro y su madre habían recibido la justicia que merecían.

Ahora sólo restaba escuchar la sentencia, en el caso de Miguel serían treinta años, para sus cómplices veinticinco. Comenzarían a cumplirla cuando terminaran la que apenas comenzaban por estafa. Ninguno de los tres volvería a ver la calle hasta que fuera un anciano. Los guardias se llevaron a los condenados, y la sala comenzó a desalojarse, Cuando Raúl salió acompañado de Irma, Martina y Carlos, pasó junto a Álvaro, no le dijo nada, pero lo miró con ferocidad, mientras el resto de su familia lo saludaba cortésmente. Raúl continuaba pensando que había tratado de librar a esos delincuentes de su justo castigo. Álvaro le sostuvo la mirada, por lo visto su padre y él, estaban condenados a no comprenderse.

Madrid 2006 - Epílogo.

Nadal fue llevado a la sala de visitas. No imaginaba quién podía querer verlo, tal vez el abogado que tramitaba su divorcio. Recibió una enorme sorpresa cuando vio a Daniel, el joven pupilo de Del Valle.

— ¿Qué haces aquí, chaval? – le preguntó- ¿Vienes de parte de tu tutor?

— No, Francisco. He venido por mí.

— ¿Qué quieres?

— Quería verte allí dónde estás, donde debiste estar desde el día que violaste a mi madre.

— ¿De qué estás hablando?

— No te hagas el que no entiende, hace veinticuatro años llevaste engañada a mi madre, que era solo una niña, a un lugar alejado, y la forzaste.

— ¿María? – preguntó Nadal, que comenzó a relacionar a la elegante secretaria de Del Valle, con aquella campesina que forzó años atrás.

— Tienes lo que mereces, Francisco.

- ¿Qué edad tienes? – preguntó Nadal, comenzando a comprender por qué el chico estaba allí.

— Vine a decirte que no quiero otra cosa que ver que te pudres en la cárcel.

— ¡Eres mi hijo! – exclamó Nadal que no lo escuchaba, solo seguía el hilo de sus pensamientos.

— No, – lo contradijo Daniel – tú eres el hijo de puta que me engendró, mi padre es Álvaro, él fue quien me crio, quien se ha preocupado por mí desde que tengo memoria.

— Daniel...

— Vete a la mierda, Nadal, y olvídate de mí, que de ti yo lo único que quiero es que te mueras en este lugar.

Daniel salió de la sala de visita, Pablo lo esperaba en la puerta, le pasó el brazo por los hombros y lo acompañó hasta el coche, donde se sentaron a esperar a Álvaro.

Álvaro siguió al guardia hasta la oficina del director de la prisión. Gracias a Julián había logrado que le permitieran visitar a Miguel allí. No quería testigos de su encuentro con su viejo enemigo. Aquel lugar le removió recuerdos desagradables, de una parte de su vida que hubiera querido olvidar, pero que mantenía siempre muy presente. Miguel esperaba junto al director de la prisión, que saludó a Álvaro y salió con el guardia, no sin advertirle que estarían al otro lado de la puerta, y que avisara si el reo le daba problemas.

— ¡Del Valle! ¿Qué hace aquí?

Álvaro se paró frente a él, mirándolo directamente a los ojos sin pronunciar palabra. Miguel se puso nervioso.

— Me dijeron que usted pagó el abogado defensor – continuó el preso - ¿vino a ayudarme? Tal vez se pueda apelar, - trató de sonreír- sé que cree que quise estafarlo, pero eso no es verdad, lo puedo explicar... - su nerviosismo aumentó al ver que su interlocutor no le decía nada - si me ayuda, puedo serle de mucha utilidad en sus negocios, seré su más fiel servidor...

— Mírame bien, Miguel – le dijo Álvaro.

— Sí, señor – dijo Miguel sumiso - ¿Qué desea que vea?

— Aún no lo has comprendido ¿verdad?, – lo presionó Álvaro – La pérdida de control de la prensa, las pruebas que surgieron contra ti y tus cómplices, todo lo que te arrastró hasta este lugar fue un esfuerzo llevado a cabo por mi gente y por mí. ¿Sabes por qué?

Miguel guardó silencio por primera vez, cada palabra de Del Valle lo hundía más y más, como si el suelo se hubiera convertido en una ciénaga.

— ¿Usted? ¿Por qué? – dijo Miguel confundido – No lo comprendo ¿Qué he podido hacerle para que me odie tanto?

— Tú y tus amigos destrozaron vidas para satisfacer vuestros apetitos. Una de esas vidas fue la de Samuel Andara. He regresado de la muerte para hacérselo pagar.

— ¡Samuel Andara! ¿Me está diciendo que usted es Samuel Andara? Eso no es posible. Usted está loco. Samuel Andara murió, yo me aseguré que no saliera vivo de la cárcel.

— Siempre supe que tú estabas detrás de aquel apuñalamiento, pero ya no importa, no te alcanzaría la vida para pagar por eso también. Tal vez yo esté loco, pero no te equivoques, Samuel Andara era un buen chaval, un ingenuo que cometió el error de cruzarse en tu camino y murió por eso. Ya no queda nada de ese chico. Yo soy el hijo de puta que hizo posible traerte aquí, y que se asegurará que no vuelvas a ver la calle.

Miguel quedó boquiabierto, no sabía qué responder, ahora lo comprendía todo, el hombre que tenía frente a él afirmaba ser el mismo al que él había sacrificado, su chivo expiatorio, que había resurgido de sus cenizas para cobrar venganza. No comprendía cómo, ni siquiera creía que fuera cierto, pero eso no importaba, por alguna razón Del Valle sí lo creía, así que se abrogaba el derecho a vengarse y era lo suficientemente poderoso para que Miguel comprendiera que estaba perdido. Se puso de rodillas llorando, suplicándole perdón. Álvaro lo miró con asco, se dio media vuelta y salió de allí sin mirar atrás.

Efraín esperaba nervioso en el altar, mientras Álvaro a su lado lo

miraba divertido. Pablo, desde uno de los bancos, guiñó un ojo a su jefe, le había ganado una buena pasta en la última apuesta, seis a uno que habría boda antes del fin de año. Álvaro no creyó que Efraín se decidiera tan pronto, pero a pesar de haber perdido la apuesta, se alegró de que fuera así. Finalmente llegó la novia, María, que bajó del coche. Con los acordes del Ave María, cogida del brazo de Daniel, recorrió el pasillo de la iglesia. Estaba preciosa. Efraín sintió que sudaba nervioso, debajo del traje de etiqueta. Después de la ceremonia, acudieron a la recepción, Natalia acompañó a Álvaro en el festejo, esa noche olvidaría que era periodista. Ella también quería darse la oportunidad de una relación más personal.

Fue una celebración íntima, sólo con los amigos y sin el lujo de las cenas realizadas para manipular a sus enemigos. Aquello era diferente, sólo un grupo reducido, al que fueron invitados Martín, como padre de Julia, y Natalia, que recibió la mayor sorpresa de su vida cuando Álvaro le pidió que fuera su acompañante en la boda. Efraín y María saldrían de viaje de novios esa misma noche, luego regresarían a la casa que Efraín había comprado en esa misma urbanización.

Álvaro también decidió mudarse, aquella mansión ya había cumplido su cometido, Efraín, María y Daniel, harían una nueva vida, así que el lugar resultaba demasiado grande. Julián le encontró una casa cercana que llenaba sus necesidades, pero era mucho más sencilla. La mansión de Oria, con todo su contenido, se convertiría en un museo que él había decidido donar al Ayuntamiento. Álvaro sentía que por primera vez en su vida era completamente libre, ya no existía un estigma sobre su verdadero nombre. Su recuerdo no volvería a estar relacionado con un homicidio. Por eso se sintió capaz de llamar a Natalia, quería darse una oportunidad de llevar una vida normal, y la chica con su atrevimiento y honestidad, le había gustado.

Natalia pasó casi toda la noche conversando con él. En la medida que lo hacía, la imagen que tenía de un hombre de negocios implacable, se modificaba. Tal vez lo llamaran el Lobo porque no era fácil engañarlo, pero aquel hombre tenía una sensibilidad única, y ella se sintió irremediablemente atraída. También pensó que tal vez era hora de darse la oportunidad de una vida normal.

Irma se acercó a Raúl tratando de convencerlo de que comiera algo, pero él volvió a negarse. Raúl había pedido su jubilación, luego se encerró en su casa, con sus remordimientos, decidido a morir. El resultado del juicio le causó alivio por corto tiempo, pero cuando pasaron unas pocas semanas, el peso de la culpa volvió a caer sobre su ánimo. Samuel continuaba muerto, además ahora que sabía que siempre había sido inocente era más difícil

sobrellevar esa realidad. Raúl permanecía sentado en un sillón de la sala de su casa, negándose a comer. Irma llamó al médico, que le diagnosticó una severa depresión y le sugirió ingresarlo, pero él se negó, lo único que quería era reunirse con su hijo, ya no tenía motivos para vivir.

En medio de ese panorama llegaron las invitaciones para la boda de María, pero ni Martina, ni Irma, estaban de ánimo para acudir, así que enviaron una nota de excusa. Ahora Irma se preguntaba si se vería en la necesidad de ingresar a su padre a la fuerza, o si eso resultaría peor en medio de su depresión. Martina le aconsejó que esperara, tal vez él recuperara su ánimo sin necesidad de tomar una decisión tan difícil para todos.

Habían terminado de almorzar todos, excepto Raúl. Martina preparaba café, los chicos estaban en sus habitaciones, Carlos estudiando, Erika jugando y Samuel durmiendo la siesta. Irma se sentó junto a Raúl, para tratar de hacerle entrar en razón, cuando escucharon la puerta. Martina salió de la cocina mirando interrogante a Irma, pero ella no sabía quién podía ser. Raúl permanecía indiferente, Carlos y Erika bajaron las escaleras, con curiosidad. Martina fue a abrir, segura de que se trataba de algún vendedor, quedando muy sorprendida cuando vio a Álvaro en la puerta.

— Hola Martina – la saludó con amabilidad - ¿Puedo pasar?

— Claro, - respondió ella – pasa Álvaro, iba a servir café, ¿te apetece?

— Siempre me apetece tu café, Martina.- respondió él, sonriendo.

Ella lo miró confundida, no recordaba que Álvaro hubiera probado un café hecho por ella. Irma se levantó despacio, sin saber qué pensar de esa inesperada visita. Carlos continuó bajando las escaleras, intuyendo que si Álvaro estaba allí sería por algo importante, tal vez relacionado con su padre. El chico sabía que el empresario había pagado el abogado defensor de Miguel y se lo agradecía, a pesar de los resultados. Erika fue la más espontánea, corrió hacia él, que la recibió con un abrazo. Álvaro miró a Raúl, lo conmovió verlo en ese estado. Fue Daniel quien le contó que su padre sufría de depresión, y que todos estaban muy preocupados porque se negaba a comer.

Álvaro dejó a Erika en el suelo después de saludarla, luego caminó despacio hacia Raúl, que lo miraba sin saber qué decir. Para él, ese era el hombre que había tratado de librar a los que destruyeron la vida de su hijo. Irma salió de su estupor, comprendiendo que no estaba siendo buena anfitriona.

— Es una agradable sorpresa, Álvaro – le dijo – Bienvenido a nuestra casa.

— Gracias, Irma – respondió él, mientras observaba su entorno. Ella se sintió avergonzada, pensando que estaría comparando la sencilla casa con su mansión, pero no era eso lo que él veía. – No ha cambiado nada en todos estos

años.- el comentario sorprendió a Irma.

Martina salió de la cocina con el café, lo dejó sobre la mesita y le sorprendió que nadie hubiera invitado a sentarse a Álvaro, que por otra parte, parecía estar detallando cada rincón del lugar. Él se acercó a una repisa con fotos, donde Martina había colocado a Samuel. Álvaro cogió la fotografía, detallándola. Se vio a sí mismo como un chico sonriente, sin grandes problemas. Qué poco podía imaginar, cuando posó para aquella cámara, todo lo que iba a tener que vivir.

— Es mi hijo, – dijo Raúl – el chaval al que los cabrones que usted trató de proteger, le arruinaron la vida.

— ¡Papá! – le recriminó Irma.

— No traté de protegerlos – argumentó Álvaro, mientras dejaba de nuevo la foto en su lugar - Sólo les proporcioné una defensa. Lo hice por Carlos, por Erika y por Samuel.

— ¿Por qué debería creer eso? – preguntó Raúl abandonando su asiento, al parecer la depresión había dado paso a la ira - ¿Qué pueden importarle a usted mis nietos?

— ¿Por qué después de tantos años, reabriste el caso de Ana? – le preguntó Álvaro.

— No recuerdo haberle dado permiso de tutearme, señor todopoderoso – ripostó Raúl – Y esa no es una pregunta que tenga la obligación de responderle.

— ¿No tendría que ver la ayuda de un informante llamado Pedro González?

— ¿Cómo sabe eso? – preguntó Raúl - ¿Quién le habló de Pedro González?

— Él mismo. Pedro González no es otro que Efraín, mi jefe de seguridad.

— ¿Usted conoce a Efraín?

— Ya le dije que trabaja para mí.

— ¿Y sabía que nos enviaba esa información? – preguntó Raúl cada vez más confundido.

— Lo hizo siguiendo mis órdenes – reconoció Álvaro.

— ¿Por qué? – preguntó Raúl atónito – Sé que Efraín fue uno de los amigos de Samuel en la cárcel, pero qué interés podía tener usted en resolver el caso.

— Creo que nadie podía tener más interés que yo – le dijo Álvaro mirándolo.

— ¿Por qué? ¿Conoció usted a mi hijo? – preguntó Raúl tratando de encontrarle sentido a aquella situación absurda.

— Puede decirse que lo conocí mejor que nadie, pero eso ya no tiene

importancia.

— ¿Cómo puede decir eso? – preguntó Raúl indignado,- Mi hijo está muerto.

Martina se acercó a Álvaro, la idea que se formaba en su mente era absurda, ni siquiera se parecía a Samuel, pero su corazón de madre se lo gritaba. Ella lo reconoció cuando lo escuchó tocando el piano, en sus gestos, sus modales, su personalidad. Salvo por la apariencia física era evidente, solo que no se había atrevido a aceptarlo. Ahora lo tenía frente a ellos, buscando la mejor forma de explicarles lo que parecía imposible. Cuando estuvo frente a él, lo miró a la cara, le acarició la mejilla y le preguntó con timidez.

— ¿Eres tú, verdad? Eres Samuel.

Álvaro sonrió y asintió, ella lo abrazó, mientras los demás observaban sorprendidos, el propio Raúl tuvo que sentarse por el impacto de la noticia.

— ¿Cómo...? - balbuceó Raúl.

— No sé cómo, ni tampoco por qué - explicó Álvaro, cuando Martina por fin se separó de él. - Cuando me apuñalaron en la cárcel perdí la conciencia, debí morir, mi cuerpo murió, pero yo desperté en el cuerpo de otro chico que había sufrido un accidente de coche. En el cuerpo de Álvaro Del Valle.

Por un momento todos quedaron inmóviles, tratando de digerir aquellas palabras. Lo más lógico sería negarlo por absurdo, por imposible, pero al igual que le ocurrió a Martina, la personalidad, los gestos, la interpretación en el piano, habían logrado que la sospecha ya hubiera germinado en Irma, que abrazó a Álvaro con lágrimas en los ojos, él tampoco pudo evitarlas. El único que faltaba por reconocerlo era Raúl. Álvaro se acercó a él, que volvió a levantarse, pero ya no había ira en su mirada, sino confusión.

— Me gustaría creerlo, pero no es posible. Los muertos no regresan.

— ¿Recuerdas la primera vez que me llevaste a un partido de fútbol? - le preguntó Álvaro - Recién te habían nombrado juez. En el estadio encontraste a un compañero que quiso presionarte para obtener una sentencia más leve para un amigo suyo. Te negaste, y casi llegan a las manos. Me pediste que no le contara nada a mamá, porque no querías preocuparla. Nunca dije nada, hasta ahora.

— ¿Cómo? Nadie supo de ese incidente, solo...

— Solo tú y yo. Un secreto entre padre e hijo, creo que eso fue lo que me dijiste.

Raúl lo abrazó, y mientras lo sujetaba fuertemente contra su pecho, Álvaro le acarició la cabeza. Había logrado perdonar a su padre y no quería que sufriera por su culpa.

— Está bien, papá, – le dijo en un murmullo – ya pasó todo y he regresado.

— Samuel ¿me perdonas? – le preguntó de nuevo. Álvaro asintió, incapaz de hablar. Luego volvió a abrazarlo.

— Todo va a estar bien. Somos una familia, yo cuidaré de vosotros.

Álvaro se sentó a tomar el café de su madre, mientras su familia trataba de asimilar la realidad, acosándolo a preguntas. Les contó muchas de las cosas que ya sabían, y les explicó aquello que no había salido en el juicio, cómo despertó en el cuerpo que no era el suyo, su amistad con Julián, con Efraín y María. Cómo se hizo cargo del hijo desconocido de uno de sus enemigos. Cómo planificaron su venganza. Era demasiado lo que debía explicarles, así que cuando se dieron cuenta, ya había anochecido.

— He venido a contaros que estoy vivo, pero no es lo único que me ha traído.

— ¿Nos tienes más sorpresas? - preguntó Carlos.

— Alguna – dijo él sacando un documento del bolsillo interno de la chaqueta, y entregándoselo a Irma. – Esto es tuyo.

Irma abrió el documento y se quedó impresionada.

— Álvaro ¿qué es esto?

— El documento de propiedad de tu casa.

— ¿Cómo...?

— La casa salió en subasta pública – explicó él – así que la compré para ti y para los chicos. No voy a permitir que la perdáis.

— Escucha – dijo ella – te agradezco esto pero no puedo aceptarla, no tendría cómo mantenerla, Miguel nos dejó en la ruina.

— Tendrás cómo mantenerla, Irma – le contradijo él – He arreglado que recibáis el veinte por ciento de las acciones de Elektronik Technologies. Eso es suficiente para mantener media docena de casas como esa.

— Álvaro, no es necesario... - trató de protestar Irma.

— Sí lo es, – respondió él – nunca quise que salierais perjudicados, sólo que se supiera la verdad.- Volteó hacia su padre - Tú también recibirás un cinco por ciento de las acciones, al igual que mamá. Con eso podréis tener un retiro sin preocupaciones.

— No necesito dinero, Samuel – protestó su padre.

— Lo sé, pero yo quiero que lo tengas, y quiero que te sientas a gusto cuando nos visites a Irma o a mí.

— Había escuchado que te mudabas – intervino Carlos.

— Sí – confirmó Álvaro – esa casa resulta excesiva, pero compré otra en la misma urbanización, justo al lado de la vuestra, así que tendréis un vecino ruidoso, porque pienso dedicar la mayor parte de mi tiempo libre al piano.

— ¿Y podré ver a Zeus? – preguntó Erika.

— Pues, eso es algo de lo que quería hablar contigo – le dijo Álvaro a la pequeña – Verás, la nueva casa es un poco más pequeña, y Zeus está acostumbrado a mucho espacio, por lo que me preguntaba si tú podrías cuidarlo por mí.

— ¡Claro que sí! – gritó Erika, saltando de alegría, luego miró a su madre, nunca la habían dejado tener un perro porque a su padre no le gustaban - ¿Puedo, mami?

— De acuerdo – aceptó Irma sonriendo, luego miró a su hermano – Sospecho que voy a tener muchos problemas para mantener la disciplina con vuestro tío cerca.

Álvaro sonrió, miró a su padre, que le devolvió la mirada con complicidad, mientras le guiñaba el ojo.

LA VENGANZA



M.J. Fernández

D.J.57

1 Ruhig: quieto.

2 Sit: sentado.

3 Spiel: juega.

4 Gesucht: busca.

5 Begrüssen: saluda.

OTROS TÍTULOS DE ESTE AUTOR.

LOS HIJOS DEL TIEMPO

MUERTE EN EL PARAÍSO.

Table of Contents

[Madrid 1982 - Dos almas, un destino.](#)
[Madrid 1980 - Concierto letal.](#)
[Madrid 1980 - Veredicto y sentencia.](#)
[Madrid 1981 - Aspiraciones](#)
[Madrid 1981 - Consecuencias.](#)
[Madrid 1982 - Los vivos y los muertos.](#)
[Madrid 1984: Recuerdos ajenos.](#)
[Madrid 1984 - Amistades.](#)
[Madrid 1985 - Fantasmas del pasado.](#)
[Madrid 1985 - Planes.](#)
[Viena 2005 - Veinte años después](#)
[Madrid 2005 - Presentaciones.](#)
[Madrid 2005 - Preparativos.](#)
[Madrid 2005 - La cena.](#)
[Madrid 2005 - Nuevos amigos.](#)
[Madrid 2005 - Preparando la trampa.](#)
[Madrid 2005 - Encuentros.](#)
[Madrid 2005 - Cerrando el cerco.](#)
[Madrid 2005 - Un mal concierto.](#)
[Madrid 2005 - El cumpleaños.](#)
[Madrid 2005 - Emilio.](#)
[Madrid 2006 - El Accidente.](#)
[Madrid 2006 – La estafa.](#)
[Madrid 2006 - Controlando daños.](#)
[Madrid 2006 - Natalia.](#)
[Madrid 2006 - Raúl.](#)
[Madrid 2006 - Encuentros.](#)
[Madrid 2006. El Juicio.](#)
[Madrid 2006 - Epílogo.](#)